

Noviembre

Guillermo Ruiz Buenrosto

Guadalajara, Jalisco, México

Noviembre

Noviembre.

Un recuerdo del futuro.

Guillermo Ruiz Buenrosto

Guadalajara, Jalisco, México

Noviembre es (cc) 2011 Guillermo Ruiz Buenrostro.
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 México
(CC BY-NC-ND 2.5)

ISBN-13: 978-1467959551

ISBN-10: 1467959553

Printed in the United States of America.

PREFACIO

Escribí éste libro en exactamente ocho días, al más puro estilo de autores tan destacados como Bárbara Cartland, Corín Tellado y Marcial Lafuente Estefanía, como mi participación en el National Novel Writing Month 2011. Con la excepción de gazapos ortográficos, no he hecho ninguna modificación con respecto al texto que publiqué originalmente en *lidercorp.com* en forma seriada: solo separé las 23 secciones originales en los 50 capítulos que planeé y añadí esta breve introducción.

Nada más.

AGRADECIMIENTOS

A aquellos desocupados que me hicieron pensar por un momento que podía ser yo un escritor:

Este libro es culpa suya.

1 UNO

Sé perfectamente cuando una persona tiene problemas: entra en mi oficina. Esa mañana en particular, mientras bebía una taza de café, entró una de las mujeres más bellas que haya visto en la ciudad. La reconocí al instante: era una actriz muy famosa; y a pesar de que había empleado todas sus artes para ocultar su identidad, no podía esconderse de mí. Por eso tengo tan buena fama en todos los círculos de investigadores y detectives. Decidí seguirle el juego. Era un caso sencillo: amenazas de un ex marido celoso de todo el mundo. Cualquiera de mis subordinados hubiera podido «resolver» el caso con facilidad. Decidí que Río se encargara de ello. Sería menos sospechoso. Convenimos los honorarios y le dije que en la sala de espera Río la localizaría. Le indiqué también dónde pagar y la despedí por su nombre. Noté su temblor, los nervios la traicionaban. Le indiqué que por eso mi agencia es la mejor y que a mí no podía engañarme. En la oscuridad de mi oficina yo podía verla a los ojos y ella sólo podía ver la forma que mi sillón y mi enorme escritorio atiborrado de papeles dejaba percibir. Además, la lámpara del escritorio la había orientado para que no pudieran verme bien. En esta línea de negocio es mejor si mis clientes no me reconocen en la calle. Soy un hombre misterioso, han dicho. No tienen ni idea.

Cerró la puerta y apagué la lámpara. Esa era la señal para que mi secretaria no me pasara citas ni llamadas. Cuando Río se reunió con la actriz y se presentó, pude ver que mi elección había sido la correcta. Ella no tenía motivos para temer de Río: no era tan amenazante como tener a un hombre hosco en su casa. Río acompañó a la actriz a su casa y le dio instrucciones, además de recabar toda la

información requerida para el caso. La instruyó para contratar guardaespaldas y se ofreció para hacer vigilancia mientras llegaban los agentes. En estos casos es muy importante no hacer un alboroto que le muestre al enemigo nuestros movimientos. Básicamente los guardias del coto residencial serían auxiliados por nuestros guardias. Guardias entrenados para estar siempre atentos y con licencia para usar armas de fuego. Y Río podría estar cerca por si la actriz lo necesitaba.

Mientras tanto hacía yo ciertas investigaciones sobre nuestro nuevo cliente. El seudónimo que había usado en mi oficina, Athena Aquitaine, demostró que le gustaba leer pero no era especialmente brillante. Un rápido vistazo a su carrera me confirmó que se centraba en dramas. Si fuera inteligente se hubiera dedicado a la comedia; en su lugar empleó su belleza para amasar una gran fortuna. No era inteligente, pero sí lo bastante lista como para saber que su belleza era efímera. Nunca se involucró en escándalos que no fueran fabricados por tabloides; se casó con el novio de la juventud, tuvo un par de hijos, ambos viven con la madre tras el amargo divorcio, y el ex marido culpa de todo a la mujer. El ex marido es un industrial que hizo muy malas elecciones y terminó arruinándose. Él dice que su mujer se las arregló para arruinarlo, pero puedo ver que no hay nada que soporte esa teoría. Hay un montón de coincidencias, sí, pero nada más. Sería muy bueno que Río investigara al marido de manera personal.

Mi secretaria me indica que hay un mensaje personal para mí. Es de mi hija. ¿Qué querrá? Para haberme encontrado no se necesita mucho, pero tengo más de 10 años sin verla. No tenía noticias tuyas desde mi... accidente. Tampoco es que la buscara. Mi ex le metió ideas raras en la cabeza sobre mí, y cuando todo mundo me daba por muerto, aprovechó para soltar todos los rencores que

tenía sobre mi persona, reales o infundados. Y cuando las noticias de mi muerte demostraron ser equivocadas (aunque, a decir verdad, nadie hubiera creído que con heridas tan horribles como las mías alguien pudiera haber sobrevivido) y me retiré de la vista pública, mi ex alegó una conspiración en su contra. Ni psicólogos ni psiquiatras lograron diagnosticar su enfermedad a tiempo. El primer recuerdo que tengo de mi nueva vida fue ella, con sus largas rastras adornadas de metal y vestido hippie raído, de pie frente a mi cama, gritando que no era posible que estuviera vivo; recuerdo que sacó de entre sus rastras una pequeña pistola de una sola bala y la disparó en su sien; recuerdo el chorro de sangre, el sonido de su cuerpo al caer, los gritos del personal médico, sus gemidos de dolor, los estertores de su muerte; y recuerdo, sobre todo, la mirada de mi hija, empapada en la sangre de su madre, muda, quieta, aterrada y confundida.

Han pasado 10 años. En ese entonces ella era una niña. Ahora, toda una mujer, me busca. ¿Por qué? Creo que Río también deberá ver ese caso. Pero uno a la vez. Un caso a la vez.

Llegamos a casa tarde esa noche. A decir verdad, sólo Río llegó a casa esa noche; la casa en verdad es de ella, mientras que yo en realidad nunca estoy ahí. ¿Cómo habría de estarlo, si ni siquiera vivo en ese lugar? Sin embargo, entré a mi oficina del segundo piso y revisé algunas cosas antes de apagar las luces y descansar.

A la mañana siguiente lo primero que vi fue a Río, como todos los días. El pelo corto, rojo y enmarañado; las ojeras un tanto azules producto del poco descanso; alta, delgada, bonita, de cara larga y mirada triste; la barbilla y los ojos la delataban como mi hija, o tal vez mi hermana. Pero Río no es mi hija. Tampoco es mi hermana, porque mis padres murieron cuando era yo muy joven. En eso mi hija y yo

tenemos algo en común: somos huérfanos. Río, en cambio, no lo es. Ni siquiera puedo decir a ciencia cierta qué es. Nos miramos a los ojos, nos encogemos de hombros y nos disponemos, como todas las mañanas, a lavarnos los dientes mientras nos duchamos, para ahorrar tiempo y agua. El café ya está listo, los huevos fritos también, y desayunamos mientras leo las noticias. Yo tomo las llaves del auto, ella toma su cartera, cerramos y nos vamos a trabajar. Cuando Río llega a la oficina, yo ya estoy ahí. Lo sé, porque mi secretaria le informa a Río que quiero verla en cuanto llegue. La historia de mi accidente y las graves secuelas que dejó en mi cuerpo hacen que nadie se cuestione por qué permanezco en una oficina fría y oscura siempre, y por qué mi cuerpo tiene esa apariencia de látex. Al menos, no cuando conocen que me quemé el 100 por ciento del cuerpo.

Río entró a mi oficina bajo la mirada atenta de mi secretaria; hicimos adentro la charada de alguien cuando se entrevista con otro alguien, y salió de mi oficina con una pila de papeles y nuevos datos para revisar. Me gusta usar papel por su facilidad de lectura, aunque sea frágil, y nunca transmito información confidencial por la red si me es posible. También revisé las citas que tenía. Un nuevo caso. Tras que Río entrara a su oficina, regresé a la mía y me puse el traje de trabajo. Me senté en mi viejo y confortable sillón de cuero rojo y encendí la lámpara del escritorio. Trabajando, con mi traje puesto, es como si nunca me hubiera ido en realidad. Vuelvo a ser aquel hombretón practicante de decatión jubilado que se metió al servicio secreto para tener algo que hacer. Mi secretaria entra con el café espresso doble que siempre me tomo por las mañanas, me indica mis citas del día, y me dice que mi hija me está esperando afuera. Tomo el café con mi mano de dedos chatos y nudosos, enguantados en cuero negro, y lo bebo de un solo trago. Caliente como el infierno, dulce como un beso robado. Devuelvo la taza y le digo que

puede pasar. Mi voz no es igual, nunca lo ha sido desde el accidente, pero es una imitación pasable de lo que solía ser.

2 RIC

Ella entra, y lo que veo es a su madre. No puede notar mi sorpresa en la oscuridad. Es la viva imagen de su madre, pero con una elegancia que nunca le noté. La invito a tomar asiento, a beber algo. Trato de alargar lo más posible el momento. Trato de no caer en el cliché de las reuniones entre padres e hijos separados tanto tiempo. Pero es imposible.

—Si tu madre hubiera sido una persona fina y educada, hubiera estado muy orgullosa de verte así. Ojalá no lo tomes a mal. Tu madre fue una mujer muy hermosa. Enferma, pero muy hermosa.

Ella permanece en silencio. Yo también. Puedo notar que hay algo raro: ella notó que hay algo raro en mí.

—¿Puedo verte? —pregunta, con voz queda.

—Preferiría que no.

—Por favor.

—No soy alguien muy agradable de ver. No en mi estado.

—He esperado tanto para verte...

—¿Sabes lo que me sucedió? ¿Tienes idea del estado en que quedé?

—Soy médico, papá. Me puedo hacer una idea.

Extiendo mi mano por debajo de la luz de la lámpara. Quiero que vea la mano enguantada.

—Mi mano es una de las partes que menos daño tuvo.

Con movimientos metódicos y lentos quito el guante de cuero negro y voy mostrando la piel roja y apergaminada que cubre. Vagamente se adivina que alguna vez fue humana. La observo constantemente a los ojos. Si tiene horror, o asco, lo disimula muy bien. Tal vez sí sea médico. Ella acerca su mano a la mía. Mi primer impulso es el de

tomarla pero no puedo. Mi segundo impulso es retirarla. No me atrevo. Dejo que sea ella quien tome la decisión. Sus uñas están a milímetros de mis dedos y noto algo extraño en ellas.

—Tu mano...

—Toda yo...

—No... tú no.

—Sí, papá.

—Desde hace cuánto...

—Un año. Me quedan tres meses.

—No. No puede ser.

—Sí, papá.

Trato de recobrar la compostura. Trato de hacer que las cinco etapas de Kübler-Ross pasen rápidamente; negación, ira, negociación, depresión, aceptación... pero no puedo.

Retrocedo mentalmente 30 años. Soy un profesor universitario de educación física de alto rendimiento y conozco a una estudiante de ingeniería biomédica en una fiesta. Ella juega balonmano; yo estoy en triatlón. La figura atlética y espléndida se complementa con una enorme mata de cabello enmarañado de apariencia leonina. Si existe tal cosa como el amor a primera vista lo nuestro fue algo muy similar. Tres años pasan antes de que ella termine su carrera y le ofrezcan un puesto de investigación en la universidad; nos casamos un año después y nuestra hija nació dos años después. Nuestra felicidad dura poco: a ella le diagnostican un tumor cerebral. Se vuelca en el trabajo para buscar una cura: diseña una serie de máquinas microscópicas que cazarán el tumor y sólo el tumor: espera hacerlo antes de que sea demasiado tarde. Las máquinas fueron un éxito y también un fracaso: acabaron con el tumor... y con las funciones cerebrales afectadas. Ahora está enferma mentalmente y su genio ya no es capaz de ayudarla: mi esposa se ha ido; queda el cascarón vacío que es su cuerpo y una mujer violenta. Me niego a dejarla ir; me

veo obligado a aceptar el trabajo en el servicio secreto para poder asistir a mi esposa. Cuando creo que hay una mejoría, algo la empuja más allá en el camino a la locura irremediable. Las máquinas han salido de su cuerpo, nos aseguran; pero yo lo dudo.

Entonces llega el accidente y el suicidio de mi esposa.

La sangre que salpicó a mi hija. Por lo menos una nanomáquina iba ahí. Esa nanomáquina tardó años en reproducirse antes de poder ejecutar su programa. Y ese programa se duplicó imperfectamente. Está acabando con mi hija; está acabando con todo cuerpo extraño; está acabando con cualquier cosa que no sean las células sanas de mi esposa; mi hija no es mi esposa y es el enemigo a vencer.

—No, no, no... tú no...

—Sí, papá.

—Tiene que haber una solución.

—No la hay, papá. La única solución posible es suicidarme y que mi cuerpo sea lanzado a un volcán; las nanomáquinas no pararán de multiplicarse. He tomado todas las precauciones posibles desde que me enteré de lo que sucedía. Las nanomáquinas externas pueden desprogramarse, pero dentro de mi cuerpo hay más y el programador no tiene alcance suficiente. No son afectadas por nada más y no cederán hasta acabar con todas las células que no sean las de mi madre. Sólo vine a despedirme. Sólo quiero verte antes de morir.

—Querida, no vas a morir. No lo harás si confías en mí.

—¿Cómo puedo confiar en alguien que no me quiso cerca de su vida mientras crecí sin mi madre? ¿Cómo quieres que confíe en ti si ni siquiera me dejas verte la cara?

Me acerqué a la luz. Los lentes oscuros y el respirador apenas ocultaban una cara negra, con huesos puntiagudos y limpios, venas visibles y arterias palpitantes. Ella se echó para atrás momentáneamente.

— ¿Tú crees que lo mío es un lecho de rosas, querida? Mi vida es un infierno y no podía permitir que la tuya lo fuera. Tal vez no fue la decisión correcta pero no me arrepiento de ella.

— Tu cara...

— Mi cara está mejor de lo que parece, querida —me hice hacia atrás—. Pero sé que te puedo ayudar. No precisamente yo; pero conozco a alguien que me debe un favor.

Me quedé en la etapa de negociación, pero creo tener un as bajo la manga.

3 BEA

Llamé a mi secretaria. Suspendí todas las labores de Río y todas mis citas fueron diferidas o derivadas a otros de mis investigadores. Me eché hacia atrás, a la comodidad y frescura de las sombras, y giré mi sillón. Una pantalla se activó.

—Río, deja lo que estás haciendo y ven a mi oficina.

En la pantalla, Río inclinó la cabeza y salió de cuadro por la izquierda. Apagué la pantalla, pero no giré el sillón. Me limité a escurrirme en total y absoluto silencio.

Un minuto después, Río entró por la puerta principal. Se acercó a mi hija y estrechó su mano para asombro de mi hija. Se presentó y solicitó mis instrucciones. Las dije, fuertes y claras, y la instruí a que tomara un papel que contenía las instrucciones detalladas. No había necesidad: pero era parte del papel que debía interpretar. Río y mi hija salieron por la puerta. Cuando entró mi secretaria a verificar por qué no había encendido la luz de privacidad, encontró el despacho completamente vacío. Por fortuna, dado que es excepcionalmente buena haciendo su trabajo, mi secretaria no hace preguntas incómodas.

Río y mi hija subieron a mi auto; pero yo manejé.

—Te pareces mucho a mi padre —dice mi hija.

—Me han dicho —responde Río.

—¿Eres su hija?

—No.

—Eres de pocas palabras.

—Sí. Perdóname, pero tengo demasiadas cosas en la cabeza ahora.

—Perdón.

—No molestas.

—Entonces... si no eres mi hermana, ¿qué eres de mí?

—La verdad, no lo sé. ¿Por qué insistes en que somos familiares?

—Tu olor. Tienes el mismo olor que yo. No lo puedes ocultar: sé que usas desodorante sin aroma, no usas colonia ni perfume, el maquillaje es mínimo y no te gusta usarlo; tu ropa es sencilla y común; siempre usas ropa como ésta para trabajar. Comes frugalmente aunque eres muy activa; practicas deporte y te gusta trabajar al aire libre. Te sientes cómoda en una profesión que tradicionalmente requiere fuerza física, histamina y cerebro. Te conozco tan bien y apenas te he visto, que no me cabe duda que podríamos ser hermanas. No me molestaría saber que mi padre tuvo otros hijos; siempre quise tener hermanos.

—Debiste ser investigadora.

—Soy médico. Es casi lo mismo. ¿Y bien?

—No, lo lamento. No somos familia.

—No puedo creerlo...

No alcanza a terminar la frase porque doy un volantazo: he visto un auto familiar.

—¿Qué pasa?

—Hay prioridades, perdóname —responde Río— pero tengo que detener esto antes de que sea muy tarde.

El marido de Selena Baldwin va con rumbo a la casa de la actriz, y por la cara que tiene no va a pedir perdón por sus acciones. El giro descontrola el tráfico y es lo bastante notorio como para que el marido note que lo perseguimos; pero no lo nota: va muy concentrado en lo suyo. Una patrulla intenta detenerme, le muestro la placa y solicito su apoyo. Puedo ver que mi hija palidece y se aferra al asiento con toda su fuerza, que no es mucha en su estado actual. Río sonrío y le dice que todo va a estar bien. Intento acercarme al auto de John Baldwin pero sin resultado: Baldwin es ex corredor de fórmula 1 y tiene los mejores

reflejos que he visto en toda mi vida. Nos acercamos peligrosamente a la casa de Selena y le informo a los vigilantes que se quiten de la puerta y se fortifiquen en la casa: nada debe pasarle a mi cliente. Río habla con los agentes en la patrulla: ya pidieron refuerzos. Entonces es mi hija quien ve el arma.

AK-47 modificada con cartucho de alta capacidad. Una bala de esas atraviesa la carne como un cuchillo afilado corta el pan. Y ese rifle tiene capacidad para 50. Baldwin va a matar. Río comunica la información mientras yo presiono al fondo el acelerador. El auto se niega a responder. Me veo obligado a dejar de esquivar autos: nunca le he debido tantos espejos retrovisores a tanta gente al mismo tiempo. Poco a poco me acerco a Baldwin: me ha visto, estoy seguro, pero no intenta usar su AK-47. Saca una Glock. Cuento los disparos que hace: uno, dos, tres, cuatro... se da cuenta entonces que mi auto está blindado y dispara a los autos a los lados para hacerlos chocar. Suertudo: no ha matado a nadie a pesar de los cinco choques que causó y aun así voy detrás de él. Le queda una bala en la recámara: he contado los disparos. La puerta de acceso al complejo residencial está a la vista: sólo tengo una oportunidad para chocarlo y sacarlo del camino. Justo en ese momento dispara otra vez y encuentra el mismo punto en mi parabrisas que ya recibió el impacto: la telaraña crece y me impide verlo por la fracción de segundo que necesita para acelerar. Apenas alcanzo a esquivar la pared; la patrulla detrás de mí no tiene tanta suerte. Detrás entran otros tres refuerzos.

Me encantaría que esto fuera un laberinto de calles estrechas: son amplios jardines enfrente de cada mansión, rodeados por pequeños setos recortados con amor y mucho dinero. Consciente de que ya no tiene balas en la Glock la tira y toma el rifle de asalto. Los disparos van dirigidos a la

casa de Selena y alcanzo a ver que algunos guardias caen abatidos; regresan el fuego pero las armas personales no tienen el alcance suficiente. Baldwin comete un pequeño error al tomar una curva y eso me da el tiempo suficiente como para tocar levemente su defensa trasera con mi delantera. La velocidad, la aceleración, y el súbito cambio en el centro de gravedad se encarga del resto: el auto de Baldwin hace un trompo y gira. Puedo ver el rifle de asalto y al conductor salir volando: el auto es ahora un montón de hierros retorcidos. Desciendo rápidamente para ver cómo está Baldwin: está gravemente herido, pero vivirá para enfrentar su juicio. Río le pone las esposas a las manos y piernas rotas. Baldwin me mira a los ojos y sonríe con la boca llena de sangre y dos dientes menos. Sé que me va a escupir. Es mi hija la que lo pateo en la cara antes de que lo logre.

Llega la policía y los guardias de la casa. Suertudo: Baldwin no mató a nadie aunque envió a 20 al hospital; tendrá que responder por un montón de daños y varios cargos por homicidio en grado de tentativa. Mi seguro me va a querer matar si no logro convencer al juez de que Baldwin debe responder por todos los daños. Cuando termino el papeleo con la policía, me acerco a mi hija.

—¿Estás bien? — le pregunta Río. Puedo ver que está nerviosa y le tiemblan las manos: una taza de café ya se ha derramado hasta la mitad antes de que pueda beberla. Me mira a los ojos antes de responder.

—Sí. Perfectamente.

Sonrío. Río sonrío.

—¿Estás segura de que no eres mi hermana? Te vi con la misma seguridad y aplomo que tenía mi padre ante los problemas.

—No lo soy.

—Juraría que lo eres. ¿Te molesta si te considero mi hermana?

Sonríó. Río sonríe. De pronto ella se lanza a los brazos de Río; puedo ver que está al punto de las lágrimas.

—Nunca he tenido tanto miedo como hoy...

Los guardias y los policías nos miran. Es Río quien decide abrazarla. Mi hija rompe a llorar.

—Tengo miedo... no quiero morir, pero si muriera quisiera haber hecho algo bueno de mi vida...

—Todo va a salir bien —le digo.

Es la actriz la que toma a ambas de la mano y las lleva a su casa. Prepara té para las dos. Ella también toma una taza: sólo las manos de Río no están temblando.

—Quiero agradecerte por lo que hiciste —dice Selena.

—No me agradezcas —dice Río—. Metí la pata. Si no hubiera perseguido a tu marido no habiéramos causado tantos desastres, y además puse en peligro la vida de... de un civil.

—Me hubiera matado.

—No lo sé. Creo que hubiera llegado tranquilamente y hubiera salido del auto: los guardias lo hubieran neutralizado antes de que pudiera actuar.

—Yo no lo creo. Conozco a John. Venía a matarme.

—Aun así no lo creo.

—Ya no importa. Lo hecho, hecho está. A todo esto, ¿Cómo te llamas, querida?

Mi hija mira a la actriz, aún nerviosa. Fue el uso de la palabra «querida» la que la hace mirar a los ojos a Selena, y entonces mira a Río, a su alrededor, y finalmente, a Selena de nuevo.

—Dios, olvidé dónde estaba...

—Son los nervios, es comprensible.

—Soy Bea Black. Diminutivo de Beatrix.

—Gracias por todo, Bea.

Selena extendió la mano. Mi hija titubeó un segundo, y alargó la mano tímidamente. Las marcas negras no eran visibles en la débil luz del atardecer.

4 RÍO

Es tarde y ha oscurecido cuando salimos de la casa de la actriz. El auto no está en condiciones de conducir de noche, así que llamamos un taxi. Puedo notar que las heridas en la frente de mi hija están sanando a gran velocidad. Decido que es más conveniente ir directo con mi contacto antes que regresar a casa.

Mi contacto trabaja en un parque industrial, justo a un lado de una inmensa fábrica de medicamentos. Sólo un callejón separa a las dos bodegas. Pero ya no es una bodega: una gran parte de la misma fue convertida en un hospital que atiende a todos los trabajadores del parque industrial. La parte restante es el laboratorio de mi contacto, y junto a esa parte, una casa rodante permanentemente estacionada. Es ahí a donde nos dirigimos.

Río toca la puerta. Sé que Ross está ahí. No hay modo de que no esté: es su hora de descanso. Siempre predecible. Si no hubiera convertido yo su casa rodante en un auténtico bunker, cualquiera hubiera podido matarlo de haber querido. Ross abre la puerta y nos ve. Se pone pálido.

—Hola, Ross... —digo. Aunque no lo parezca, me da gusto verlo. Está sano, las ojeras casi no se le notan, se le ve relajado... o se le veía. Noto que empieza a ponerse nervioso.

—¿Qué haces aquí?

—¿Podemos pasar?

Sólo entonces nota a mi hija.

—Sí, claro...

La puerta se abre con un chasquido.

—Sólo tengo dos sillas —dice Ross, quitando libros de una. Mi hija se sienta en la silla libre, Río y yo nos entretenemos mirando la, digamos, decoración.

—Siéntate tú, Ross —digo, examinando un viejo libro de papel de algodón. «Anatomía de Grey» dice la portada.

—Vengo a pedirte un favor, Ross —digo, mirando el diagrama del sistema músculo esquelético—. Necesito que examines a Bea. Tiene un problemita médico.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Vamos, Bea, dile.

Mi hija titubea, pero ve a Río a los ojos y algo cambia en su mirada. Confía en Río, aunque no en mí. Todavía no en su padre. Le cuenta todo.

Ross está en su elemento. Un enigma médico. Le gustan los enigmas médicos.

—Debiéramos ir a mi consultorio para hacer pruebas. Sí, me gustaría mucho. Vamos...

Y sin más preámbulo, se pone de pie y sale por la puerta principal. Lo seguimos de cerca.

Los exámenes han sido complicados y meticulosos. La confianza de Ross está por los suelos.

—No lo entiendo. Todo lo que hemos intentado...

—Ya sabemos el resultado, Ross. Lo que queremos es que lo corrijas.

—No hay modo. Los nanobots no pueden desprogramarse. Me temo que no puedo hacer nada.

—Sí puedes. Ya sabes qué hacer.

—Es que no hay técnica. R. No hay.

—Sí hay. La misma que empleaste con Ric y conmigo.

—No. No es lo mismo. Eso fue una técnica experimental, y no fue exitosa.

—Sí lo fue, Ross. Yo soy la prueba.

—No lo fue; ya sabes los problemas que hubo; por poco pierdo mi licencia y me vi obligado a retirarme de la práctica profesional...

—Fue exitosa, Ross, y tú y yo lo sabemos. Sí, hubo algunos efectos secundarios, pero todo se solucionó.

—No. No puedo hacerlo. Es equipo que tiene 10 años...

—Las técnicas actuales se pueden aplicar a tu equipo. Y sé que está en buenas condiciones. Sé que has seguido experimentando con él. Sé que ha funcionado. Y sé que funcionará en este caso. Y bueno, ya sabes, me debes un favor.

—Don't ask me that, R —dice, regresando a su idioma materno. Sólo hace eso cuando está nervioso.

—Sí, Ross. Precisamente eso.

—Por favor, R, todo menos eso.

—Ya sabemos que «todo» no es todo. Haz lo que te pido. Nos lo debes. Se lo debes a Ric, se lo debes a Río, y se lo podrás pagar a Bea, Ross.

Ross mira a Bea. Las marcas negras y blancas que cruzan su piel demuestran que sus problemas de salud son serios y graves. La única oportunidad es el procedimiento que salvó mi vida, a pesar de sus efectos secundarios. Bea mira a Ross a los ojos; puedo ver la súplica silenciosa, el grito mudo de «quiero vivir» que mis ojos ciegos y vacíos le transmitieron hace tanto tiempo. Ross le devuelve la mirada. Puedo ver el conflicto interno: por un lado quiere ayudar, por el otro, los riesgos son excesivos. Pero también sabe que esto le permitirá pulir los problemas en su tratamiento; que lo único que necesita es a alguien con la fuerza de voluntad para someterse a él.

Pasa una eternidad. Casi un minuto.

—Dammit, R.

Sonrío.

5 ROSS

Bea sigue estando muy nerviosa y no quiere ir a su casa. Termino aceptando que duerma en la mía. Pasamos a su casa por algunas cosas personales y me sorprende un poco al ver que no hay nada en el departamento que pueda identificar a su propietario. Todo está aséptico y cubierto por plástico; Bea me explica que tiene miedo de que los nanobots salgan de su cuerpo e infecten a alguien. Sabe, al igual que yo, que los nanobots, fuera del cuerpo y del alcance de la red neuronal, se desactivan, pero ella no quiere correr riesgos. Puramente psicossomático. Recogemos unas pocas mudas de ropa y el cepillo de dientes. Me doy el tiempo de mirar en el refrigerador y la alacena. Nada.

—Ya no cocino —respondiendo a la pregunta que nunca formulé—. Prefiero comer afuera, para llevar, desde que... bueno, ya sabes.

Asiento con la cabeza.

—Ya podemos irnos.

Sólo es una maleta de mano. El departamento queda vacío en la práctica.

Al llegar a casa Bea se queda admirada. Es, me dice, la casa de sus sueños. Le digo que la compré después del accidente, a nombre de su padre. Y que él me permitió quedarme a vivir con él mientras se recuperaba del accidente. Es mentira, por supuesto, pero si lo notó no dijo nada. Entramos, y ella se pone a inspeccionar toda la casa. Tengo hambre, así que voy a la cocina y decido preparar la cena. Pizza, no tengo ganas de preparar algo complicado, y además hasta ahí llegan mis habilidades culinarias. Le digo a Bea que elija su habitación, tome un baño y baje a comer. Ella, como niña con juguete nuevo, sube al segundo piso y

revisa toda la casa. No puede creer que sea de su padre, y que con su padre viva una joven que podría ser su hija. No puedo evitar contener una sonrisa cuando trate de deducir qué habitación es la mía.

Son tres habitaciones más el despacho. Cuando adquirí la casa ésta pertenecía a un matrimonio con dos hijos. Conservé la decoración de la casa: hay un dormitorio de matrimonio, un dormitorio de un hijo adolescente, un dormitorio de una niña, y una oficina en casa. Me alterno entre las tres recámaras para dormir simplemente según qué tan cansado haya sido el día: cada cama tiene un colchón con una dureza diferente. El despacho lo uso cuando tengo que trabajar aquí. Raras vez; siempre estoy en trabajo de campo o en la oficina.

—¿Duermes en el cuarto rosa? —pregunta Bea a bocajarro. No la escuché llegar.

—No —respondo, mientras agrego salami, queso y arúgula a la pizza—, mi cuarto es el azul.

—Me lo imaginé. ¿Te molestaría si uso el cuarto rosa?

—Para nada. Es tuyo.

—Oye, Río, ¿crees que se molestará mi papá si hurgo un poco entre sus cosas?

—No tiene gran cosa en su recámara. Puedes buscar en el despacho si te apetece; raramente viene.

—¿Dónde duerme? —pregunta mientras toma asiento en la barra desayunadora.

—Dicen que en la oficina. ¿Te gusta el pan de ajo? —pregunto, mientras corto una hogaza.

—Sí, gracias. ¿Hace cuánto que vives con papá?

—Desde el accidente. Bueno, un poco después.

—¿Es cierto lo del accidente?

Estoy a punto de cortarme un dedo con el cuchillo.

—Sí. Bueno, al menos lo que recuerdo. A mí me fue mejor que a tu padre.

—¿Te molestaría contarme lo que le pasó?

Meto el pan al horno junto con la pizza. Sirvo un par de vasos con hielo y agua y le doy uno a Bea. Me siento frente a ella.

—Debes entender que fue un accidente único y que no podrá repetirse por más que lo intenten.

—¿Qué pasó? Si quieres contarme... no quiero incomodar.

—Está bien. Tu padre y yo trabajábamos para el Servicio Secreto, eso ya lo sabes. Rosario Castellanos era secretaria en entrenamiento; Richard Black era guardaespaldas. Ambos fuimos asignados al equipo de seguridad del presidente, y ese día el presidente tenía una visita programada a la Siderúrgica, que acababa de inaugurar una nueva planta cerca de la capital.

»En el Servicio Secreto sospechaban que alguien quería asesinar al presidente y para evitarlo montaron un impresionante dispositivo de seguridad. La visita a la Siderúrgica se desarrolló sin problemas. Entonces el presidente decidió salirse del protocolo.

»Cuando nos dimos cuenta, el presidente ya había activado un elevador de servicio y apenas alcanzamos a subir con él. Tres personas subimos hasta un puente por encima de un enorme crisol donde se depositaba hierro fundido antes de ser transportado a otro lugar. El resto del Servicio Secreto trató de responder a tiempo y acordonó la zona, solicitándole al presidente que se quedara en su lugar. El presidente no hizo caso, por supuesto. Cuando el elevador llegó a la cima, salió y se dirigió justo al medio para ver cómo el metal fundido era depositado en el crisol.

»Los tres nos dimos cuenta al mismo tiempo de que el puente estaba manipulado. No recuerdo más detalles; sé que caímos hacia el crisol. Tu padre nos empujó a mí y al presidente, y él cayó directo en el metal fundido. El

presidente alcanzó a sostenerse de la estructura del puente y dicen que trató de sostenerme lo más que pudo; pero también me soltó. Dicen que el presidente se sostuvo, sostuvo a tu padre y me sostuvo a mí, y nos soltó para protegerse; dicen que no pude sostener a tu padre y no me pude sostener del presidente. Dicen muchas cosas.

»Lo único que es cierto es que caí sobre el crisol, y rodé debajo de él, justo instantes después de que tiraran el crisol para evitar un desastre mayor. El crisol rodó encima de mí. Me rompió demasiados huesos y me quemé la totalidad del cuerpo. Dicen que tu padre alcanzó a caer en el metal fundido, y cuando el crisol se vació lo único que pudieron rescatar fue un cadáver carbonizado.

»Fue Ross quien se dio cuenta de que no era así. Ross era parte del equipo médico del Estado Mayor y se dio cuenta de que teníamos una oportunidad de vivir. Organizó el traslado a su clínica y empleó un procedimiento novedoso, con nanobots, para restaurar las células dañadas del cuerpo.

»Yo no recuerdo nada de lo que pasó adentro. Estuve casi un mes en tratamiento. Cuando terminó, pude darme cuenta que todo había cambiado. Era yo una persona nueva, no de manera metafórica sino literal: el espejo y mis ojos estaban de acuerdo que era yo alguien muy parecido a mi antiguo yo, pero que definitivamente no era yo. Nada era igual; no lo eran mis manos, no lo era mi cara, no lo eran mis pies, no lo eran mis ojos... cuando salí, mis ojos eran color gris acero. Tardaron casi un mes en tomar el tono que tienen ahora. Y es que mis ojos tuvieron que ser reconstruidos por completo. Lo mismo con mi piel. Ninguna marca o cicatriz, ningún lunar. Todo perfecto. Mi pelo fue lo que menos creció; apenas una leve pelusa. Tardó meses en crecer y decidí mantenerlo corto. Era yo una nueva persona, ¿por qué no un nuevo estilo? Fue un shock, una auténtica colisión el saber que todo lo que podía hacer antes tendría que volver a aprender a hacerlo ahora:

las quemaduras fueron muy profundas y pasé demasiado tiempo ahí. Pero estaba con vida.

»Pero tu padre fue un éxito y un fracaso al mismo tiempo. Un éxito, porque le devolvió la vida y la salud. Un fracaso, porque nunca se pudo restaurar el cuerpo de tu padre por completo. No hubo forma de recuperarlo. Pero tu padre no corrió con mi suerte y su cuerpo terminó siendo algo completamente distinto; un cuerpo que no es el suyo; es un cuerpo desfigurado que mantiene vivo a algo que hace mucho tiempo fue un hombre. Pero vive. No permite que nadie lo vea. Le molesta ver en lo que se convirtió su cuerpo. Y no le gusta admitirlo, pero hay veces en que estuvo dispuesto a suicidarse para acabar con su sufrimiento. No más; se acostumbró. Todos nos acostumbramos a los cambios. Al menos vive y lleva una vida productiva, aunque alejado de la sociedad.

Sonó el timbre del horno. La cena estaba lista. Bea me mira y toma mi mano.

—¿Por eso te quedaste con mi padre? ¿Para agradecerle que te hubiera salvado la vida?

—Tenía qué hacerlo —digo, con voz quebrada. Estoy temblando.

Miro a Bea a los ojos. Son negros y profundos. Están húmedos.

—Gracias.

Se pone de pie, y me abraza. Empieza a llorar. Yo correspondo el abrazo y empiezo a llorar también. Tenía años sin hacerlo. Lloramos como magdalenas largo rato. Aún tiemblo cuando me doy cuenta de que Bea sacó la cena del horno. Se sienta junto a mí y me vuelve a abrazar.

—Gracias otra vez. Sé que seremos como hermanas.

No sé qué decir. Si supiera la verdad... algún día, pero no hoy.

No hoy.

6 TINA

El sol sale por la ventana que da a la calle e inunda la casa. Es muy temprano y quiero seguir durmiendo, pero no puedo. Me levanto y voy al baño. Río me devuelve la mirada mientras me lavo los dientes. Recuerdo que Bea duerme en la habitación de al lado y me pregunto si ya despertó. Me cambio de ropa y voy a su recámara. Han pasado cinco días desde que fuimos con Ross y hoy comenzará el tratamiento.

Está dormida, abrazada a un inmenso oso de peluche, como cuando era niña. Me quedo mirando un rato desde la puerta pero sé que tenemos un día ajetreado. Me acerco a despertarla. Es como cuando iba a la escuela: no se quiere despertar. Resignada finalmente me da los buenos días y se levanta. Me dice lo bien que durmió, a pesar de todo: se siente protegida por estar aquí, y sabe que haré todo lo posible por ayudarla. Con otra perspectiva de la vida ahora ve como una emocionante aventura lo que ayer era una pesadilla. Quiere desayunar, pero no puede: deben ser 24 horas sin probar alimento. Para solidarizarme yo tampoco he comido.

Llegamos al laboratorio de Ross temprano. Ya nos espera. No hay más ayudantes que sus máquinas y le da instrucciones a Bea. La máquina es más pequeña de lo que recuerdo, pero tal vez sea el tiempo. Ross le dice que entre, totalmente desnuda. La cámara de la máquina estará oscura y aislará todos sus sentidos; para evitarle problemas le administrará anestesia. Le explica de nuevo que el líquido que la cubrirá pronto está hiperoxigenado y le permitirá respirar mientras los nuevos nanobots hacen su trabajo. No sabe exactamente cuánto tardarán, pero no

puede ser mucho, la reconforta. Bea está nerviosa, pero no tiene miedo. Al menos lo disimula muy bien.

Ross baja la tapa, cierra los seguros, y comienza el proceso. Puedo ver cómo el líquido hiperoxigenado entra y cómo el aire sale. Puedo ver cómo en la pantalla los diferentes signos vitales se mantienen estables. Puedo ver cómo entran los nuevos nanobots. Casi puedo esperar ver salir a los viejos. Ross me dice que no hay nada más que hacer sino esperar. Dos, tal vez cinco días. Es casi una reconstrucción total. Tiene confianza en el procedimiento. Yo tengo confianza en el procedimiento. Y Bea también.

Todo va a salir bien. Todo tiene que salir bien. Mientras tanto, hay trabajo por hacer. Debo ir a la oficina.

Cuando llego, la secretaria me informa que hay un cliente nuevo. Pidió ver directamente a Río, lo cual es una novedad. La oficina de Río es austera y la única decoración es la placa con su nombre que la identifica como socia de la agencia. El hombre es mayor y me suena conocido: sí, atendimos un caso para él hace poco más de dos años; una mujer secuestrada que encontramos asesinada. Ahora es un caso muy complicado. Su socio en el negocio fue secuestrado, y al mismo tiempo, desapareció su hijo y la hija del socio. Creyó reconocer la voz que lo llamó para pedir el rescate, y sospecha que los hijos están involucrados en el secuestro. Es un caso complicado, pero sabe que entregamos resultados, y si acudió directo a Río y no a mí es porque recordó que Río trabajó el caso anterior y lo hizo con éxito. Acordamos los honorarios y pongo a mi equipo a trabajar.

Estoy a punto de salir cuando llega otro caso. Una madre, afligida, porque su hijo ha desaparecido. El caso parece complicarse cuando me explica que su hijo trabajaba

para el industrial secuestrado. Los casos parecen estar relacionados. Acepto el caso y acordamos los honorarios. Y justo en ese momento entra un padre, afligido, cuya hija trabajaba para el industrial y también ha desaparecido. Son muchas coincidencias, y no creo en las coincidencias.

Tina entra con el café. Me duelen los ojos de tanto leer, así que le pido que apague la luz cuando salga. Su comentario acerca de las costumbres de los socios me hace desear no haberle pedido eso. Tomo el café: es americano, pero cargado. Veo la oficina, desnuda, y decido que hace falta un toque personal. Al fin y al cabo, pienso, Ric está ya listo para jubilarse, mientras que Río apenas va empezando en el negocio. Pongo un poco de música y me relajo, tratando de llegar a ese estado en que las ideas fluyen libremente y se entrelazan en nuevas cadenas de pensamiento.

Y entonces suena el teléfono.

Es Ross.

El procedimiento ha comenzado y marcha bien; pero los efectos secundarios le preocupan. Le digo que me encargaré de ellos a su debido tiempo. Se sigue preocupando por ellos, y decidió tomar muestras de tejido sano como un respaldo, por si algo sale mal. Encontró algunas cosas interesantes, me dice: es como si Bea fuera una quimera: hay células que son indudablemente suyas, y otras que son indubitadamente de su madre. No logra explicar lo que pasó; es como si mi esposa hubiera querido clonarse justo cuando quedó embarazada, y los dos embriones se fusionaron. Es un pensamiento interesante, y suena como algo que mi esposa hubiera hecho. Me pregunto si en realidad su enfermedad mental no vino antes del tratamiento experimental.

Es tarde cuando terminamos de hablar. Decido ir a beber algo. Hace mucho que no bebo una copa y hoy sí la necesito. No me decido a dónde cuando una de las empleadas nos ve y nos invita a ir a un bar. Le digo que esperen un instante mientras imparto instrucciones a la secretaria, y nos vamos. Es como si el universo conspirara a mi favor.

7 GUNTHER

Es un bar pequeño. La barra sólo recibe a seis; las cinco mesas, a cuatro. La música está en un nivel agradable y se puede mantener una conversación sin alzar la voz; la especialidad, cerveza casera. Nunca había venido antes; mucho menos con alguien del trabajo. Elijo una cerveza oscura y unas papas bravas para acompañar; Akane me presenta con sus amigos como su sempai, su superior, sólo por hacerme una broma.

Resulta ser que soy la persona más vieja aquí, aunque no lo parezco. Decido decir que tengo 30 años, y aun así son 4 o 5 más que los otros, excepto una. Me le quedo viendo, hay algo raro pero no termino de decidir qué. Se dio cuenta, y me dice, en voz baja:

—¿Qué notaste?

—No lo sé. Aún. Pero pretendo averiguarlo.

No puedo creer que lo haya dicho. Tampoco puedo creer la sonrisa que me dedica.

—Tal vez no te guste.

—Tal vez sí.

¿Qué me pasa? ¿Aún no bebo y ya estoy coqueteando? El olor. Lo descubrí, hay algo diferente en su olor. El perfume no puede enmascararlo. No son feromonas, es... algo más.

—¿Akane trabaja para ti de verdad?

—Sí y no. Ella trabaja para otro de los socios. En mi línea de trabajo es mejor trabajar en soledad.

—¿Sabes? Yo siempre quise ser detective.

—Investigador. Detective son los policías; el resto somos investigadores. Es una leve diferencia.

—Pura semántica.

—No le digas eso a un policía.

—¿Y bien? ¿Hay trabajo disponible?

—Todo depende. ¿Qué sabes hacer?

—Sé hacer muchas cosas. Alguna tal vez te sirva —y dicho esto, me pasa una servilleta con su número.

No lo puedo creer. La primera vez que salgo a un bar en años y estoy ligando sin proponérmelo. Como cuando era joven... como antes del accidente. Muchas cosas han cambiado.

Akane y sus amigas se van a; quedamos un puñado de personas que no tenemos nada mejor qué hacer y que preferimos la soledad del pequeño bar. Y su comida. Me paso a la barra, que tiene una silla libre. Pido otra cerveza y le advierto al barman que es la última. Miro el espejo detrás de la barra: por más que me esfuerzo no puedo ver a Ric. El barman, entonces, me hace una confidencia:

—Los vi hablando con Renée hace rato. Renée no es lo que parece.

—Yo tampoco lo soy.

—Lo sé, pero a ti te conozco, y por eso te advierto.

—Es la primera vez que vengo aquí.

—Pero no es la primera vez que bebes conmigo. Nunca olvido una cara, y menos una cara como la tuya. Te fuiste del último bar que visitaste, hace 7 años. Eras un manojo de nervios.

Una débil lucecita se ilumina en mi cerebro: los recuerdos de esa primera y última vez en un bar desde el accidente; cuando creí que tenía suficiente confianza en mí... pero no la tuve.

—¿Gunther...?

—Me alegra que recuerdes mi nombre. Todavía recuerdo cómo llegaste, y sobre todo, cómo saliste del bar. Vaya escena. No sé qué pretendías entonces, pero nunca lo olvidé. Te mandé seguir, y descubrí que vivías con mi viejo amigo Richard Black. O con lo que quedaba de él, tras el accidente. Dime la verdad: eres su hija, ¿cierto? Te pareces mucho a él.

Noviembre

—No, no soy su hija.

—Buen intento. No me engañas. Sé que eres su hija.

—No lo soy. De verdad. Bea es hija de Ric. Yo no.

—¿Quién eres, entonces, si no Bea?

—Llámame Río.

—Así que esa vieja mula que es tu padre tuvo otra hija...

—No soy su hija, te lo repito.

—Nunca me he equivocado antes y no lo hago ahora. Si quieres negarlo, allá tú.

—¿Cuándo fue la última vez que viste Ric?

—Hará unos 10 años.

—¿Te enteraste del accidente?

—No. ¿Qué accidente?

—Te lo diré rápidamente: él y yo nos quemamos en un accidente en una siderúrgica. En el hospital hubo una cierta confusión al momento de aplicar el tratamiento y terminé con la piel que iba a ser de él, mientras que él fue sometido a un tratamiento experimental que fracasó. Si me parezco a él es porque mi piel es en realidad su piel. Él, en cambio, no se parece a nadie, ni siquiera a él mismo.

—Muy buena excusa, niña, pero no me convence. Tu estructura ósea es muy similar. Eres su hija.

—No soy de su familia. Y esto se está volviendo repetitivo.

—Mira, perdón por insistir tanto, y te ofrezco disculpas si insisto, pero tu padre fue un muy buen amigo mío.

—Sí, lo fuiste...

—Vuelve mañana, por favor. Tengo algo para ti que a tu padre le hubiera gustado mucho que tuvieras.

—Lo pensaré —dije, y me marché. Metí las manos en los bolsillos de mi abrigo y salí con la cabeza baja hacia la noche. Muchas cosas habían cambiado, pero no las suficientes.

Afuera me encontré con Renée. Por más que me esfuerzo, no puedo ver a Río; no está por ningún lado.

—Pensé que nunca saldrías —me dice, sonriendo.

—Perdón por tener vida propia.

—No te ofendas —dice, levantando las manos en son de paz—, la verdad es que me gustó mucho platicar contigo. ¿Crees que podríamos vernos? Y de verdad, si tienes trabajo para mí... me encantaría dejar mi trabajo e intentar nuevas cosas.

—Está bien —digo, cruzando los brazos—, ¿en qué trabajas ahora?

—Soy guía de turistas.

—No, de verdad.

Sonríe.

—La verdad trabajo en un table dance.

Inclino un poco la cabeza, evaluándola.

—¿Tú, en un table dance?

—¿No puedes creer que alguien con mi cuerpo y mi cara trabaje en un table dance?

—Mi trabajo es investigar y tomar todo con escepticismo. Perdóname que dude de tu afirmación.

—Ven al Boom Boom pasado mañana en la noche. Salgo a la pista a las 11.

Puedo ver que Renée da la vuelta y se va, contoneando las caderas. Noto que hay algo raro, algo que no debería estar ahí, algo que la ropa no oculta, aunque no se note. Y entonces descubro qué es lo que el aroma me recordaba: el secreto de Renée.

Sonrío. La verdad, esto se acaba de poner interesante. Subo al auto. Miro en el cristal y puedo ver a Río reflejada ahí, sonriendo. Yo sonrío también. Subimos al auto y nos marchamos a casa.

8 ABRIL

—Hablo sólo para informarte de los avances —dice Ross. Tengo las piernas sobre el escritorio y estoy leyendo una novela. Es de noche—. Tenías razón en algo: el procedimiento sí le está ayudando. Pero me temo que tendremos de nueva cuenta ciertos problemas con la ley, si sabes a lo que me refiero.

—No creo saber...

—Mis nanobots descubrieron la razón por la cual sus nanobots están atacando, y también la única manera de detenerlos: el único código genético que los detiene es el código genético de su madre. Y también descubrí por qué no fueron desactivados antes: detectan el ADN mitocondrial.

—El cual se transmite de madre a hija virtualmente sin cambios.

—Exacto. Pero eso no es todo: una vez que saben que el ADN mitocondrial está intacto, intentan reparar los cromosomas y la célula correspondiente, sólo que no pueden, porque no es una célula cancerosa. Así que la destruyen. La única manera de detenerlos es cambiando el ADN de todas las células.

—Así que...

—Así que Beatrix se convertirá en su madre, genéticamente hablando.

—Ya tenemos un precedente, y ha salido bien.

—Sólo porque no hubo cuerpo del delito. Yo soy el que debiera estar preocupado, y en su lugar eres tú quien está raro. ¿Qué sucede, Ric?

—Conocí a alguien en un bar.

—Wow, eso es novedad. ¿Ya le contaste...?

—Todavía no. Pero también me encontré con alguien de mi vida pasada.

— ¿A quién?

— A Gunther.

La línea queda en silencio por unos instantes, mientras Ross medita en la importancia de ese hecho.

— Wow.

— Y que lo digas.

— No te reconoció, claro.

— Insistió en que Río es mi hija.

— Deberías aceptarlo ya. Te ahorrarías muchas explicaciones.

— A Bea le encantaría que Río fuera su hermana.

— Debes entenderlo. La niña creció sola. Su madre se suicidó enfrente de ella, su padre quedó reducido a una piltrafa humana en un accidente, se entera de que va a morir consumida por las cosas que su madre hizo, y cuando por fin tiene el valor de encontrarse con su padre, se encuentra a una mujer que parece tener su misma edad y sus mismos rasgos y asegura no tener nada que ver con ella, pero que vive y trabaja con el único miembro sobreviviente de su familia. La única otra opción es la locura.

— Lo voy a pensar.

— Harás bien. Tienes un par de días más antes de que Bea despierte.

Cortamos la comunicación. Necesito un trago. Quiero quedarme y emborracharme, pero sé que eso no es posible. No me atrevo a hacerlo. En cambio, Río se alista para salir. Hay que hacer trabajo de campo, y en los bares hay muchos oídos alertas. Estos casos los tiene que manejar Río, sin duda. La veo, tan joven, y me hace sentir tan viejo. Tal vez sí sea bueno aceptar que Río es mi hija, aunque no lo sea.

Río camina por la calle húmeda por la lluvia de noviembre. Hay un grafito en una pared. «El robo de grafiti

es un plan masónico-illuminati para manipular a la gente.» Enfrente, otro igual. Tantos años, tanto tiempo, y las mismas idioteces siguen surgiendo una y otra vez. Alguien abre la puerta para que Río pase. Río va directo a la barra. Gunther ya está ahí. Se ve diferente: el tiempo no pasa en vano.

—Llegaste, niña.

—No soy una niña.

—Tienes por lo menos 30 años menos que yo. Para mí, eres una niña.

Sonrío. Si supiera...

—Ya estoy aquí. ¿Qué querías enseñarme?

—Ten.

Saca de detrás de la barra un relicario de oro. Lo abre. Adentro, una foto mía y una foto de mi esposa.

—Te pareces mucho a tu padre. Pero ella no es tu madre.

Gunther deposita el relicario en la mano de Río.

—Tu padre me lo dio dos días antes de firmar el divorcio con su esposa. Dijo que si alguna vez veía a su hija, se lo diera.

—Ric no se divorció.

—Lo sé. Pero cuando tu hermana vino y le comenté que vivías con él, supo que eras su hermana.

—¿Sabes lo que pasó acerca de su divorcio, pero no lo que pasó después?

—Richard fue un muy buen amigo mío, pero tuvimos diferencias. No lo he visto desde hace 10 años. Aunque siempre me mantuve informado de su paradero: es difícil permanecer oculto cuando se es tan importante.

—Nunca intentaste contactarlo.

—No. Hay aguas que no deben removerse.

—¿Tan grave fue?

—No tienes ni idea.

—Acepto tu palabra.

—Ahora dime la verdad. Ric es tu padre, ¿quién es tu madre?

—No la conoces.

—Si la conociera no te estuviera preguntando quién es.

—Yo tampoco la conozco.

—Ah... en ese caso creo que ya sé quién fue.

Miro a Gunther a los ojos. Me devuelve la mirada. No digo nada.

—Fue hace 28 años, así que debes tener 27 ahora. Sí. Todo concuerda. Eso, y tu apellido latino.

—¿Cómo sabes...?

—Pagaste con tarjeta la vez pasada. Tú, querida niña, eres la hija perdida de Richard Black y Rosario Castellanos. Tu mismo nombre. Fue buena chica. Tu padre estaba perdidamente enamorado de ella en la guerra. Pero al terminar regresamos a casa, desmoralizados aunque victoriosos. Ella se quedó. Escuché rumores de que murió.

—¿Rosario...?

No lo había pensado antes... era la solución a mi dilema. Rosario había muerto, sí: había muerto en mis brazos. Y la chiquilla que cayó conmigo al crisol se llamaba igual, pero no era pariente, ni remotamente. Sólo se llamaba igual. Coincidencias. Pensándolo bien, las coincidencias sí existen, y sólo un imbécil las desaprovecharía.

—¿Conociste a...? —con los años, puedo decir que Río se ha vuelto muy buena actriz.

Como respuesta, Gunther sacó una foto vieja y desgastada de la cartera.

—Rosario: te presento a Rosario. Rosario: ella es tu hija.

Río hace la actuación de su vida. Un Oscar; Río se merece un Oscar. Me siento orgulloso.

9 EVA

Beatrix estaba dentro de su tanque. No había sonido más allá del de su corazón. No había luz más allá de su registro infrarrojo. No había tacto más allá del contacto del líquido con su piel. No había olor más allá del aroma peculiar del líquido hiperoxigenado. No había sabor más allá del suyo propio. No había nada, y a la vez había todo. La anestesia se mantenía constante en beneficio de Beatrix, y los nanobots de ambos bandos libraban una guerra que en escala macroscópica hubiera dejado a las Grandes Guerras como simples peleas de niños. Y sin embargo, ambos bandos luchaban por salvar la vida de Beatrix.

Si hubieras podido ver, lector, cómo un instante la piel de una mano se deshacía sólo para ver cómo volvía a tejerse encima de los músculos piel nueva, te hubieras sorprendido. La primera vez la red de nanobots se tardó cuarenta días y cuarenta noches en terminar su trabajo; esta vez, auxiliados por el enemigo, sólo tardaron ochenta horas. Pero claro está que la reconstrucción no fue total esta vez. Y había mucho material para trabajar.

Pasaron 96 horas desde que entró hasta que salió. Ross no quiso correr riesgos y corrió una nueva serie de pruebas antes de despertarla. Eso me dio tiempo de llegar, con mi traje de visitas públicas. Se lo debía a mi hija. Las dos pequeñas pilas de escombros en el fondo denotaban que los nanobots habían terminado su trabajo: una eran los robots de Lilith; los otros, los robots de Eva. Ross extrajo con cuidado los Lilith y los guardó para análisis posterior; los robots Eva fueron retirados y almacenados para su reprogramación en un futuro cercano. Había aprendido mucho con este caso, y con unas leves modificaciones,

podría darlo a conocer. Pero había que hacer las cosas por orden. El líquido hiperoxigenado comenzó a ser drenado y poco a poco la cápsula se abrió. Ross, a pesar de lo que esperaba, se quedó admirado al ver los resultados de su obra: había entrado una mujer condenada a muerte; salía ahora una mujer en plenitud de su vida... y era una copia idéntica de su madre a su edad.

—Wow.

Beatrix abrió los ojos. Eran de color gris acero, como los de un recién nacido. Le costó trabajo enfocarlos, pero nos vio claramente a Ross y a mí. Trató de hablar.

—Papá...

La tomé de la mano. Estaba cálida. Era la misma mano de su madre. Era su madre. Era mi esposa.

—¿Lo hice bien, papá?

Bea siempre decía eso después de jugar.

—Lo hiciste bien, mi vida. Lo hiciste bien.

Bea sonrió. Yo la abracé.

—Debo irme ya, mi vida.

—¿Te volveré a ver?

—Tal vez no. Pero siempre estaré cerca de ti. Río cuidará de ti. Cuida de ella. Sean como hermanas.

—¿A dónde irás, papá?

—Tal vez me convierta en un cerebro en un frasco. Sólo sé que no puedo vivir más así.

Ella se durmió. La coloqué en la cama y me fui.

—Cumpliste tu parte del trato, Ross.

—Sí. ¿Sabes? Ya va siendo tiempo de que Río asuma el control de tus operaciones.

—Aun no. Pero pronto. Todavía hay cosas que hacer.

Me marché de ahí. Una vez afuera entré a la casa de Ross y me cambié. Río me miraba.

—Es tiempo.

Río me devolvió la mirada. Era tiempo.

Noviembre

Ross nos acompañó a casa. Ya instalados, Ross quiso correr un nuevo examen de la vista. Bea no podía enfocar bien, aunque sus nuevos ojos estaban perfectos. Era, simplemente, que no los había usado nunca. En este momento su visión era 20/100. Pero aun así era mejor que los 20/200 que tenía en el laboratorio. La acostamos en su cama y me quedé junto con ella. Pasé la noche en vela como no lo hacía desde que nació.

10 VÍCTOR

Ross ya se había marchado desde hace rato cuando la luz de la luna me hizo notar algo muy curioso en el cabello de Bea. Me acerqué a examinarlo, y al comprobar mi primera impresión, y no creer lo que veía, opté por ir al despacho por una lupa y una lámpara. Y aun así no podía creer lo que veía. Llamé a Ross.

—What? —contestó, soñoliento.

—Bea tiene el pelo azul.

—No. El pelo es blanco y la melanina le da su color cuando el folículo va creciendo...

—Ross: a Bea le está creciendo pelo azul. No negro. No blanco. No marrón, ámbar, rubio o rojo. Azul.

—No es posible... a menos que... ah, claro. Debí haberlo pensado antes. ¿Tienes un espectrógrafo?

—Sí, había uno en la casa cuando la compré... ¡Claro que no tengo un espectrógrafo!

—Porque si tuvieras uno podríamos ver si es tinte, melanina, un color natural o si el pelo está simplemente reflejando luz... Pero no te preocupes. No es dañino. Uno de mis pacientes tuvo pelo azul un par de meses y después regresó a la normalidad.

—¿Ah, sí? ¿Quién, si se puede saber?

—Tú, R. Ahora déjame dormir. Mañana pasaré temprano a tu casa y desayunaremos como una gran familia feliz.

Y colgó. No recordaba yo el episodio del pelo azul.

Acababa de salir del hospital. Era un caos mi vida tras el accidente, pero decidí que tenía que tener algo para vivir. El gobierno nos había dado una indemnización a Río y a

mí, y la solución más práctica era gastar mi dinero en una casa mientras que el de Río serviría para el diario vivir. Sería mi primera casa. No más departamentos para mí. Además, serviría por si en un futuro mi hija venía a vivir conmigo. Aún tenía esperanza en el futuro. Caminé por la ciudad, sin rumbo, hasta que la vi y me hechizó. Era una casa en un barrio de clase media.

Me quedé parado ahí, viendo la casa. No noté cuando la vendedora se paró frente a mí, y me saludó. Aún no estaba acostumbrado a los cambios en mi cuerpo y supongo que la vendedora lo interpretó como nerviosismo.

—¿Por qué no pasas a ver la casa, querida? —le dijo a Río—. Además, me encanta tu cabello: se te ve precioso ese color bajo el sol.

No sé qué me sorprendió más. Que la vendedora se dirigiera directamente a Río o que al entrar a la casa pude ver que Río tenía el pelo blanco plata y azul cobalto.

La agente nos mostró todas las habitaciones y nos dijo el precio. Era razonable. Pero no pude resistir a hacerle una pregunta al respecto.

—¿Por qué se vende tan barata la casa? ¿Qué pasó aquí?

La cara de la agente se ensombreció unos instantes.

—Fue una trágica historia. El auto perdió el control y cayeron al vacío en un barranco, una de esas carreteras que todavía no están automatizadas. La aseguradora lo calificó como un accidente... la familia no estaba tan segura, pero nadie pudo probar nada. Además, pobrecitos, todavía no habían cumplido dos años desde que la compraron.

—¿Está vendiendo el banco entonces?

—Sí. ¿Te gustó la casa?

—Sí, mucho. ¿Habría algún problema si la compro yo a nombre de un tercero? —dijo Río— Es que... bueno, quien la quiere comprar aún no sale del hospital.

—Podremos arreglarlo. ¿Tú serías la intermediaria, entonces?

—No. Sí. Bueno, o sea... yo viviría aquí también.

—¿Eres pariente de quien quiere comprar?

—Sí... soy su hija.

—En ese caso no creo que tengamos ningún problema.

Río y la agente se estrecharon las manos. Yo, de pronto, me vi dueño de una casa.

Acostumbrarse los primeros días fue difícil. Pronto terminé cayendo en una agradable rutina que me hacía olvidar lo que había pasado. Yo, en realidad, nunca estaba en casa, aunque ahí vivía. Río, en cambio, era la única persona que los vecinos conocían. Simplemente había que decirles a los vecinos que mi trabajo era complicado. Hice correr el rumor de que era escritor. Escritor prolífico; de éstos que son capaces de perpetrar una novela a la semana. Eso explicaba que no necesitara dinero y trabajara siempre en casa. Los rumores del accidente explicaban que siempre permaneciera en interiores. Y de cuando en cuando me dejaba ver en la ventana del despacho, siempre en penumbras, cuando me sumía en la depresión.

Decidí, entonces, que lo mejor por hacer era volver a trabajar. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de abrir la agencia de detectives. Era una manera de atraer la atención hacia mi persona mientras la desviaba de Río, aunque Río en realidad fuera quien hiciera el trabajo sucio. A pesar de todo teníamos recursos y contactos, así que podía moverme en el mundo de la legalidad mientras trabajábamos en las sombras. Probó ser una buena inversión.

Dos meses pasaron desde que comprara la casa hasta que me diera cuenta de que el cabello de Río estaba cambiando de nuevo. El cabello plateado y azul daba lugar

a cabello rojizo primero y a cabello castaño después. Poco a poco fuimos variando su tono de cabello hasta establecer uno natural que no requiriera mantenimiento. En el exterior era como si Río sentara cabeza... y cuidara a su padre enfermo. Pero en la agencia se tomó como muestra de madurez y profesionalismo; justo la imagen que quería que proyectara. El traje sobrio de trabajo contrastaba con todos los trajes que podía llevar una mujer como Río. Pronto me convencí que para labores de vigilancia Río estaba mejor capacitada que Ric: simplemente nadie se fijaba en sus intenciones: sólo en ella. Y eso permitía emplear sus dotes para obtener información. No es que hombres y mujeres fueran diferentes; simplemente que ambos sexos podían emplear sus particularidades en labores complementarias.

Los primeros casos los resolvimos de manera muy sencilla. Cada nuevo caso nos daba prestigio. La política de «No hay resultados, no hay honorarios» atrajo aún a más clientes. Pronto tuvimos que contratar a más personal. La Agencia Black era la mejor... y estaba dirigida por un misterioso personaje que raramente salía de su oficina y que había estado en un horrible accidente... del que nadie conocía los detalles. Se decía, sin embargo, que el poder detrás del trono en la agencia era una de las socias, una joven que tenía un extraño parecido con el dueño cuando era joven... y que insistía por todos los medios en que no era su hija.

Y es que no lo era.

El sol salió. Bea abrió los ojos. Azul acero, cuando unos días antes eran color café espresso. Parecía un tanto confundida.

- ¿Dónde estoy?
— En casa.
— ¿Y mi padre?
— En la agencia.
— Soñé con él.
— Estuvo cuidándote toda la noche.
— ¿No fue un sueño entonces?
— No. ¿Cómo te sientes?
— Viva. Y con hambre.
— Ven, levántate. Vamos a desayunar con el doctor Ross.
Quiere examinarte una vez más.
— El tratamiento fue un éxito. Lo sé. Me siento bien.
Bea se puso de pie, titubeando.
— Se siente bien.
— Hola, Bea. Hola, Río.
— Hola, Ross. Bea aún tiene problemas para hablar.
— Es normal. Hubo una reconstrucción masiva. De hecho si me pongo a pensar en la cantidad de energía que se gastó me doy cuenta que ni aunque vendieran esta casa podrían pagar la cuenta. Si no fuera porque tengo mis recursos... Pero no les interesa saber eso ahora. Veamos, Bea... ¿Qué ves aquí?

Mientras Ross revisaba a Bea, Río se fue a dar un baño y a cambiar de ropa. Un conjunto discreto y cómodo que no atrajera demasiado la atención sería útil: aún había que ir a los juzgados a obtener información. El disfraz de abogada sería ideal: recoger el cabello en un moño estrecho, traje sastre con falda, un botón menos en el escote... obtener la información sería pan comido. Me limité a mirar cómo se cambiaba. El maquillaje siempre se quedaba hasta el último. Nos habíamos tardado meses en desarrollar un sistema de maquillaje tan simple y tan efectivo: plantillas. Gracias a eso Río podía maquillarse en 2 minutos o menos. Y siempre se veía bien. Cuando bajamos, Bea y Ross ya estaban terminando.

—Un trabajo perfecto, R, si me permites decirlo.
Modestia aparte, creo que no podré superar esto nunca.

—Hace una semana no querías hacerlo.

—Me alegra que me hubieras convencido.

—Muy bien. Oye, Bea, ¿quieres salir a desayunar o prefieres quedarte a descansar?

—Quiero salir. Quiero volver a conocer el mundo.

—¿Quieres acompañarnos?

—¿Por qué no? Así podré decir que salí con dos bellas damas.

La mirada socarrona que me echó no era nada comparada con la mirada de odio que le lancé; pero lo dejé pasar. Después de todo, había salvado a mi hija y eso era lo que me importaba.

—¿Me acompañas a cambiarme? —dijo mi hija, tomando de la mano a Río.

—Sí, claro. ¿Por qué no haces reservaciones en un lugar bonito? Tú pagas.

—Yes, ma'am —dijo Ross.

11 ONCE

El restaurant es familiar y acogedor. «Miss Margaret» dice el letrero, pero la verdad es que Margaret hace mucho tiempo dejó de ser miss, para beneficio de todo el mundo. Es una rotunda matrona inglesa que alguna vez fue muy guapa, y que ahora atiende su restaurant con mano de hierro y a su clientela con guante de terciopelo. Famosa por sus desayunos a la usanza inglesa, que siempre te dejan satisfecho y están hechos al momento. Ross le cuenta que Bea acaba de salir del hospital y nunca antes había comido aquí, con lo cual a Miss Margaret se le brota una lágrima, abraza y besa a Bea como si una hija perdida hubiera regresado a casa, deja colgados a los clientes habituales ante la excusa de que por fin hay alguien que la necesita tras tantos años, y se va a la cocina, regresando con una inmensa tetera. Ella personalmente se encarga de servirle el té y le sirve una tostada con la cantidad justa de mantequilla y mermelada de naranja. Entonces Bea me presenta como su hermana.

—¡Bea, darling! ¡Si es la misma imagen de tu finado padre!

—Con la salvedad de que no está muerto —digo.

Ross está a punto de partirse de risa.

—La verdad, mamá, es que yo tampoco sabía que Ríó y Bea eran hermanas, y no sabía que Bea y tú eran viejas amigas. Pero sí, Ric sigue vivo. Acabo de hablar con él.

—¡Pero cómo! —ofuscada, miss Margaret se abanica con una servilleta que sacó del delantal— ¡Habrás visto semejante cosa! El desobligado de tu padre, Ríó, dejó de venir seguramente para tratar de ocultar su aventura, ¿verdad? ¡Donde lo encuentre a ese poco hombre...!

—No, mamá, no... La verdad es que no sabíamos que fueran hermanas. Ríó es mayor que Bea. Desde la guerra

pensábamos que su madre había muerto, y parece ser que vivió lo suficiente como para dar a luz a su hija. Es la viva imagen de Richard, ¿no te parece?

—Como dos gotas de agua. ¿Quién te dijo eso, Drew?

—Río.

—Y a mí me lo dijo Gunther, el dueño del bar La Bodega.

—Gunther, ay, bendito, él y tu padre, Río, cuántas historias no contaban de la guerra. Mi marido (que esté en el infierno hirviendo en salsa de menta), Gunther y tu padre fueron los mejores soldados de su unidad. Los únicos que regresaron con vida de una misión suicida dos veces. Lástima que a mi marido le dio por la bebida, pero supongo que hay heridas demasiado profundas.

—¿Cómo era mi padre, mamá? ¿Puedo llamarla mamá?

—Mucho me molestaría si no lo hicieras, querida. Déjame servirte una taza de té más antes de continuar. Es buen té, de Ceilán, donde el té se da mejor que en ninguna parte. Tu padre era el mejor atleta. Antes de la guerra tenía esperanzas de ir a una Olimpiada. Después de la guerra le ofrecieron un jugoso puesto en el ejército, pero no lo aceptó. Aceptó ser profesor de educación física en la universidad, y se casó con su novia de toda la vida. Tu madre, querida —dijo, acariciando a Bea en la barbilla—. Son como dos gotas de agua también. Se casaron en una ceremonia privada. Sólo estuvimos presentes unos pocos amigos. Tu madre era una mujer hermosa en todos los sentidos. Cuando naciste fue motivo de jolgorio y algarabía por todo el barrio. Entonces se presentó la enfermedad de tu madre. Richard se volcó en los estudios y se volvió el ayudante de Abril para tratar de desarrollar una cura. Entonces sucedió el... incidente.

—Ya lo sabe, mamá —dice Bea. Se le ha ensombrecido el rostro.

—Richard nunca quiso que te quedaras desamparada, querida. Aceptó un trabajo en el Servicio Secreto, con la

esperanza de proporcionarte una vida mejor. Nunca quiso volver a casarse. Quería dedicarse a ti en cuerpo y alma, pero las deudas se acumularon. Entonces surgió el otro... incidente. No salió con vida de ahí.

—Ejem... —carraspeo un poco antes de continuar—. Richard Black está muy vivo.

—No puede ser, querida. Lo que sacaron de ahí no era Richard Black. Dos personas cayeron, y sólo una salió con vida.

—Créame. Está vivo. Lo sé porque yo soy la otra persona del... accidente.

—Goodness gracious, I'm flabbergasted! Bless you, my child... —Y me abrazó y besó en la frente. Para que luego digan que los ingleses son flemáticos.

—¿Pero cómo? Nos dijeron que Richard había muerto, y luego, cuando Abril...

—Digamos que el accidente tuvo secuelas — interrumpí—. Las tuvo para mí, y la menor de ellas fue saber que era mi padre.

—¿Pero cómo...? ¡Cayó en un crisol de metal fundido, for God's sake!

—Se las arregló para vivir el tiempo suficiente como para que el dr. Ross pudiera ayudarlo.

—Hice lo que pude, mamá, pero no fue muy buen resultado.

—¿Qué le pasó?

—Sólo digamos que si lo vieras ahora no lo reconocerías. Y tal vez sea mejor así.

El tono de Ross daba a entender que era suficiente de preguntas por ese día. Miss Margaret lo entendió así. El resto del desayuno se dedicó a mimarnos a Bea y a mí.

12 ELLIOT

Mientras Ross acompaña a Bea a casa, yo voy a los juzgados. Mis contactos me proporcionarán la información que necesito de los tres casos de desaparecidos, y encuentro conveniente ir en persona. El hecho de que tengo cédula profesional para ejercer la abogacía facilita mucho las cosas. Entro por la puerta principal, como todo visitante. Adentro es mucho más fácil moverse si sabes qué puertas tocar. Cuando llego con mi contacto, ella está encerrada en un cubículo, arreglando los archivos. Nos saludamos de beso y platicamos de cosas sin importancia, antes de preguntarle si tiene los datos que le pedí. Los tiene. Por cortesía la invito a salir a tomar un café. Sé que no lo hará: está atareada. Me ha dicho lo mismo desde que la conozco. De cualquier forma deslizo un regalito en su bolso de mano. Es coleccionista de monedas raras, y en mi negocio siempre encuentra unas monedas raras. Me despido y voy a buscar a mi siguiente víctima. Me veo en el espejo y puedo ver que mi traje no tiene ni una arruga, mi maquillaje está impecable, mis medias no tienen ni una corrida, mis zapatos están impecables; todo es perfecto. Es hora de aprovechar mi imagen.

Es policía. Capitán, de hecho. Ahora hace trabajo de escritorio por un problema relacionado con un trozo de plomo, alta energía y el idiota que creyó buena idea apretar el gatillo. Aunque se ganó el ascenso, daría lo que fuera por volver a salir de «cacería». Por eso, cuando me ve —y me llama abogada— sabe que estará cerca de la acción, aunque sea de manera remota. Platicamos un poco y le cuento las circunstancias de mi caso: él saca archivos relevantes. Como siempre me pide que lo acompañe a cenar: yo me niego —alegando cuestiones de trabajo— pero coqueteo un

poco. Tal vez, le digo, cuando los dos nos tomemos unas vacaciones. Ninguno ha tomado vacaciones en 10 años y no vamos a empezar a hacerlo ahora. Sabe que lo nuestro es meramente profesional, pero me dice, en tono confidencial, que le hubiera encantado que su hijo me hubiera conocido antes. Tomo nota mental de averiguar algo sobre él; hace dos años que no sabemos nada y él no ha querido mover la inmensa maquinaria policial. Salgo de ahí, guiñándole un ojo.

El disfraz de abogada funciona muy bien cuando me entrevisto con mi tercer contacto. Es un nerd a la vieja usanza; haría lo que fuera porque una mujer guapa le hiciera caso. Me da incluso pena aprovecharme de él; pero no puedo evitarlo: decido darle un poco más de lo habitual y, al salir, deshago mi peinado y le digo, con la voz más seductora que puedo, que me encantaría jugar calabozos y dragones con él. Puedo sentir cómo su temperatura sube... y decido darle un beso rápido en la boca. Salgo con toda la información financiera de mis tres clientes... y al cerrar la puerta, me doy el lujo de retocar el color de mis labios. Mi contacto será el héroe de los nerds policiales durante todo el mes.

Cuando salgo todavía me doy el lujo de interceptar a un juez. Tras saludarlo, peino mi cabello en una sencilla cola de caballo: el juez no me quita los ojos de encima; lo suficiente como para distraerse cuando le pregunto el estado de algún caso... y si ha escuchado hablar del hijo del capitán. La información que me da es breve, pero concisa, y no recordará habérmela dicho. Sé que es por el perfume que estoy usando: es su perfume favorito. Me despido del juez con un beso en la mejilla, más cerca de la boca de lo que cabría esperar. Tengo al juez en la bolsa. Juego con él a mi antojo. Si quisiera sería la reina de los juzgados, pero me limito a manejar un perfil bajo: soy un

Noviembre

fantasma, un mito; todos han oído hablar de mí, pero pocos tienen pruebas de mi existencia.

Y así quiero que siga todo.

13 JONATHAN

Es de noche cuando llego a casa. Ha sido un día complicado, pero muy productivo. Cuando Río regresó del juzgado, analicé en la oficina los patrones de cada uno de mis clientes. En ésta época en que hay tanta información lo difícil no es obtenerla: lo difícil es encontrar cuál es la relevante. He terminado utilizando computación analógica para interceptar patrones; y en este caso se da, muy curioso, que los tres clientes tienen patrones que se acercan pero no se cruzan entre sí. Al momento de salir por poco lo hago por la puerta equivocada. Debo recordar que, si voy a «jubilarme», debo cerrar el pasillo que comunica mi privado y el de Río. No será difícil. Entro a casa y veo la familiar imagen de Río en el espejo del pasillo, avanzando. También veo a mi hija, que corre a abrazar a Río. Es como si no existiera. Y sí, es cierto: no existo. Soy algo menos que el más sutil de los fantasmas, y aun así, aquí estoy.

Bea le cuenta a Río todo su día. Ha ido de compras; es una mujer nueva. Es curioso: mientras que mi mujer nunca se preocupaba por vestidos y trapos, Bea compró un guardarropa nuevo. Es lógico, de cualquier modo: nada de su ropa le queda. Y esa ropa le trae malos recuerdos. La escuchamos con calma, Río y yo. Bea sabe que hay algo que nos preocupa; escucha a Río con atención, como si fuera su hermana mayor. De cierta manera lo es, no tiene caso negar ya lo innegable. Al contarle lo que estamos haciendo, Bea me sugiere acompañarme al trabajo mañana. Tal vez su experiencia con misterios médicos sea relevante en misterios sociológicos, dice. Lo pienso. Miro a Río, por detrás del hombro de Bea. Me devuelve la mirada. Sí, le respondo, será lo mejor.

Es hora de dormir. Bea se adueñó de la habitación rosa. Yo me voy a la azul. Al desvestirme, puedo ver a Río haciendo lo mismo. Bea toca antes de entrar; la dejo que pase. Ve a Río vestida con una camiseta larga y un bóxer.

—Así acostumbraba dormir papá cuando era pequeña.
¿Es cómodo?

—Mucho —responde Río.

—Bueno. Venía a pedirte una frazada extra.

—En el closet de blancos del pasillo.

—Gracias. Buenas noches, hermana.

—Buenas noches, hermana —responde Río.

Sí. Buenas noches, hija.

Estoy en la cama. No puedo dormir. Solo escucho el ritmo de la respiración de Río; mi propio ritmo cardiaco, el escaso ruido de la calle. Hay algo que no estoy tomando en cuenta de los tres casos... El sueño poco a poco llega. Puedo sentirlo. Por alguna razón que no alcanzo a comprender, mi pensamiento se dirige hacia Renée. ¿Qué tiene qué ver en esto? Hay algo que me dice que tengo que seguir la pista... pero no puedo.

El sueño me vence antes de conseguir deducirlo.

14 RENÉE

Sueño. Sueño que estoy en casa. Puedo reconocer el lugar y la fecha. Incluso la hora. Entro al portal, saludo a los vecinos, subo en el ascensor, abro la puerta y lanzo a una esquina la maleta con mi ropa de trabajo. Bea viene corriendo, dando saltitos, gritando «papá, papá...». Tiene 3 años. Detrás de ella está Abril, sonriendo, con su vestido hippie y la bolsa de la compra. Recuerdo perfectamente cómo Bea se quejaba de mi olor, y cómo Abril sonreía, me daba un rápido beso y me enviaba a la ducha. Era sábado, porque era cuando me iba a jugar rugby con los muchachos por diversión y no había duchas en el campo.

Pero esta vez Bea me decía que olía rico, y Abril me miraba diferente. Como si no me conociera. Al preguntarle qué pasaba, me respondía que no era mi culpa, sino de ella... y señalaba a otro lugar. Al girarme podía ver a mis clientes y a Renée. Me acerqué a ellos. Fue Renée quien primero me habló. Me decía que las cosas no eran lo que siempre parecían. Y que podía tratar de identificar a quien estaba ahí y que no era quien parecía serlo. El industrial, en cambio, me dijo que no podía confiar en mí por mi apariencia, así que la única solución era quedarse ciego. Pude ver cómo extendió la mano, y cómo las uñas crecían. Pude ver cómo acercó las uñas a la cara, pero en lugar de ser su cara era la mía. Dio un zarpazo; no me retiré a tiempo de su alcance, y cuando abrí los ojos Renée ya no estaba ahí.

Sólo estaba la pared. La pared y cuatro líneas. Las líneas parecían marchar en paralelo, pero de pronto una de ellas se entrecruzó con otra. Y marcharon juntas a todo lo largo de la pared, enredadas, hasta desaparecer en la niebla. ¿De

dónde salía la niebla? No: la pregunta era a dónde iba la niebla. Me encaminé a ella. Las líneas seguían su camino. Una de las líneas sueltas se separó cuando más líneas la anudaron y la llevaron a otra pared. Otra línea se movió a la otra pared, cambiando de color, de rojo a rosa al amarillo a azul a magenta a verde, sin quedarse en un sólo color, hasta enredarse a mis pies y empezar a girar en torno mío. Quise tocarla, y la línea se enredó en mi mano hasta formar un guante. De pronto, la línea desapareció y mi mano ya no era mi mano. Era la mano de Río. Se desprendió de mi cuerpo, cayó a la niebla, y Río se levantó, entera. Extendí la mano para tocarle la cara. Ella me miró e imitó mi movimiento. «Haz hecho todo bien» dijimos los dos al mismo tiempo. Me miré en el espejo. Estábamos ahí solos, Río y yo. Extendimos la mano para tocarnos, y caminamos hacia el espejo. Caminando primero, trotando después, corriendo hasta alcanzarnos, hasta alcanzar a nuestra contraparte, a nosotros mismos.

Y desperté. La casa seguía oscura. Eran las cinco de la mañana. Sabía que no podría dormir más. Fui a la cocina; un café me sentaría bien. No necesitaba encender la luz: sabía dónde estaba cada cosa en la oscuridad. La máquina de espresso hizo su trabajo admirablemente bien y me senté a beberlo en su pequeña taza, con calma, hasta ver salir el sol, meditando en lo que acababa de pasar en mi sueño. Con la primera luz pude ver a Río en el espejo, sentada en la mesa, con el pelo alborotado y mirada encendida. Nos quedamos viéndonos a los ojos, sin parpadear, por largo tiempo. Ninguno de los dos se dio cuenta en qué momento entró Bea. Se acercó por detrás de Río, la abrazó, le dijo en voz soñolienta «qué rico hueles» y metió la cápsula de café latte a la máquina. Si en ese momento hubiera mirado para atrás me hubiera visto con la boca abierta y la pequeña taza de espresso a punto de caerse de mi mano.

15 ASHTON

Mientras Bea y Río desayunaban yo trataba de deducir patrones en las actividades de mis clientes. Era obvio que el industrial no tenía nada que ver con los otros dos, aunque trabajaran en la misma empresa. El tiempo era el correcto, pero no del todo: aunque no creo en las coincidencias, hubiera sido estúpido de mi parte desecharlas directamente. Tal vez no sean casualidades sino causalidades.

— ¿No te gustó el desayuno? — me preguntó Bea.

— Perdón, me distraje por el trabajo.

— Aún sigue en pie la oferta de acompañarte a la agencia, ¿verdad?

— Sí, por supuesto. ¿Sabes? Anoche tuve un sueño muy extraño.

— ¿De qué?

— La parte más interesante fue que aparecieron unas líneas. No sé cómo interpretarlas.

— Soy psiquiatra. Tal vez pueda ayudar.

— Bueno, más bien dicho, sé cómo interpretarlas. Al menos una sé qué representa. Son las otras tres las que me causan problemas. ¿Eres psiquiatra?

— Sí. Ya sabes, el viejo chiste y todo eso.

— ¿Cuál?

— Un psiquiatra es un médico al que no le gusta ver sangre. Fue muy duro para mí pasar por la escuela de medicina. Estuve a punto de claudicar varias veces.

— ¿Qué te mantuvo en el camino?

— No lo sé. Supongo que parte fue lo sucedido con mamá y papá... la frustración de no poder ayudarlos. Aunque era muy pequeña y no hubiera podido hacer nada, sabía que debía hacer algo por ayudarlos. Me volqué en los

estudios: fui una ñoña de primer nivel, pero cuando quise entrar a ingeniería biomédica... algo me refrenó.

—Tu madre era biomédica.

—Sí. Supongo que no quería terminar como ella. Eso me hizo decidirme por medicina. Las clases teóricas fueron bien, pero al momento de ver el primer cadáver...

—Viste a tu madre.

—Cada cuerpo era el de mamá. Excepto uno. Un hombre que murió quemado. Ese día mis compañeros me tuvieron que sacar del anfiteatro. Yo estaba segura de que era mi papá... que por fin había muerto... a pesar de que sabía que seguía vivo. Ese día incluso me presenté en la dirección de archivo a presentar mi baja.

—Pero no lo hiciste.

—Estuve ahí, largo rato. En el suelo, sentada frente al archivo, con los ojos llorosos. No me animaba a entrar y confirmar mi baja. Y entonces llegó una chica. Se veía como tú.

—¿Como yo? —preguntó Río. Pude ver su cara de sorpresa reflejada en el espejo detrás de Bea.

—Como tú. Pero con el pelo azul, gris plata y amarillo. Se me acercó, se sentó junto a mí y me preguntó qué estaba haciendo. Sólo le conté que quería claudicar y que no me animaba. Me abrazó, y me contó el chiste de los psiquiatras. Me dijo que tal vez ese era mi futuro, para averiguar qué pasaba por mi cabecita y las cabecitas de todos los que eran como yo.

No sé cómo pasó, pero de pronto Río tenía las manos cubriéndose la boca, en un gesto de sorpresa. Yo sólo puedo decir que estaba anonadado: recordaba ese episodio.

—No puedo creerlo —dijo Río, con voz quebrada—. Recuerdo que fui a la escuela de medicina a pedir información sobre un médico en particular para una de mis primeras investigaciones. Vi a una niña sentada en el suelo, y me acerqué para ver qué pasaba... y resulta que eras tú.

Los ojos de Bea se anegaron en lágrimas. Bea extendió sus brazos, Río los suyos, y pude ver con claridad cómo entrelazaron sus manos antes de que mis ojos también se humedecieran.

—Tal vez sí haya casualidades —dije, finalmente.

16 ASHLEY

Llegamos a la oficina antes de que llegaran los demás empleados. Mi secretaria, en cambio, ya estaba ahí. Con una seña le pedí que nos llevara dos cafés y entramos a la oficina de Río. En la enorme pantalla que formaba la pared oeste proyecté todos los datos. Adoptando el tono profesional Río explicó todo lo que sabíamos en la agencia sobre los tres clientes. Nos concentramos en el industrial, porque era del que teníamos más información policial. Una cosa estaba clara: pedían más de 1000 millones por su liberación, y el hombre valía más vivo que muerto. Los familiares habían hecho una contrarréplica a la oferta de los secuestradores: 10 millones por información, 100 millones por los huevos del jefe de los secuestradores. La comunicación con los secuestradores se había cortado entonces y se temía por la vida del industrial, pero la división de inteligencia de la policía afirmaba que el industrial seguía vivo, aunque nadie sabía dónde. Miles de personas habían llamado, pero sólo dos pistas daban información que se relacionaba con el caso, y ambas eran contradictorias entre sí.

Los otros dos casos eran de un perfil mínimo, y por tanto no eran tan fáciles de seguir. No se hablaba de secuestro, ni había indicaciones de lo contrario. Simplemente no había nada. Un análisis de las amistades de cada uno demostró que ambos se conocían pero no tenían mayor relación, al menos según sus amistades en común. Pero había una que sostenía que ambos tenían una relación que guardaban en secreto. Cada uno, decía el amigo, se veía con alguien de su mismo sexo. Curiosamente en días diferentes.

—¿Intolerancia? ¿Homofobia? —pregunté, sin referirme a nadie en específico.

—No es intolerancia —dijo Bea—. Hay algo más aquí. Se me hace muy curioso, muy curioso en verdad, que se vieran con alguien y no le dijeran a nadie. Sí hay un secreto y debe ser un secreto a voces, pero hay otro secreto muy bien oculto.

—¿A qué te refieres?

—A que ves esto como detective. Yo lo veo como psiquiatra. Este par oculta algo y mientras no sepamos qué ocultan no avanzaremos más. Tengo una idea... un caso médico de hace años... se suponía que era un bulo, pero tal vez hay algo de cierto en ello.

—Creo que deberíamos investigar más profundamente la conducta de este par. Tal vez sus casos sí están relacionados... quizá sean ellos las dos líneas entrelazadas que vi en mi sueño.

—¿Habías tenido antes sueños premonitorios? Quiero decir, sueños en los cuales analizas la información desde otra perspectiva.

—Sí, y nunca me habían fallado antes. Mi subconsciente trabaja de manera muy rara.

—Bueno, tal vez sólo es cuestión de interpretar la simbología con el diccionario adecuado.

Sonreí, y asentí. Avisé a mi secretaria que Río se ausentaría todo el día. Por un momento pensé en incluir a Bea en esa oración, pero me contuve. Todavía no tenía trabajo en la agencia.

Empezamos por la casa de la chica, que estaba geográficamente más cercana. El padre nos recibió. Se le veía preocupado. La pila de platos sin lavar, el montón de colillas en el cenicero, la gran cantidad de botellas de vodka vacías, eran la prueba de que el hombre estaba muy preocupado. Mientras Bea lo entrevistaba sobre los hábitos de su hija, yo me fui a revisar la habitación.

Confieso que al principio no pensé que fuera la habitación de una mujer joven y saludable. Olía raro. Había gran cantidad de aparatos para ejercicio, un olor penetrante a sudor, y una ausencia de feminidad que incluso se notaba en el guardarropa. No tenía yo la menor duda de que la mujer se negaba a ser mujer, pero sólo en este lugar. Afuera mantenía las apariencias. No tanto como para que no se notara su lesbianismo evidente: lo que ocultaba era su deseo de cambiar de sexo y convertirse en hombre. Miraba yo atentamente toda la habitación y decidí sacar mi lámpara de luz ultravioleta. Noté la existencia de un frasquito antes incluso de encender la lámpara; con unos guantes de látex lo tomé y lo guardé en una bolsa antes de seguir investigando. Encendí la lámpara y noté una gran cantidad de manchas. Estaba seguro de que había semen ahí; tomé más muestras y guardé todo. Curiosamente encontré una serie de manchas cerca de una pared. Examinando, encontré un doble fondo y, adentro, un par de ganchos, junto con vendajes y un pene artificial. El gancho más grande ostentaba la marca de un famoso sastre local: trajes caros, hechos a la medida, a mano, como en los viejos tiempos. Sin duda nuestra cliente se lo había llevado puesto su última noche aquí. No había ninguna duda: teníamos a un transexual FTM perdido allá afuera.

—¿Qué encontraste, Río?

—Testosterona —respondió Río, mirando a Bea por el espejo de la habitación.

El frasquito, en su bolsa, no dejaba lugar a dudas.

—Sí, concuerda con lo que me dijo el padre. Aunque no veo razón para salir huyendo así de esa manera. El padre asegura que quería a su hija igual: buga, lesbiana o transexual. Incluso se sentía orgulloso de que lo único en común que tenía con ella era que a ambos les gustaban las mujeres.

—A él —rectifiqué—. Sin duda alguna ya había iniciado su tratamiento de cambio de sexo.

—¿Pero por qué hacerlo a escondidas? —se preguntó Bea—. Normalmente los pacientes salen del closet y se someten a un año de entrenamiento de campo antes de que los médicos inicien el tratamiento.

—Creo que había una razón de peso para mantenerlo oculto a todos.

—O a casi todos.

—El otro cliente... —dijimos al mismo tiempo.

Curioso, muy curioso: en casa del otro cliente la madre tenía una escena similar pero sus medios de sobrellevar el dolor eran diferentes. No fumaba ni bebía, pero la pila de platos seguía ahí... junto con cantidades industriales de comida.

—Son su comida preferida. Quiero que cuando regrese la encuentre siempre lista.

—¿Sabe si su hijo salía con alguien? —escucho que pregunta Bea. Yo, mientras tanto, entro a la habitación.

Huele diferente, sin embargo, no logro identificar el aroma. Está claro que la solución al problema no será la obvia: que el chico sea transexual. La habitación parece que fue ordenada por un huracán: hay ropa en el suelo, hay desorden, hay incluso juguetes. La terminal sigue encendida y hay 25 mensajes sin contestar. 20 vienen de la misma dirección. Los últimos cinco, en cambio, cuentan otra historia. Copio los mensajes a mi libreta para analizarlos después; y vuelvo a pasar la lámpara ultravioleta.

Más huellas de semen, lo que es de esperarse. Y manchas que, sospecho, son de por lo menos tres diferentes parejas sexuales, las tres femeninas. El patrón que me había formado en la mente cambia. Reviso concienzudamente y encuentro un cajón con ropa femenina y maquillaje: sin embargo, un vistazo basta para saber que no son de él sino de una de sus conquistas, probablemente la novia que más seguido viene a visitarlo. El olor es completamente

diferente al del resto de su ropa, también. Y falta sólo un traje: el que llevaba puesto cuando lo secuestraron. Noto entonces un paquetito oculto detrás de los zapatos. No lo hubiera visto de no ser porque lanzó un chispazo de luz con la lámpara ultravioleta.

—Bea, ¿puedes venir? —pregunto, desde la puerta. La madre, resignada, se queda en el comedor.

—¿Qué es esto? —es una pregunta retórica; ya sé la respuesta.

Bea examina el paquetito; sólo tiene una pequeña orilla abierta, pero basta para que se quede con la boca abierta.

—Synthometh —respondemos al mismo tiempo.

No me cabe la menor duda de que fue un secuestro. Pero lo que quieren no es precisamente dinero.

17 SIMONE

Nadie habla en el camino de regreso a la oficina. Pero ahora hay drogas involucradas y el caso se ha complicado, en dos direcciones diferentes. Advirtieron que los clientes estaban en malos pasos, que frecuentaban malas compañías, pero nadie sabía que usaban drogas. Un par de meses atrás se habían hecho los análisis de control de confianza en la compañía y ambos salieron limpios. Pedí que mi contacto en el laboratorio me enviara los reportes correspondientes, y agradezco que ahora tengo un médico que me ayude a interpretarlos. Estaciono el auto, y al entrar, noto que hay algo raro en la chapa y que las luces están apagadas. Es sábado en la noche, pero siempre hay gente en la agencia. Hay algo muy sospechoso ahí.

No acostumbro usar armas, pero no tengo opción. Saco una del bolsillo de mi abrigo y le digo a Bea que llame a la policía desde afuera. La alarma está desconectada y con mucha habilidad. Abro la puerta de una patada y me retiro; casi espero escuchar los disparos, pero todo está en silencio. Todo está revuelto. Hay dos o tres cuerpos en el piso: ninguno es de mis muchachos. Hay huellas de disparos. Me alegro de haber obligado a todos a que obtuvieran su permiso de portación y a contratar esos seguros tan caros: se acaban de pagar. No está mi secretaria. Reviso la hora y el día: sé dónde está mi secretaria y por qué está ahí; o por lo menos eso espero: mi oficina es un caos. Una llamada rápida comprueba el paradero de mi secretaria; aún no es demasiado tarde. Le llamo a algunos de mis empleados que están de franco y les digo que deben protegerla a como dé lugar. Entro directo a mi oficina, y lo primero que hago es encender la luz. De pronto una llamarada pasa junto a mi cara; mi disparo, en

cambio, pega en la mano de mi enemigo. Otros dos disparos y mi enemigo dejó de serlo. Suertudo: soy un suertudo: no le pegué al rehén: una de mis empleadas más jóvenes. Puedo ver que tiene rota la quijada y un brazo. Entre lágrimas me hace una seña y alcanzo a girar a tiempo: mi bala le pega justo en el esternón. Un tercero corre, asustado, con algo en la mano. Con calma disparo dos veces en las piernas. Cae y no podrá moverse más, pero vivirá. Corro hacia él; no quiero que saque ningún arma. No la tiene. Veo, en cambio, a un cuarto hombre: acaba de secuestrar a Bea y le puso un arma en la sien.

—Si te mueves la perforo.

¿Qué hacer? Me queda una bala y el secuestrador es casi del tamaño de Bea: no puedo dispararle y acertar a esta distancia y con esta arma. No tengo tanta suerte. Pero Bea es una mujer con muchos recursos... y zapatos de tacón. Deja caer el pie sobre el de su asaltante, con saña, y se agacha. El tiro se le escapa al secuestrador y pasa rozando su cabeza, pero me deja el espacio suficiente —y el tiempo— para dispararle. Al cuello. Bea arroja de una patada el arma y se tiende a examinar a su secuestrador: contiene la hemorragia con un trapo. Médico hasta el fin. Me acerco yo al secuestrador con mi arma, cambio de cargador y le apunto entre las cejas. Quiero disparar, pero me contengo.

—¿Qué tienes qué decir ahora?

—Veo París, veo Francia... —dice, con un hilo de voz y una sonrisa socarrona. Mi patada le borraré la sonrisa unos meses.

Llega la policía y los paramédicos. En mi oficina hay dos cadáveres; tres heridos entre mi personal y dos desaparecidos. Mi secretaria regresó y me ayuda a hacer el inventario. No nos falta nada, pero pudieron hacer copias de la información. Nada que no se pueda obtener de un millar de fuentes. Reviso el video de seguridad: entraron

cuatro; sólo dos salieron con vida. Nadie sabe dónde están los desaparecidos, sólo sabemos que se fueron cinco minutos antes de que llegaran los atacantes. Éstos no son profesionales: no llevan protección antibalas. Agradezco que son malos tiradores: sus balas llevan teflón y me hubieran podido perforar. A mí y a Bea. Los dos sobrevivientes van muy vigilados. Y entonces un débil chispazo ilumina la confusión de ideas en mi cabeza:

—La casa...

Bea me mira. Carajo. ¿Cómo pude ser tan idiota? Bea entonces lo comprende. HotNews es la primera cadena en reportarlo: mi casa está en llamas. Mi casa está en llamas porque se supone que me quedé allá mientras Río y Bea trabajaban en mis casos.

—Papá... —dice Bea, al borde de las lágrimas.

Es Río quien la abraza y le dice, con voz dulce:

—Todo va a estar bien. Ya lo verás.

Yo, mientras tanto, estoy pensando en que tengo la excusa ideal para desaparecer de la escena.

18 STEPHEN

Bea está en el hospital. Quiere interrogar a los atacantes en cuanto despierten. Al menos al que le disparé en las dos piernas; el otro tardará más. En casa está Río, tratando de averiguar qué pasó. Es fácil ver que la casa es pérdida total; no tanto hacerles saber a los bomberos que adentro estoy yo. O que debería estarlo. El caso se complica cuando encuentran un cadáver en la casa. Evidentemente no puedo ser yo. Tampoco puede ser Río: ¿quién, si no ella, se hubiera presentado en la casa cuando le avisaron que se estaba incendiando? Pero Río es muy buena actriz y sabe aprovechar su apariencia para provecho de todos: actuando como la hija desesperada logra obtener información que yo no hubiera podido obtener.

Decido hacerme el muerto. Al menos, mientras encuentran quién era el cadáver. Decido hacer un par de llamadas, una a Ross, para solicitar su ayuda; otra a Bea, para informarle que encontraron un cadáver. Y para tranquilizarla: es necesario que todo mundo piense que estoy muerto para poder moverme en el mundo de las sombras. No puedes volver a matar a un hombre muerto... y yo ya morí una vez.

Ross me sorprende: al hacer la llamada, está prácticamente junto a Bea. Se enteró de las noticias y entró a buscar a su paciente más importante: yo. Le digo que estoy bien, y lo que es más importante, que Río está bien. Necesitaremos un lugar dónde quedarnos. No puede ser su casa... y sospecho que su casa ya estará bajo vigilancia. No me gusta tener que tomar tantas precauciones, pero Ross es el único que conoce mi secreto y debe llevárselo a la tumba. Sin embargo, soy hombre prevenido. Tengo una segunda

casa; una casa de seguridad que a veces utilizo cuando tengo que interrogar a un testigo poco cooperativo. Le digo que los recogeré en un rato y que digan que pasaremos la noche en casa de Ross. No le pasará nada a esa casa: está muy bien resguardada; es sólo que es muy pequeña para nuestras necesidades.

La casa está bien construida: no caerá. Hice bien en elegir una casa de ladrillo y cemento. Los investigadores entran a buscar pistas que los conduzcan al origen del incendio, y Río los ayuda, mostrándoles dónde debería estar cada cosa. En realidad quiero ver el lugar donde encontraron el cadáver. Es, como me imaginaba, mi despacho.

—No es Ric. No puede ser Ric —escucho decir a Río — porque esto es un desorden.

—Los incendios son así.

—No: esto es un desorden. Miren: esto era una vieja computadora de 1980. Ric la conservaba encima de su escritorio. Y el escritorio está muy grande como para que hubiera caído al suelo. Esto era un librero. Libros viejos, de papel. Es lógico que se hubieran quemado. No había nada de importancia, a menos que cuentas que había muchas primeras ediciones. Aquí estaba el archivo de lo importante: lleno de memorias, libros, cuadernos, y discos. Todos total, completa y absolutamente inútiles: estaban ahí para distraer a un eventual ladrón. La información verdaderamente importante está guardada en el escritorio, que si no se derritió es porque está bien construido.

—Pero el escritorio es de madera, señorita.

—Si levantas la tapa verás que no es así.

Y efectivamente: aunque dañada por el calor abrasador del incendio, adentro del escritorio apareció una caja de aluminio y titanio cubierta con silicio amorfo. Y dentro de ella, un libro intacto. Río se guardó el libro ante la mirada atónita de los investigadores, les sonrió, y con voz de niña traviesa dijo:

—No le dirán a nadie que me llevé el libro, ¿verdad? Diremos que encontraron otra cosa. ¿Qué les parece si dicen que el autor se lo llevó? Será una pista falsa que me permitirá investigar por mi cuenta.

—Eres muy lista, niña, muy lista. Con razón Ric te eligió como su sucesora.

—Lo sé. Los dejo trabajar. Me mantendrán informada, ¿verdad?

—Yo personalmente.

—Gracias —dijo Río, acercándose al veterano investigador y dándole un beso en la mejilla. Sí, Río es muy buena actriz y sabe aprovechar su apariencia.

Llegué al hospital en un auto de la policía y lo primero que hice fue llamar a tres taxis. Bea, Río y Ross se fueron cada uno por su lado... salvo que su lado fue la esquina de atrás del hospital, donde se bajaron y subieron de nueva cuenta al auto de la policía en que llegué. El cual nos dejó a unas cuadras, donde tomamos cada uno el taxi original, que nos llevó a un hotel en el centro de la ciudad. La confusión resultante bastaría para confundir al enemigo, y demostrarles que no teníamos miedo. Por supuesto, para cuando llegamos al hotel tomamos un auto que había rentado en la agencia del hotel, y nos desplazamos a mi casa de seguridad. Desde la casa de seguridad regresamos al hotel en transporte público. Me molesta tener que tomar precauciones excesivas, como si nos persiguieran gánsters de la Prohibición o cuatreros del Viejo Oeste, pero tenía mis motivos para actuar así. El rastro falso que dejábamos serviría para enturbiar las aguas.

Al llegar al hotel Ross estaba nervioso, pero Bea estaba emocionada. Yo, en cambio, estaba más interesado en el trabajo. Saqué el libro, lo encendí, y verifiqué que toda la información más importante del caso estaba en su lugar. Mi equipo ya había terminado de hacer una evaluación de la

oficina y descubrió que sólo faltaban algunos libros relativos al caso del industrial. El caso se complicaba, sin duda alguna, y eso me emocionaba. ¡La emoción de la cacería! Los recursos de la policía ya se movían para descubrir a mi asesino, y el autor intelectual ya sabía que conmigo y mi familia no se juega. Me puse a trabajar en el patético intento de escritorio frente a la ventana del hotel mientras Bea y Ross intentaban dormir. Bueno, más precisamente, mientras Bea dormía y Ross intentaba dormir.

Tres horas después Ross se dio por vencido y vino a hacerme compañía en la ventana.

19 AKANE

Si algo quedaba claro es que estábamos pisando terreno que alguien quería que no pisáramos. Lo cual me motivaba a revisar más. Pero ya el cansancio me vencía y era necesario atar cabos por métodos no convencionales. Más que atar cabos, deshacer nudos. Alejandro lo entendió en Frigia; todo un prodigio del pensamiento lateral. Decidí que era tiempo de dormir. Ya Ross estaba muy ocupado roncando cuando yo decidí dormir.

Soñé de nueva cuenta con Bea y con Abril. Pero ahora el reflejo de Abril era diferente. Bea miraba a un lado y al otro, divertida, buscando las diferencias en el espejo, sin encontrar ninguna. En cambio, Abril y yo mirábamos a alguien más al otro lado. Abril sonrió, me dio un beso, y atravesó el espejo. En cambio yo me quedé quieto. Las rayas no tardaron en hacer su aparición.

¿Qué significaban esas rayas? Y entonces aparecieron más rayas: las veía avanzar, girar, unirse, enredarse... hasta que me convertí en una raya. Y no supe más de mí.

20 VICTORIA

Divertida fue la mañana cuando, en lugar de despertarnos con balazos, nos despertamos con los gritos de Ross y Bea.

Estaba yo bebiendo café y abriendo las cortinas cuando escucho que Ross murmura algo por lo bajo y Bea también. Al verlos, Ross está tendido cuan largo es y Bea tiene un brazo y una pierna encima suyo. Ross tiene 40, Bea 24, y aun así pienso que hacen bonita pareja. Abro las cortinas y veo mi reflejo en el cristal; mi bata está un poco abierta y deja ver una generosa porción de muslo; el escote llega justo a donde debe, y me figuro que si hay alguien tratando de disparar por medio de mira telescópica en este momento tiene cosas más interesantes en la cabeza que dispararme. Y es que me gire a donde me gire, no hay ni rastro de Ric. Solo estamos Río, Bea y Ross. Aun así son demasiadas erres. Justo cuando me acomodo la bata y sacudo la pelambre alborotada escucho a Bea abrir los ojos y gritar, despertando a Ross, que mira a Bea, y grita también. Mi risa los confunde el tiempo suficiente como para que se tranquilicen.

—Tranquilos, pimpollos. No pasó nada de nada entre ustedes.

—Dios —dice Bea—, olvidé en donde estábamos.

—Yo también, pero no me llames Dios.

Los tres estallamos en carcajadas hasta que la seriedad de la situación nos hace regresar a la realidad.

—Tenemos cosas importantes qué hacer. Y lo primero es: ¿bajamos a desayunar o pedimos servicio a la habitación?

—Servicio a la habitación —dice Bea, zanjando la cuestión— aunque sea sólo porque no quiero bajar aún al mundo real.

—Yo sólo quiero saber qué pasó anoche y cómo me metí en este berenjenal. No es que me enoje haber compartido cama con ustedes (¿cuenta como un trío con dos hermanas?) sino que yo no tengo nada que ver con el caso que ustedes persiguen y sin embargo estoy aquí.

—Oh, al respecto... parece que encontraron a algunas personas rondando por tu casa y también intentaron ingresar al hospital. Aunque las protecciones que te instaló Ric funcionaron muy bien...

—Correcto, entonces. Alguien me busca. ¿Por qué?

—Porque te vieron junto a nosotras —dice Bea, anticipándose a mis pensamientos.

—Así que piensan que te enredaste con una de nosotras, y como saben que no es conmigo, porque siempre he vivido con Ric, la opción obvia es Bea, la hija perdida de tu viejo amigo.

—Si a eso vamos la hija perdida eres tú.

—Oh, nada de eso. Yo soy la hija no reconocida que siempre cuidó a mi padre.

—Buen punto. Al menos creo que es buen punto porque no he desayunado. Y hablando de desayunos... veamos ese menú.

—¿Quién sigue? —digo, mientras salgo del cuarto de baño con una toalla en la cabeza y cara de satisfacción.

—Yo —dice Bea, y entra.

Espero a que empiece el chorro del agua y le digo a Ross en voz baja:

—Nunca pensé que diría esto, pero hacen bonita pareja.

—Vamos, no me jodas. Podría ser su padre.

Mi mirada le dice todo.

—Ya, está bien, lo admito. Es bonita, inteligente, hábil, y estudió medicina. Y es la hija del que fuera mi mejor amigo y entrenador.

—¿Ves en alguna parte a tu mejor amigo por aquí como para que te impida salir con ella?

—Mírame a los ojos. Dime que me das permiso de invitarla a cenar.

—No sólo te voy a dar permiso: te voy a llevar a cenar con ella esta noche.

—¿De qué me hablas?

—Conozco un lugar que te va a gustar... y que tengo que visitar. No quiero llegar sola y no saldré sola de ahí, pero probablemente no salgamos juntos. Una noche solo con Bea.

—Soy su doctor.

—Le salvaste su vida. Gran cosa. Lo importante, Ross, lo verdaderamente importante es que hace dos noches ella me preguntó por ti. Con un interés casi bancario.

—¿De verdad preguntó por mí?

—Preguntó por ti y no precisamente en tu calidad de médico. Y no es síndrome de Estocolmo: es psiquiatra y sabe identificar los síntomas.

—Wow... quiero decir...

—Son las canas en las sienes. Te hacen ver como un zorro plateado —sonreí.

Bea salió del cuarto de baño. La radiante sonrisa que le dedicó a Ross hizo que el médico se sintiera como en las nubes.

—Tu turno.

—Sí, yo... en seguida.

Ross se metió al cuarto de baño antes de recordar que debía abrir la puerta. Bea lanzó una risita divertida.

—Se ve lindo así.

—Si tú lo dices...

—Ay, no seas aburrida.

—Lo ves diferente. Estuvimos hablando de ti, ¿sabes?

—¿De mí? ¿De verdad? ¿Qué te dijo?

—Sólo digamos que hoy en la noche vas a tener la oportunidad de conocerlo.

Bea lanzó un gritito y me abrazó. Yo correspondí su abrazo. Tal vez en este mundo todavía no encuentre a nadie a quién amar, pero puedo reconocer las huellas que dejan quienes se enamoran. Soy muy buen investigador, a pesar de todo.

En el desayuno no puedo evitar ver las miradas furtivas que se echan Bea y Ross. Hasta que no puedo más y lanzo una pregunta que ninguno de ellos se ha preguntado:

—¿Y ya saben qué se van a poner para esta noche?

La pregunta tiene el efecto deseado: confundirlos. Ambos saben que tienen que acompañarme a algún lugar, pero no saben cuál. Y ninguno tiene ropa adecuada. Bea y yo perdimos todo en el incendio, Ross no puede regresar a casa porque la seguridad activada no se lo permite. No nos queda más que una opción: ir de compras.

Y eso es lo que hacemos tan pronto terminamos de desayunar. Bajamos al lobby del hotel, indico que nos quedaremos una noche más, y pido un taxi. Tan pronto como nos subimos le indico un centro comercial al azar: casualmente elijo el más grande. Excelente: es perfecto para no llamar la atención. Le digo a Ross que debe comprar un traje sport y que Bea y yo iremos a otro lado. Compramos algunas cosas, no demasiado, para que no se note que hemos perdido todo: un par de mudas de ropa íntima, un vestido para cada una y ropa cómoda para trabajar. Debo convencer a Bea de que no compre muchas cosas porque no queremos llamar la atención, pero termina comprándose algunas otras cosas. Pienso que debe haber una razón de peso por la cual no me gusta comprar ropa y zapatos, y la encuentro cuando me veo en el espejo, probándome una blusa, y veo los ojos de Ric mirándome. Sonríe y me llevo

la blusa. Es algo que Ric usaría de haber sido una camisa masculina.

Salimos con tres bolsas cada una (dos más, cuatro de Bea) y vamos a buscar a Ross. Aún está probándose el traje. Más bien dicho, está ajustándose el traje. Se ve como un millón de dólares. El vendedor le ha conseguido un blazer elegante, con pantalones que parecen hechos a la medida, y una camisa de cuello de tortuga que le sienta como un guante. Se está ajustando los puños del blazer y nos mira. Ahora sí tiene facha de médico exitoso, más que de investigador. Veo la etiqueta con el precio y le pregunto si podrá pagarlo.

—Tengo mis ahorros... y algo así como 15 años sin comprar un traje.

—Ojalá hubiera venido antes, señor Rosseau —dice el vendedor—; un caballero como usted no debe ser visto en esas fachas.

—Tiene usted razón, mi amigo. Creo que éste traje me lo llevaré puesto.

—¿Desea que le envíe a su casa los otros tres?

—No, vendré...

—Sí, sí lo desea —dije—. Le daré la dirección.

—Excelente. Si acompaña a Shondra, señor Ross, podrá adquirir un par de zapatos digno de un *gentleman* como usted.

—Pero...

—Sin peros —dije—. Bea te acompañará.

—Excelente, señorita... Y ahora, si me permite la intromisión, tengo un precioso traje sastre que quedará como un guante para una abogada de prestigio como es usted.

—¿Cómo sabe que soy abogada?

—El porte, señorita. El porte y la seguridad con que se desenvuelve. Acompañeme, por favor...

Juro que nunca más vuelvo a entrar a una tienda de ésas. Pero recuperaré mi disfraz de abogada, mientras que Bea y Ross ahora se ven como jefes del departamento de medicina de un gran hospital. Nos llevamos puesto un traje cada uno, y el resto lo enviarán al departamento de Bea. Vamos a comer en el mismo centro comercial y discuto el plan de trabajo con ellos. Lo que haremos es sencillo: vamos a visitar el lugar de trabajo de Renée, a quien conocimos hace unos días y que sospecho me puede facilitar información relevante sobre el caso. Renée guarda un secreto. Dos, en realidad, pero uno ya lo descubrí. Es el otro el que me interesa conocer. Y por su peculiar posición es capaz de descubrir cosas que para otros sería imposible. La idea es que vayamos todos al lugar, y mientras Bea y Ross pasan un rato agradable, y mantienen las orejas bien alertas, yo trataré de sonsacarle información a Renée.

De quien lo único que tengo certeza es que no se llama Renée.

Disfrazados como gente decente salimos del centro comercial y tomamos un taxi con rumbo a una tienda de artículos para el hogar. En especial cerraduras y algunas cosillas que me permitirán crear una especie de burbuja de seguridad en el departamento de Bea. Al entrar al edificio noto que hay un departamento en renta. Con mucho cuidado lo abro. Es perfecto para mis propósitos. Nos instalaremos ahí en secreto, mientras pasa la crisis. Cambio las cerraduras y en el departamento de Bea coloco la bomba de transmisión: un aparato que toma frases de nuestras conversaciones y las mezcla de tal manera que tienen sentido. Así un eventual micrófono oculto (y sé que los hay) no recibe un silencio sospechoso.

Por supuesto, antes de instalarnos en el nuevo departamento revisamos minuciosamente el lugar. Nada.

Está limpio. Quien quiera que esté tratando de detenernos no es un profesional. Pasamos el resto de la tarde tratando de descubrir un patrón en todo lo que ha sucedido pero en vano. Nos falta mucha información. Es tiempo de hacer labores de inteligencia. Antes de salir, coloco dos trampas. Apago la bomba de transmisión justo cuando nos vamos, y en la cerradura de cada departamento inserto un cabello único: es azul, plata y rubio cenizo, y sólo una persona en este mundo posee cabello natural con esas características: Bea. Si un cabello falta cuando regresemos, sabremos que ese departamento ya no es seguro.

Salimos a la calle y llamamos un taxi. Le doy la dirección y el taxista toma la ruta más segura para llegar. Descendemos; Ross paga. Bea se cuelga de su brazo, y Ross me ofrece el otro. Decido seguirle el juego por un rato: está disfrutando su papel de rico playboy. El cabaret está a reventar. Ross saluda a los guardias como si fuera un viejo amigo:

—¿Cómo estás? Cuánto tiempo sin verte, chingao... —y al saludarlo, un billete cambió de manos con discreción.

—De haber sabido que venías acompañado te preparo un reservado.

—No, nada de eso... Una mesa como todos, que no digan que abuso de mis influencias.

—Adelante, entonces.

Bea y yo reímos como tontas y coqueteamos con los guardias. Aunque eso no impide que cacheen a Ross, a nosotras no nos tocan. Excelente... no quisiera que supieran que traigo una Colt escondida.

Nos asignan una mesa de centro. Más billetes cambian de bolsillo. Las luces se apagan y puedo ver a Renée salir a escena. Sólo que no es Renée ahora: es Victoria Grant. Es Victor Grazinski. Es Víctor Victoria.

21 VÍCTOR

Idiota. ¿Cómo pude ser tan idiota? ¡Olvidé revisar el programa! No importa: de cualquier modo hubiéramos tenido que venir. Ver la adaptación del guión al teatro es diferente a lo que había pensado. Ahora el giro es completo. En la historia original se supone que una mujer pretende ser un hombre que pretende ser una mujer. Pero ahora va más allá: una vuelta de tuerca adicional: un hombre que pretende ser mujer interpreta a una mujer que pretende ser un hombre que pretende ser mujer. Pero la primera parte no es precisamente exacta: hace mucho que Renée no es precisamente un hombre.

Puedo ver la cara de Renée cuando ve a Río entre el público. Me imagino que es la misma cara que puso Río. Pero bien pronto ambas sonrían. Mi plan no se verá alterado por la sorpresa: me limito a esperar entre las sombras para actuar cuando termine la obra. Mientras tanto, analizo el lugar. Además de la entrada principal puedo trazar al menos tres otras salidas de emergencia y un par de rutas de escape más. Mi posición es ventajosa, hay una placa pulida frente a Río, bajo el escenario, que además de dar cuenta de las primeras 500 representaciones de «Víctor Victoria» está orientada a la puerta principal y me permite ver a quien entra. Todavía más: alcanzo a ver dos rejillas en el techo, de un tamaño adecuado, que pueden ser alcanzadas en caso de incendio. Hay un intrincado mecanismo de extracción de aire que permite fumar a los parroquianos sin que las autoridades puedan acusar al cabaret de violar la ley de salubridad. No es que fume, pero ¿por qué no dejar fumar a los que quieren? Al menos por fumar mucho tabaco no te entran unas inmensas ganas de volar como mariposa y lanzarte desde

un quinto piso, o de pisar al fondo el acelerador y sentirte corredor automovilístico. Suponiendo que puedas desconectar el control de velocidad del auto.

Casi puedo creer que en cualquier momento van a entrar Al Capone y sus muchachos a rafaguearnos con sus Thompson. Pero no pasa nada. Mi teoría inicial de un complot orquestado no parece ser correcta, lo cual me alegra. Mientras yo veo constantemente la puerta, Río ve constantemente a Renée. Hasta que algo hace clic en mi cerebro. Observo a Renée. La forma de la cara. La altura. La complexión. La tez. El lenguaje corporal. La educación.

—Santa madre de Josafat... —exclamo por lo bajo.

—¿Qué? —pregunta Ross, que está sentado a mi izquierda.

—Ya sé quién es Renée.

—¿Quién?

—Dile a Bea que apunte este nombre para investigación posterior: Ash Belkys.

—Belkys... ¿por qué me suena ese nombre?

—Porque alguna vez trabajaste para el padre.

—No. Shit. Sherlock.

Frente a nosotros, actuando como si fuera 1933, está el hijo del capitán Jonathan Belkys, jefe de la división de homicidios: Ashton Belkys. O quizás, más apropiadamente ahora, Ashley.

Es el intermedio. Nos traen champaña por cortesía de Renée. Viene a nuestra mesa y me da un abrazo y me agradece haber venido.

—Te ves bien, Renée.

—Gracias, tú también.

—Te presento a mi hermana Bea y a su novio, Stephen.

—Wow, no sabía que tenías una hermana.

—Si he de decir verdad, hace una semana yo tampoco lo sabía.

Noviembre

—Tenemos mucho qué platicar, entonces.

—Demasiado.

—Debo regresar al camerino a cambiarme.

—Muy bien, amiga.

Le doy un abrazo y le digo en voz baja.

—¿Puedo ir a verte después de la obra, Ash?

Puedo notar que palideció un poco y que la sonrisa tembló un instante, pero sus tablas teatrales son impresionantes y se recupera enseguida.

—Me gustaría mucho.

Le guiño un ojo antes de continuar.

—No te preocupes, tu padre no sabrá nada que no quieras que sepa. Secreto profesional y todo eso.

Ella sonrío y se va contoneando las caderas. Se necesita un ojo muy avizor para darse cuenta del trabajo consciente que le cuesta mover la pelvis de manera femenina: no tiene el balance que se tiene cuando está presente un canal de parto. Puede engañar a alguien que no tenga el ojo entrenado, pero no a mí.

Termina la representación. Ha corrido vino a raudales en todas las mesas, incluso la mía, pero soy la persona más sobria en el teatro, con la probable excepción de los guardias de seguridad. Uno de ellos me acompaña al camerino de Renée LaForge, primera estrella. Para una representación de tan buena calidad el camerino es muy pequeño. De hecho, todo el cabaret es muy pequeño. Supongo que no ha querido salir al gran público por temor a su padre, al qué dirán. No importa ahora y dejo esa línea de investigación para después. Ahora voy a lo que me importa.

—Estuviste genial —digo apenas entrar.

—Gracias —dice, abrazándome. Puedo oler su perfume y su maquillaje.

—¿Qué hace una chica como tú en un lugar como éste?

—Lo mismo digo. Supongo que ya sabes; me escondo para no causarle un disgusto a mi padre. Aunque no sé para qué me molesto: no creo que le importe.

—Tu padre no te ha querido buscar para no abusar de su posición. Es un hombre bueno, decente y honrado, y está preocupado por ti. Nos ha pedido a muchos que tengamos bien abiertos los ojos.

—Me gustaría que no le dijeras nada.

—¿Que su hijo es ahora su hija? No creo que tu padre sea homofóbico, querida.

—Soy su único hijo. O hija. Ya he sido una decepción para él; desde que murió mamá en el parto, cuando estudié teatro en lugar de policía, y él siempre quiso tener nietos y a mí no me van las mujeres...

—Siempre hay maneras en estos tiempos de pansexualismo. Así, a botepronto, se me ocurren al menos cuatro.

Ash se rió.

—La verdad es que prefiero que las cosas sigan como están por un tiempo.

—Como quieras. Pero vengo a pedirte un favor.

—Dime...

—¿Conoces a alguno de ellos?

Le mostré cinco fotografías. Mis tres clientes y dos de mis muchachos, los desaparecidos. Inmediatamente noté que algo sabía. Me miró, y miró una vez más las fotos.

—Olvidaba que eres detective.

—Investigador. No es lo mismo, aunque se parece. ¿Y bien?

—A éstos dos no los conozco —dijo, señalando al industrial y al chico—, pero a él sí y a ellos creo reconocerlos.

—¿A él?

—Sí, claro. Es el novio de una de las bailarinas.

—Él —dije, señalando a la chica.

—Sí, Manuel.

—Manoella Brickell.

Noviembre

- ¿Manoella? No, Manuel.
- Se suponía que debías tener una especie de gaydar funcionando.
- No...
- Sí. Wow. Éste es un día de sorpresas.
- No importa. Suponemos que ya inició el proceso de transición. ¿Qué me puedes decir de éstos dos?
- Los he visto un par de ocasiones, con Manuel.
- Con él.
- Me parece que sí. En la misma mesa. Había alguien más; las mesas son de cuatro y cuando tenemos mucha gente las completamos.
- Así que pudo haber sido fortuito el encuentro.
- No lo creo. Sí los he visto más de una vez y no me extrañaría que fuera con Manuel. Hubo un incidente en el cual Manuel se peleó con alguien... tal vez por eso los recuerdo. Puedes revisar las cámaras de seguridad.
- Supongo que no llegó la policía.
- Le rogué a Tex que no los llamara. Los muchachos se encargaron de todo.
- ¿Podrías convencer a tu jefe que me permita ver las grabaciones?
- Por supuesto.
- Excelente. ¿No sabes entonces nada más de éstos?
- Nada. ¿Puedo preguntar por qué tanto interés?
- Es muy sencillo. Porque los cinco están desaparecidos. Curioso es que éste par trabajaban para mí y desaparecieron justo cuando hubo una «visita» en la oficina.
- ¿Cómo supiste que tenías que venir aquí?
- Revisé los estados de cuenta de la tarjeta empresarial de mis muchachos. Hubo un consumo aquí hace unas semanas. Y entonces, cuando me hablaste en el bar, pensé que era una oportunidad perfecta para revisar qué hacían aquí.
- ¿Entonces esto fue por trabajo?

—No suelo mezclar trabajo y diversión, pero en tu caso, haré una excepción.

Ambos sonreímos como idiotas durante unos segundos que deseaba no terminaran nunca. Entonces sucedió.

Nos besamos.

22 VEINTIDÓS

Bea comenzó a reír cuando vio la expresión de Río al salir del edificio.

—Guau, de verdad, guau. Nunca hubiera creído que mi hermana resultara más efectiva que Mata Hari para obtener información.

—No fue nada. Cualquiera en mi lugar, con mi cara y con mi cuerpo, hubiera hecho lo mismo.

Aunque en mi fuero interno no estaba muy convencido de lo que acababa de pasar, la verdad es que las, digamos, «habilidades de convencimiento» de Río fueron esenciales para obtener todos los videos de vigilancia del último mes. Yo, en cambio, terminé con una cita con Ash. Había algo que me atraía, pero no podía decir qué, sobre Ash, y la única manera de averiguarlo era conociéndola personalmente. De cualquier manera había demasiado trabajo ahora pero ya teníamos más material para investigar.

Uno puede pensar que mientras más información hay disponible más difícil es una investigación, pero es precisamente lo opuesto. Es cuestión de descartar la información irrelevante, y ese trabajo pesado pueden hacerlo perfectamente las computadoras. Encontrar si los patrones formados tienen sentido es algo para lo que la intuición humana es mejor. Normalmente esta tarea lleva horas, pero si algo he aprendido por los años de trabajar como investigador privado es que unir esfuerzos de cerebros diferentes da mejores resultados. Y ahora estábamos tres cerebros diferentes: el mío, el de Bea y el de Ross. Terminé trazando en la pantalla varias líneas: la del industrial era, evidentemente, la que en mi sueño era arrastrada por varias líneas. Luego estaba la línea del chico,

que permanecía, por ahora, aislada. A continuación la del chico FTM. Algo raro había ahí porque su nombre femenino y el masculino eran muy parecidos; en mi experiencia, los transexuales solían elegir nombres que les dieran una identidad diferente. Añadí dos líneas alrededor de esa: mis muchachos. Las torcí para dar a entender que estaban unidos, o por lo menos lo aparentaban. Decidí suspender toda investigación no urgente para concentrarnos en ellos. Además, la resolución de sus casos estaba ahora en sombra de duda. Añadí varias líneas, que nos representaban a Bea, a Ross, a Río y a mí. Añadí las líneas de todos mis empleados. Debíamos revisarnos cuidadosamente. Que dos de los míos hubieran podido pasarse al lado oscuro era algo que sonaba inconcebible.

—Tienen que ver esto... —dijo Babs, entrando por la puerta sin tocar.

Babs nunca se había saltado las cortesías antes: debía ser algo urgente. Y lo era. Se dirigió directo a mi consola y tecleó una dirección en el navegador: rápidamente la pantalla se llenó con una transmisión en vivo en la cual aparecía el industrial, flanqueado por varios hombres armados. No podía creer lo que estaba viendo: podía reconocer a varios de los presentes, por su pura postura y lenguaje corporal, a pesar de estar oscuro y de que todos vestían de negro. Pero me fije atentamente en dos de ellos. En especial del que parecía más nervioso, que cargaba un rifle de asalto. Parpadeaba de manera diferente... y el de su derecha parecía que le apuntaba con una pistola por la espalda, a juzgar por la posición de su mano.

—Están grabando esto, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Ahí están Peters y Grass —dije, señalando a los de las orillas—. Pasaron al lado oscuro. Estoy seguro que ese es nuestro chico perdido —dije, señalando al más nervioso—. El líder es sin duda Manuel. A los otros cuatro no los conozco. El secuestrado se ve en buen estado... pero no es nuestro cliente. Hay algo más aquí...

Ross murmuraba algo por lo bajo, sin poner atención en la conversación. La transmisión terminó tras la exigencia de los secuestradores de dos mil millones antes de 10 días o el industrial sería ejecutado.

Fue Ross el que rompió el silencio.

—Get My New Book.

—¿Qué?

—Es lo que leí en morse en los parpadeos del tipo del rifle grande.

—¿Sabes morse?

—Aprendí para comunicarme con una chica que me gustaba en la primaria. Hice un radio casero y sólo podía transmitir morse porque hasta ahí llegaban mis habilidades con electrónicos. El de ella no tenía sonido sino luz.

—Babs, quiero esa grabación aquí pero YA.

—De inmediato. Con permiso.

—¿Leíste algo más?

—Sí. Números, sobre todo.

—El caso se complica... —dije, reclinándome en el sillón. Trazando algunas otras líneas y uniendo algunas de las que ya teníamos el caso iba tomando forma.

—¿Quién está detrás de cámara? —preguntó Bea, añadiendo una línea al diagrama.

El análisis completo del código morse resultó en una dirección IPv6, un puerto y el texto «getmynewbook». El chico conocía ese lugar. En la dirección IPv6 estaba montada la cámara de la transmisión original, permanentemente transmitiendo. Ese puerto transmitía siempre en vivo; el resto, barras cromáticas. A veces veíamos movimiento y escuchábamos algo, pero era difícil: parecía una bodega y el audio era francamente malo si no se acercaban al micrófono. Se me ocurrió que el texto

getmynewbook se refería a un posible archivo en el servidor.

—Babs... entra al servidor vía FTP.

—Hay un archivo comprimido: MyNewBook.rar. Tiene contraseña.

—Debe ser alguna variante de MyNewBook.

—Listo: adentro hay otro archivo. Lair.kwz.

—¿Será posible? ¡Tenemos un topo dentro de la organización!

—¿Quién más se habrá dado cuenta?

—Bea, Ross, conmigo. Babs, llama al capitán Belkys y dile que vamos para allá. Dile que la abogada Río y dos más lo encontrarán en el lobby, y que iremos con Botones. Él entenderá.

—Inmediatamente.

Reed nos dio las llaves de su auto en la puerta mientras yo daba instrucciones. Detuvo a Río del brazo. Lo miré: sus ojos denotaban cierta preocupación.

—¿Y tu padre? —le preguntó.

—No te preocupes —respondió Río—, sabe lo que hace.

Es buen muchacho y se preocupa genuinamente por Río, aunque sabe que ella jamás le hará caso.

Nos vamos. Aun alcanzo a ver a Reed mientras Río cierra la puerta. Y aún con la ventana cerrada alcanzo a escuchar que dice:

—Ya escucharon: a trabajar.

23 MANUEL

Cuando llegamos, dos policías ya nos están esperando y nos conducen directo a la oficina de Elliot Cash, mejor conocido como Botones. El capitán ya está ahí. Botones está emocionado cuando le explico la procedencia del archivo y lo fácil que fue encriptar la información. Botones abre el archivo y lo examina: la dirección que trae es una casa en London, Ontario. Fuera de la jurisdicción del capitán, pero no de la mía y de mi equipo. Revisando toda la información disponible sobre la casa descubrimos que pertenece al industrial. Un par de llamadas confirman la información. Hay un par de cámaras de seguridad cerca y Botones sabe moverse para obtener la información. Es fácil triangular la información cuando tienes un profesional: Botones encuentra todas las transmisiones originadas en la zona y encuentra un par que son interesantes: salieron de la casa. Una es de nuestro muchacho, la otra, del industrial. La de nuestro muchacho fue a un ISP, para que le asignaran todo el ancho de banda disponible unos minutos antes de la transmisión, y para que regresara a los niveles normales cuando ésta terminó. El ISP no preguntó nada: es parte de una darknet y le pagan por no hacer preguntas. En cambio, el industrial hizo una llamada un par de horas antes de que atacaran la oficina. Reconozco el número. Un pistolero de tres por un peso. El idiota estaba especializado en encontrar personas que quisieran hacer «trabajitos». Algunas veces lo contraté. Seguro que por la premura sólo pudo mandar a los primeros idiotas que encontró. Botones trata de encontrar una copia de la grabación; no es fácil. No la necesito. Sé que dice.

Bea, Ross y Belkys, en cambio, están haciendo un perfil psicológico con los datos que hemos desenterrado. Ahora todo apunta a un secuestro organizado pero la participación del industrial está aún en duda. No puede ser un autosecuestro, a menos que... A menos que tenga más deudas de las que pueda manejar. Los estados financieros que Botones ha obtenido parecen limpios, pero se necesitaría a un contador forense para averiguarlo. Suficientes peces pequeños son capaces de comerse una tesorería. Mientras tanto, Botones me anuncia que uno de sus amigos vive cerca de la casa de seguridad y que ha instalado una cámara infrarroja apuntando a la puerta.

—Podría besarte, Botones... —le digo. Río es quien le planta un beso en los labios.

—Conservemos el profesionalismo, ¿quieren? —dice Bea, sonriendo, antes de regresar a su perfil.

Entonces, justo entonces, en la transmisión de la casa de seguridad se escucha una discusión acalorada, un tiro y un movimiento en la cámara. El que aparenta ser el industrial se soba la mandíbula, uno de los de negro está en el suelo, sangrando profusamente mientras otros dos lo ayudan... le quitan la capucha para tratar de contener la hemorragia...

No es nuestro muchacho.

Es el industrial: el que me contrataron para encontrar.

El caso se complica.

24 MANOELLA

Pero hay algo raro con la sangre: Bea dice que no fluye como debiera. Es maquillaje. Tengo una corazonada. Llamo al teléfono del industrial. Botones está monitoreando el celular. Tenemos la localización exacta. Y de pronto la transmisión entre la base y el teléfono se pierde. Unos instantes después vemos la transmisión, con cinco segundos de retraso. Un tipo saca su teléfono, mira a la cámara, pierde la cabeza y estrella el teléfono en la pared. La transmisión se corta.

—Concuerta —dice Botones—; están ambos en el origen de la transmisión. Las coordenadas son las mismas, con un segundo de error, que las de las coordenadas que filtraron en el servidor. Te presento el lugar desde donde se está transmitiendo; en gloriosa tercera dimensión.

En la pantalla apareció el edificio corporativo de Soyuz, Inc, London, Ontario.

Decirle edificio corporativo era darle una dimensión que no merecía. Era una construcción de 3 pisos donde Soyuz manejaba sus negocios locales en la zona de London. Comparado con la sede, un monstruoso edificio de 110 pisos, la sede en London era una simple oficina de enlace. Pero Soyuz se jactaba de tener representación donde más se le necesitaba, y siempre de acuerdo al nivel de negocios que manejaba. Para ser una empresa dedicada a la venta y fabricación de maquinaria agrícola, Soyuz tenía una oficina pequeña en esa zona. Hasta que recordabas que habían cerrado esa oficina para construir una mayor. Ese edificio estaba ahora abandonado.

La potente maquinaria de frikis amigos de Botones ya se estaba moviendo para darnos una panorámica total del edificio en vivo, así como confirmar nuestras sospechas. Belkys ya está en comunicación con todos sus contactos en la zona y cobrando favores. Todo se hace en el mayor sigilo. Entonces noto que Botones nota algo. El teléfono celular ha vuelto a funcionar, dice. Pero no aparece en la lista de teléfonos activos. No es que hayan cambiado el número: es que apareció en otro lado del planeta.

—Nos han visto la cara... Me han visto la cara como a un simple amateur. Idiota. Idiota. Idiota idiota idiota...

—Botones...

—Qué pinche buena actuación... Y caí como un imbécil. Ahora saben que los seguimos y pueden tomar todas las contramedidas para nulificarme, porque ya conocen mi dirección IPv6 y mi serial asignado. Fuck!

Lanzó contra la pared su taza de café. Ésta rebota y esparce su contenido por todos lados, pero no se rompe. Botones se queda viendo a la taza antes de recogerla. La mira. Está desportillada. Mira la pared. Está intacta, aunque manchada. En la pantalla, una calavera se ríe de nosotros. Quienquiera que esté al otro lado de la línea sabe que nos hemos dado cuenta.

Y entonces Botones sonrío, maliciosamente.

—Me gustan los retos.

La Policía Provincial de Ontario hizo una redada en las oficinas, tanto nuevas como abandonadas, de Soyuz, Inc. No encontraron nada. Una nueva transmisión ha sido emitida, avisando que si la policía intenta hacer de nueva cuenta lo que hicieron, ejecutará al industrial. Esta vez nadie aparece en pantalla, excepto el industrial, y una pistola amenazadora en la frente. Hay algo diferente: esta

vez sí es el industrial es que está ahí, lo puedo sentir en mis huesos. Me pregunto cuántos otros competidores estaremos tras el mismo botín... ante la pregunta Botones me dice que la misma transmisión la interceptaron otras tres agencias. Uno de ellos cometió un error, ya sea por malicia, por omisión o por idiotas.

El plan ha debido cambiar porque encontramos algo que no debíamos haber encontrado. ¿Pero qué? Me siento en una silla a pensar.

—Dame tu teléfono.

—¿Qué?

—Que me des tu teléfono.

—Perdón, me distraje.

El teléfono cambia de manos. Botones lo abre y le conecta algo. Luego llama desde otro. Mi teléfono no suena: en su lugar, suena el teléfono de Botones.

—Bingo. Es para ti.

Tomo el teléfono.

—¿Río?

—Sí —respondo.

—Llegó un paquete a la oficina. Creo que deberías verlo.

—¿Qué tiene?

—Creemos que es un dedo. Está lleno de cicatrices por quemaduras. Llegó con una nota.

—Leela.

—«Deja el caso o tu padre morirá»

—Gracias, Babs. No es mi padre.

—¿Cómo lo sabes?

—Llámalo intuición femenina. Pero manda hacer un análisis completo de ADN, a ver si sabemos de quién era.

—Correcto.

Cuelgo. Botones teclea algo.

—Listo. Tu teléfono es ahora tu teléfono de nuevo.

—¿Qué pasó en la oficina? Te pusiste pálida —me pregunta Bea.

—Enviaron un dedo. Con una nota que dice que es de mi padre.

—¿Crees que... ?

—No. El viejo es mucha pieza. Además créeme que lo hubiera sabido.

Veo que Ross trata de contener una risita.

—Si alguien sabe de eso, es Río.

—Bien —anuncia Botones, esto es lo más que puedo hacer por hoy. Tengo varias direcciones probables pero necesitaremos un par de días para revisarlas todas.

—¿Necesitaremos?

—We are Legion.

Estaba cansado. Estaba harto. En algún momento tuve la respuesta y me equivoqué al interpretar las pistas que me llevaban a ella. Decidí repasar una vez más todo y ver en que me había equivocado. Me dolía la cabeza, se me cerraban los ojos y tenía hambre. Estaba a punto de lanzar mi libro a la pared cuando noté una pequeña pieza de información:

«Mi hijo le tiene terror a volar. No hay forma de que lo metas a un avión si no es sedado. Y que Dios te ayude si se despierta a medio vuelo.»

Bea lo había resumido como «Miedo a volar». La diferencia no era leve. Tanto si nuestro muchacho estaba coludido como si no, de haber salido de la ciudad por avión tuvo que haber un registro de ese hecho. Y donde hay un registro hay una cola que se puede seguir.

Y, claro, ahí estaba, perdida en el mar de información vacua, inútil e inane: una mención en una red social sobre un pasajero al que tuvieron que someter y sedar para poder subir al avión. Con todo y número de vuelo. Obtener la lista de pasajeros fue trivial, incluyendo la fotografía. Corroborado de manera independiente por medio del personal médico del aeropuerto. ¿Y a dónde fue el pasajero

sedado? De regreso a la ciudad. Estuvo a punto de abrir la puerta del avión cuando éste despegaba. Él y sus compañeros de vuelo debieron bajar obligatoriamente del avión.

Nuestro muchacho seguía aquí.

—¿Cuánto tiempo tarda una llamada en enlazar, si estamos en la misma ciudad?

—Microsegundos. ¿Por qué?

—¿Qué pasaría si enrutas un teléfono varias veces, para aparentar que te encuentras en otra ciudad?

—El tiempo de enlace aumenta... y ya sé lo que te propones.

Saqué mi teléfono y marqué.

—Buenas tardes, señora. ¿Podría darme el número de teléfono de su hijo? ...Creo que lo hemos localizado.

Botones trazó todos los saltos que daba el paquete de información entre su teléfono y el de nuestro muchacho. Hizo unos cálculos y estimó, sobre el mapa de la ciudad:

—Están aquí.

Apuntaba a un pequeño edificio junto a Soyuz Inc. A menos de 10 cuadras de la Policía. A 11 de los Juzgados. Belkys se disfrazó de civil y me acompañó a la seudo redada. Mientras menos personas lo supieran, mejor. Llegamos con cuidado. Entramos por un edificio aledaño que yo sabía tenía una salida que daba a un callejón por el cual el edificio de Soyuz tenía un punto ciego. Entramos, y con cuidado revisamos las tres plantas del edificio. En el tercer piso encontramos a nuestro muchacho, tendido en el suelo, con una fractura en la cabeza. Vivo, pero apenas. Hay una pantalla azul y una computadora. Es hora de hablarle a Botones.

Cuando llega me sorprende la rapidez con que trabaja. La señal sigue transmitiéndose, y entonces desconecta la cámara. La señal sigue normal. Desconecta la computadora y la señal sigue normal.

—Hay balance de cargas.

—En español, por favor.

—El servidor sigue activo, pero no está aquí. De aquí se transmitió algo, pero no todo. Hay una dirección menos de qué preocuparme. Quedan 70.

Es una pista falsa. Nuestro muchacho no es parte del complot. Sólo entró de refilón cuando alguien hizo que programara el sistema de transmisión de los secuestradores. Cuando se enteró de lo que estaban haciendo con su sistema debió tratar de detenerlos... y se ganó una paliza. Sobrevivirá. Ahora bien, aún hay pistas sueltas. Espero que alguna de ellas nos lleve a algún lado.

Un rato después Ross, Bea y yo estábamos en casa. Lo primero fue revisar el cabello en la cerradura. El del departamento alterno estaba intacto. El otro no estaba. Alguien había entrado al departamento. ¿Pero quién?

Justo entonces llegó el administrador.

—Le trajeron unos paquetes, señorita Black. Me tomé la libertad de meterlos en su departamento.

Yo me llevé la mano a los ojos. Lo había olvidado por completo: la ropa.

—¿Se siente bien?

—Sólo tiene sueño —dijo Ross.

—Sí, es tarde ya. Buenas noches.

—Una pregunta antes de que se vaya. Esperábamos varios paquetes ¿Cuántas personas vinieron a dejarlos?

—Dos. Un joven me dejó todo, y cuando se fue llegó el supervisor con un paquetito adicional. ¿Por qué?

—Es sólo para saber a quién le tengo que gritar mañana.

Noviembre

—Sí, bueno, ya sabe cómo son los de entregas...

—Sí. Gracias y buenas noches.

En cuanto el administrador se fue, nos metimos al otro departamento. No confiaba en ese segundo paquetito.

La mañana me daría la razón, estaba seguro de ello.

25 MAY

Regresa mi sueño. Abril ya no está: quien me recibe es Ash. Bea ha crecido, y me presenta a su novio. Es un tipo lleno de barros curiosamente parecido a Ross. Hay un espejo y detrás del espejo una mujer. Quiero verle la cara y ella extiende una mano: sus uñas se transforman en las líneas que me han seguido desde el principio del caso.

Pero todas las líneas siguen ahí, aunque hemos encontrado a uno.

¿O no?

Despierto, bañado en sudor. Bea y Ross duermen. Quiero ir al hospital a interrogar a mi cliente recién encontrado. Pero primero lo primero. Me visto, y en silencio, voy al departamento de Bea. Abro la puerta con cuidado y reviso los paquetes. El paquete más pequeño, colocado en la mesa del comedor, es el más sospechoso. Lo abro con cuidado y me encuentro con un par de mancuernillas y dos juegos de aretes. ¿Un regalo, tal vez, por ser tan buenos clientes? ¿Por haber sido la primera compra? ¿Para espiarnos? Tengo una idea para evaluarlos. Los meto en una bolsa de mi abrigo y reviso todo lo demás con más cuidado. Es ropa. Perfecto. La guardo en su lugar.

Aún es temprano pero la casa de empeño nunca cierra. Conozco al dueño, ha hecho algunos avalúos para mí. Le enseño las tres cosas, y se le queda mirando con sorpresa a una. No hemos dicho nada. Saca una lente de aumento, la coloca en su ojo, y mira uno de los aretes con cuidado. Entonces mete las tres cosas a un horno de microondas

muy viejo que tiene detrás de los barrotes que lo separan del resto del mundo. Hay un «pop» pronunciado. Un arete.

—Listo. Todavía te siguen, ¿eh? ¿Un admirador celoso?

—Podrías decirse que sí. ¿Qué era?

—No estoy muy seguro. Un GPS y un micrófono, tal vez. No había mucho espacio para una cámara. Con una de esas cosas en la oreja podían espiarte de manera muy eficiente.

—¿Cuánto cuesta uno de éstos?

—Treinta morlacos como está ahora. Se ve bonito. Pero nuevo, yo diría que al menos veinte mil.

—Nunca he tenido joyería tan cara. Creo que los usaré.

—Solo espera a que se enfríen. No quisiera que unas orejas tan bonitas se maltrataran.

Sonríó. Tal vez debería aprovechar para sacarle un descuento.

—Oye, ¿Conoces a Gunther, el del bar...?

—¿El bar la Bodega? Sí, por supuesto. Es un buen tipo.

—Tenía un relicario de oro...

—Yo se lo vendí. Era de tu padre.

—¿Por qué todos insisten en que Ric es mi padre?

—No puedes negar la cruz de la parroquia de tu pueblo. La única manera en que ustedes dos fueran más parecidos sería que tu padre fueras tú.

Suspiro.

—Gunther me entregó el relicario y me mostró una foto.

—Sí, la foto en la que sale tu madre. Yo la tomé.

—¿Tú?

—Ha sido mi mejor foto. ¿Quieres verla?

No espera mi respuesta. Me enseña la foto. Es clara, no como la de Gunther. Puedo ver cada una de mis facciones reflejadas en la foto.

—¿Lo ves? Eres la versión guapa de tu padre. Excepto por la nariz. Esa es la de tu madre. Bueno, al menos suponemos que era tu madre. Después de la última batalla todo se volvió muy confuso, y cuando ganamos la guerra...

bueno, tomamos el primer avión que nos sacó de ahí. Tu padre quiso regresar por tu madre. Cuando regresamos se volvió muy reservado. Siempre supusimos que tu padre mandaría traer a Rosario a la primera oportunidad que tuviera. Pero algo debió pasar, porque al siguiente año se casó con Abril. No supimos de tu existencia hasta lo del accidente, y fue una gran casualidad. Creo que el más sorprendido debió ser tu padre. Y bueno, ahora que ya murió...

—¿Cómo que ya murió?

—Lo del incendio...

—Caer en un crisol con hierro fundido no lo mató. ¿Crees que lo mataría un simple fuego?

—Pero reportaron un cadáver. Y como te vi fuera de la casa, bueno, uno y uno son dos...

—Hubo un cadáver pero no fue el de mi padre. Créeme, estoy muy segura de ello; tanto como si él estuviera hablando contigo.

—Confío en que tengas razón.

—¿Alguna vez me he equivocado?

—Siempre hay una primera vez.

De regreso en el departamento Río les entregó a todos sus cosas. Incluso ella se pone los aretes. Le añaden un toque de elegancia. Ahora sabemos que nos siguen. O al menos siguen a Río. Pienso tomar eso como ventaja. Desayunamos y nos disfrazamos de gente decente. Vamos a hacer algunas visitas al bajo mundo de las altas cúpulas corporativas.

El disfraz de abogada de Río es ahora más efectivo, si cabe. Ahora no sólo es una abogada de gran mérito: es una abogada exitosa. La fama de su padre, que soy yo, la precede, ahora que se ha corrido la voz de que estoy

muerto. Si supieran... pero no pasa nada. No por ahora. Avanzamos en grupo. Río al centro. Ross a la izquierda. Bea a la derecha. Somos una máquina corporativa y trabajamos para Soyuz, Inc. No nos iremos de ahí sin obtener respuestas a nuestras preguntas. Queremos sembrar preocupación, queremos que el análisis de datos que está realizando Botones para nosotros sea lo bastante efectivo como para que los patrones de conducta de los sospechosos cambien. Un inocente no tiene nada que temer: es el culpable el que comete errores. Dicen los abogados que no hay nada más terrorífico que defender a un inocente. Se equivocan: nada más terrorífico que ser el inocente.

Somos una tromba. No hay modo de que nos puedan detener. Nuestras preguntas son despiadadas... y no tienen nada que ver con nuestra investigación. Están cuidadosamente calculadas para ver sus reacciones. Pero ahora todos saben que si la Soyuz se queda sin su CEO, los herederos están dispuestos a cerrar la empresa. No a venderla. No a transferirla. No a declarar protección por bancarrota. A cerrar la empresa. A liquidar todo. Los empleos de todos peligran. Avanzamos poco a poco obteniendo respuestas a nuestras preguntas. Los más útiles, como siempre, son los empleados de limpieza. Sí, el señor Soyuz ha estado preocupado, no, no sabríamos por qué, la verdad, es cosa de que los hijos no quieren seguir con el negocio, mire, ya hace mucho que se lo quise decir al patrón pero no me hacía caso...

Y poco a poco el tráfico en las redes sociales se va extendiendo a todos lados. Soyuz Inc. empieza a perder capital ahora que su propietario es dado ya por muerto a manos de sus captores... un bulo que inicié yo y que se ha corrido como reguero de pólvora cuando lo confirma Río a nombre de los herederos de Soyuz. Los herederos, en

realidad, no piensan mover un dedo y soltar un duro y preferirían que su padre muriera para heredar el control de la empresa... salvo por una cláusula de Soyuz que ellos no conocían hasta hoy.

Cláusula que Soyuz tampoco conoce, porque me la inventé ex profeso.

Botones está fascinado con el experimento. Ha visto cómo la red revolotea de información y cómo todo se está organizando en patrones de pensamiento que pueden ser catalogados: pensamientos a favor, en contra, conspiraciones, escépticos, creyentes, detectives de sillón, fanáticos religiosos. Las repercusiones comienzan a ser internacionales. Las acciones caen y Soyuz amenaza llevarse a varias Bolsas en el proceso; los rumores abundan. Hay nerviosismo en las cúpulas de la empresa... todo marchando como se suponía. Las aguas tardarán en calmarse, pero es nuestro momento de actuar.

Averiguamos que Manoella, ahora Manuel, no ha iniciado su transición de manera legal. Así que nos concentramos en los distribuidores de anabólicos ilegales. Unas pocas redadas de la policía podrán decirnos quién es el distribuidor de Manuel, y sabemos que será pronto: si no se aplica testosterona de manera constante su proceso de masculinización se revertirá... y no ha invertido tanto tiempo, dinero y esfuerzo para nada. Botones lo encuentra pronto: un pedido a nombre de Manuel. Aún no ha salido de Correos. No necesitamos llamar al juez: esto se hace mejor de manera subrepticia. Una rápida revisión encuentra testosterona y nandrolona. Mis dos médicos lo encuentran lógico y proceden a hacer unos pequeños cambios al contenido de los frascos: narcóticos. El paquete se va sin mayor dilación. Rastreamos el paquete hasta su destino: una caja postal. Unos cuantos miembros de la red

de amigos de Botones se encargan de vigilar los alrededores por medio de cámaras: encuentran un par de días después que Manuel revisa el apartado postal todos los días hasta que llega el paquete. Podemos ver cómo se sube a un auto; podemos rastrear ese auto y encontramos la dirección: caso resuelto.

El auto nos lleva a una casita en las afueras. La redada somos, de nueva cuenta, Belkys y yo. Y una vez más nuestros esfuerzos son en vano. Encontramos a Manuel, sí; se inyectó la testosterona, también; cayó por el anestésico, es cierto; nos encontramos a alguien más en la casa: la novia de Manuel, tratando de reanimarlo.

Una rápida revisión de Manuel nos demuestra que no es el mismo que vimos en la transmisión. Éste Manuel, como muestra de masculinidad, se ha dejado la barba y el bigote. Ralo, muy ralo aún, pero inconfundible. Y la novia no sabía que se había enamorado de una mujer. Tampoco le importa.

Una pista más que desaparece, aunque hemos resuelto el segundo caso.

Me empiezo a quedar sin ideas.

Sin embargo... si éste no es nuestro Manuel... ¿dónde está el verdadero?

26 ROSARIO

Nos concentramos ahora en la identidad de las personas con las que se estaban viendo Manuel y nuestro muchacho. Entonces recuerdo algo: su identidad. Cesar Blotta. «Get my new book». El chico es escritor. Escribe bajo seudónimo, porque no quiere que se sepa que escribe romance. Se hace llamar Manoella Brickett. Y Manoella Brickett acaba de publicar un nuevo libro. Por eso Cesar y Manuel se veían... por la similitud de nombres. Una idea loca surgió de ahí cuando Manuel le ofreció dinero. Sí, todo encaja. No tiene sentido, pero encaja. Y se me ocurre una idea estúpida, pero se me acaban las ideas. Busco el más reciente libro de Manoella Brickett la primera aparición de la palabra «Lair». Hay una frase.

«Lair miró por la ventana, su largo cabello meciéndose en el aire de Morgan Park, esperando a que llegara su siguiente cliente.»

La acción del libro se llevaba a cabo en Nashville. Pero Cesar nunca ha visitado esa ciudad. Verificando la geografía del libro con la de Nashville es evidente que se la inventó, aunque trato de tener verosimilitud utilizando mapas. Pero la descripción del Morgan Park es totalmente incorrecta.

En cambio, es prácticamente la misma del Morgan Park local. Suertudo: vejito suertudo. Sí tuvimos un topo. Ahora sospecho que nosotros podemos tener nuestro topo interno. De los siete lugares posibles, me confía Botones en secreto y fuera del edificio de la Policía, sólo uno está en la ciudad: cerca de Morgan Park. Pero no ha podido localizarlo con precisión. Es un área de nivel adquisitivo alto, y hay demasiados lugares con conexiones de alta velocidad que pueden esconder un servidor. Los otros han

Noviembre

sido localizados y eliminados: el servidor sigue transmitiendo.

Si tan sólo Cesar recuperara el conocimiento...

Hemos pasado demasiado tiempo preocupándonos por nimiedades como nuestra seguridad. Ya hemos comprobado que nuestro enemigo ha tenido demasiadas oportunidades para acabar con nosotros y no ha podido. Decido, por tanto que ya es tiempo de que Ross regrese a casa. Al menos así no tendré que atestiguar sus momentos cariñosos con Bea. Qué mal hice en presentarlos, me digo a veces.

Con mucho cuidado desarmo las puertas y reemplazo las bisagras de alta seguridad de la salida de emergencia de la casa de Ross; media hora me toma romper la cerradura. La salida de emergencia es poco más que una escotilla en el techo, pero la considero imposible de abrir por el exceso de tiempo que toma. Me hubiera tomado más de tres horas quitar las bisagras de alta seguridad si la cerradura se hubiera atascado; ese es el caso de la puerta principal. Pero si abrir la puerta por fuera es imposible, por dentro es juego de niños: me basta quitar un panel y reemplazar el mecanismo. En cosa de 10 minutos ya reemplacé la puerta principal y la escotilla de emergencia, y Ross es de nueva cuenta dueño de su casa. Si es que se le puede llamar casa a ese pedazo de construcción en donde debía haber un par de espacios de estacionamiento.

Bea y yo nos quedamos en su departamento. Ahora estoy peleándome con el seguro por el pago de la casa. No piensan pagar mientras no me presente en persona a hacer la reclamación. No, Río no puede acudir en mi lugar; no, Bea tampoco; no importa si estoy bajo amenaza de muerte; no se pagará nada mientras la casa esté a mi nombre, y si

cambia de nombre, el propietario nuevo no podrá reclamar el seguro; es política de la compañía que sea el beneficiario quien se presente en persona para reclamar; no, no pueden mandar a nadie a mis oficinas a verificar mi identidad. Quiero meterles las pólizas que he comprado por orificios que ni se imaginan que pueden expandirse tanto.

No importa, por el momento. Me tiendo en el sofá de la sala a descansar; me duele la cabeza. Me duermo.

En mi sueño hay dos niños. Niño y niña. Están jugando. Bea y Ross están de un lado, y del otro estamos Abril y yo. Beso a Abril. ¡Cuánto la extraño! Pero cuando abro los ojos Abril ya no está. Es Ash quien está ahí, y Abril me mira, con lágrimas en los ojos, despidiéndose, contenta. Tomo a Ash de la mano y miramos juntos cómo Abril se convierte en un grupo de líneas que se entrelazan... hay algo diferente en las líneas. ¿Pero qué?

27 RICHARD

Cuando desperté, Bea todavía estaba allí, en la misma posición en que estaba en mi sueño. El resto había desaparecido. Estaba ella en la mesa del comedor, viendo un álbum. Me miró, me preguntó si había dormido bien, y me preguntó si quería cenar algo. Le pregunté qué estaba viendo. Fotos y películas de cuando era niña, me dijo. Me senté junto a ella y mire por la ventana. Pude ver que el sol se ocultaba.

Bea insistió en que Río viera sus fotos. Le contó todos los detalles que recordaba de cada cosa. Reímos todos con lo que pasó: los detalles que había olvidado regresaron a mi memoria; dejé pasar los detalles que eran falsos, para no interrumpir a mi hija.

—¿Tienes fotos, Río? —preguntó de pronto Bea— ¿Fotos de cuando eras niña?

—No.

—Siempre había deseado tener una hermana, y ahora que la tengo, no tengo fotos de ella, de cuando éramos niñas. Debimos conocernos antes, Río.

—Sí, debimos.

—Cuéntame de tu infancia, Río.

—No hay mucho qué contar. Al menos no cosas bonitas. Mamá murió cuando era yo una bebé, y crecí en un orfanato. Hasta los 6 años mi mundo fueron mis compañeros, y ese no es un buen lugar para una niña. Entonces conocí la escuela. No es que fuera más agradable, pero podía volcarme en los estudios y pensar en una vida mejor. Nadie me adoptó. Era la ñoñita rara de dientes feos, cara de pato y pelo deslucido. Todos quieren adoptar a la niña bobita y bonita, y yo no lo era. En cuanto pude me

independicé. Tenía 15 años cuando logré que me trataran como adulto y me fui del orfanato. Entré al Servicio Secreto. Y justo cuando pensé que ya nada me podía pasar sucedió el accidente. Ahí conocí a tu padre y a Ross.

—¿Qué edad tenías cuando lo del accidente?

—16.

—Pero, entonces...

—Si sabes hacer cuentas, debo ser menor que tú. Por eso sé que Ric no es mi padre: las cuentas no cuadran. Solo sé que me parezco mucho a él. Pero ya no me importa, ¿sabes? Prefiero tener una familia. Para mí, ahora eres mi familia.

—Ay, Río... —dijo Bea, con los ojos bañados en llanto, abrazando a su hermana. A su hermana adoptiva, en realidad, porque Ross se encargó de ese papeleo después del accidente. Otra de las cosas que nadie sabe, excepto él y yo.

28 CESAR

Es domingo, pero si el crimen no descansa, nosotros tampoco. Ross llega temprano para invitarnos a desayunar. No le hace caso a mi mirada asesina y terminamos saliendo a desayunar. De camino nos dice que hoy podemos visitar a los dos sobrevivientes del ataque a mi oficina. Eso cambia las cosas.

Cuando no se comportan como una pareja de tórtolos enamorados Bea y Ross se ven bien juntos. En especial cuando se ponen a discutir asuntos médicos, porque yo, como no entiendo ni papa, puedo retraerme a mi pequeño mundo interior y meditar. Eso hago mientras vamos al hospital. Voy reclinado en el asiento de atrás, leyendo mis notas una vez más, cuando escucho algo que me hace preguntar de qué me perdí.

El tipo al que le disparé en el cuello, repite Ross, tiene situs inversus. Todo él está girado con respecto al eje de simetría corporal. Así que a la vena del cuello a la que le disparé, en lugar de ser la yugular derecha, es la yugular izquierda. No cambia mucho las cosas tal y como sucedieron, pero hubiera sido de relevante importancia si le hubiera disparado al corazón: hubiera fallado.

Eso me hace pensar que tal vez estoy viendo las cosas al revés. Probablemente los casos no estén relacionados como creo. Probablemente ni siquiera estén relacionados.

Entrevistamos primero al tipo que huyó. Tiene miedo, sin duda, de cualquiera que se le acerque. Sacarle la información es fácil; el problema es que la información no es útil. Fue porque le prometieron dinero fácil y necesita

con mucho el dinero. La clásica historia de mala suerte, una mujer embarazada, un casero que quiere su dinero, y un empleo perdido por la crisis económica. Le dijeron que era sencillo: él, que era bueno con las computadoras, debía obtener cierta información de un cliente. ¿Qué información? No le dijeron. Solo que debía obtenerla toda y borrarla. ¿Qué cliente? El industrial, por supuesto. Pero cuando entró a nuestra oficina no había información para borrar en un lugar central: tuvo que intentar borrarla oficina por oficina... y eligió la de Río para empezar. ¿Quién se encargaría de darle acceso a la oficina? Uno de los otros, claro está; también elegirían el momento en que todos se hubieran ido para no tener que hacer un baño de sangre. Pero los otros tres eran unos sanguinarios despiadados y además idiotas: llegaron una hora tarde, por el cambio de horario de invierno. Nunca supo cómo pudieron llegar tarde cuando se retrasa el reloj en lugar de adelantarlo, tampoco sabe por qué no le hicieron caso a su reloj, que cambió la hora automáticamente. Llegaron tarde, y la secretaria ya había salido, perdiendo entonces el acceso de los archivos que solo ella sabía dónde estaban. Recuerda, en cambio, que dos jóvenes salieron cuando ellos entraron. Las fotografías de mis desaparecidos son identificadas. Ellos les dijeron que ya no había nadie y se apuraron... pero entonces llegaron tres de mis investigadores a hacer horas extra y se formó un caos. Hubieran podido salir de ahí si no hubiéramos llegado nosotros. Y sí, lo admite: tuvo tan mala suerte que no pudo borrar ni un solo archivo.

Entrevistar al segundo es cosa más difícil. No le teme a nada y es un patán de primera. Decido que sea Río la que entre primero. Yo, por supuesto, en las sombras, estoy con ella.

— ¿Que tienen para ofrecerme, eh?

— Nada —escucho decir a Río entre el ruido de máquinas— y no creo que te pueda convencer de otra cosa.

Ya sabes lo que te va a pasar cuando salgas de aquí, ¿verdad?

—Que me muera lentamente en la cárcel o que me maten mis patronos cuando sepan que fallé. Tanto monta, monta tanto una cosa como la otra.

—O puedes morir a tu gusto. ¿Tienes familia?

—La tuve. Mi mujer se fue con mis hijos. No los veo desde que tenían 3 años. Ahora el mayor tiene 12.

—¿No quieres que te recuerden por algo bueno y no por lo que fuiste?

—¿Qué me ofreces?

—Educación para tus hijos, querido. Universitaria. A tu nombre.

—¿Qué más?

—Y esta cápsula. Arsénico. Es vidrio, así que la puedes tener por años en la boca y no pasará nada hasta que la muerdas. Puedes morirte cuando quieras y donde quieras.

—¿Y a cambio?

—Me dices quién te contrató.

—Crees que soy un idiota, ¿verdad? ¿Que no veo los programas esos de policías? Crees que me puedes hacer tonto. Vas a hacer que suelte la sopa y al final tu cápsula no me va a matar. Ya vi ese capítulo, niña.

—Huele —dijo Río, rompiendo la cápsula. Almendras amargas.

—Ahora ya no vale, niña.

—Aquí hay otra —dijo Río, sacando una del bolsillo de mi abrigo y poniéndosela en la boca al matón.

—¿Y qué pasa si la muerdo ahora, eh?

—Aquí tengo el antídoto. No te mueres si yo no quiero.

—Eres lista, niña. Para ser de la policía no estás nada mal.

—No soy policía.

—Debiste serlo. Te hubiera pegado un tiro más fácil.

—Pero no pudiste. ¿Quién fue?

—Colt, Smith & Wesson.

—Si no me lo dices, tu familia no tendrá el dinero.

—Quiero ver cómo se transfiere el dinero

Río sacó su teléfono y organizó la transferencia, con una nota al final: «Para la escuela de los niños, de parte de As.»

—¿Me vas a decir el nombre?

—Presiona enviar.

—Dilo.

—¡Presiona enviar!

—¡Dilo!

—¡Viktor Zerga! ¡Presiona enviar!

Río presionó el botón. La confirmación llegó casi de inmediato.

—Ya lo sabes —dijo As, y mordió la cápsula. Río salió de la habitación.

—¿Quién fue? —preguntó Bea.

—Viktor Zerga. Uno de los investigadores.

—¿Y entonces?

—Entonces el que se murió quemado en la casa debe ser el otro, James Oates. Se vendieron al lado oscuro y ni siquiera los tuvieron que comprar.

—Apuesto a que el dedo de Oates es el que te mandaron.

—Sí. Yo también lo creo.

—¡Perra maldita! —comenzó a gritar As dentro de su habitación— ¡Te mataré!

—Creo que se dio cuenta de que lo que tomó no era arsénico.

—Oopsie daisy... debí haberme equivocado de cápsula. Ojalá que no se le salte un punto del cuello.

Nos reímos. Soy como Maquiavelo en tiempos modernos.

Los análisis de ADN llegaron más tarde ese día y confirmaron las sospechas de Ross: Oates fue el que murió en mi casa, por herida con arma contundente. Sospecho que Zerga utilizó la vieja Mac.

La cirugía de Joyce fue un éxito pero todavía no puede hablar. Le rompieron la quijada justo en la barbilla, así que pasarán meses antes de que pueda comer normalmente. Pero es muy rápida escribiendo, así que la entrevista es como si estuviéramos hablando. Nos confirma casi todo lo que nos dijo el tipo nervioso. Zerga y Oates estaban en la puerta, esperando a alguien antes de irse, le dijeron. Oates incluso la abrazó y le dijo «cuídate, y perdón por no avisarte antes».

—Me pareció raro —escribe Joyce— pero supuse que se debía a que iniciaba ya sus vacaciones.

—No me pidió vacaciones —le digo. Me encargo directamente de eso en la agencia: debería de saberlo.

—¿No? Qué raro. A la hora de la comida me dijo que se iba de viaje y que tardaría un par de semanas en volver. Incluso había estado bromeando que si quería ir con él, pero nunca me dijo a dónde y de cualquier forma no quería irme sin terminar mis casos pendientes.

—¿Cuánto tiempo paso entre que llegaste y llegaron los cuatros éstos?

—Unos tres minutos. ¿Por qué cuatros?

—Me gusta la palabra. ¿Tres minutos?

—Más o menos. Vi que Tina ya no estaba, llegaron Babs y Bill, y entonces llegaron los cuatro. Intentamos defendernos, pero le pegaron un tiro a Bill, Babs alcanzó a salir, y a mí me rompieron la quijada de un puñetazo. Entonces llegaron ustedes. Como si estuviera planeado.

—Lo que estaba planeado es que llegaran los cuatros. Oates y Zerga los contrataron. Por qué, no estoy seguro.

—Unos minutos más tarde y no estuviera contándoles esto. Tampoco si Bill no hubiera entrado a mi oficina justo antes. Creo que me iba a invitar a cenar, ¿sabes? Qué mala suerte que sucedió esto

—Sí. Coincidencias y casualidades. —confirma Ross.

Yo sigo sin estar seguro. Hay muchas casualidades y muchos casos sueltos.

El último a quien entrevistamos es a Bill. La bala le destrozó el hombro, pero nada que ponga en peligro su vida.

—Podré enseñarle la cicatriz a alguna nena y presumir de muy macho.

—Sí... y dirás la verdad —confirmo, con una sonrisa socarrona.

Su historia no difiere gran cosa de lo narrado por Babs o por Joyce. Parece que simplemente tuvimos suerte de que hubieran elegido a tres incompetentes y un tipo con mala suerte para asaltarnos. El detalle que cambia es el de la incompetencia: parecía que los tipos en realidad estaban bien entrenados y algo les pasó.

—Supongo que el problema radicó en el factor sorpresa. Esperaban poder divertirse mientras el otro trabajaba, y se confiaron. Conmigo nulificado, tal vez esperaban, como decirlo, «retozar» con Babs y Joyce.

—Sí, esa impresión me dio.

—¿Y cómo están esos hijos de puta?

—De los tres pistoleros en renta, dos están empujando margaritas. Al tercero le tocan 40 años mínimo.

—¿Y Joyce?

—No podrá comer en seis meses. Pero se pondrá bien. Le diré que le mandas saludos.

—Estuve a un minuto de proponerle que nos fuéramos a cenar, ¿sabes? Siempre me gustó Joyce.

—Bueno, tal vez ahora tengan un poco más de tiempo para conocerse mejor.

Antes de que otra cosa suceda, miro la hora y me disculpo. Afuera de la habitación hago una rápida llamada a Botones, que me confirma que otros 4 sitios de transmisión no pueden ser el origen de la señal. Y también me confirma que Blotta no es quien escribió el software de transmisión. Es, por lo que parece, un robo de identidad. El

Noviembre

análisis de los correos que tenía en su computadora lo demuestra: los últimos cinco fueron enviados por error. Y Blotta, curioso, decidió investigar, atraído por la promesa de unos cuantos millones. Por poco encuentra su muerte. Muchos cabos sueltos, pero otra perspectiva. Hay todavía mucho que hacer.

Seguimos teniendo un topo en la organización, espero; hay que tener paciencia hasta que emitan otro comunicado.

29 BÁRBARA

—Llegó el análisis toxicológico de Blotta —me dice Bea, depositando el archivo frente a mí.

La cafetería del hospital está semivacía. El café es horrible, el sándwich de ensalada de huevo más, pero era necesario justificar mi presencia de alguna manera.

—¿Qué dice? —pregunto, no entendiendo nada más que el nombre de Blotta en todo el archivo.

—Que es el chico más sano que hay. Ni siquiera bebe refrescos con azúcar —Bea se está comiendo mi sándwich, y parece disfrutarlo.

—No entiendo... ¿Y entonces el synthometh que encontramos?

—No lo sé. Si no lo vende, se lo guardaba a alguien...

—¿Tenemos pruebas de que Blotta y Manuel se estaban viendo? —tomé mi teléfono y envié un mensaje— Akane, revisa las fechas en que Blotta se citó con alguien en el centro comercial, y obtén las grabaciones de las cámaras de seguridad de esas fechas.

—¿Crees que pudo ser ahí?

—Privacidad garantizada, ocultándote a plena vista, y donde no es sospechoso que se intercambien cosas.

Justo entonces suena una alerta azul. Yo no tengo idea de qué sea una alerta azul, pero Bea se levantó corriendo con rumbo a la puerta. Yo, como es natural, la sigo. Hay un cuerpo tirado en la entrada del hospital, y un patrullero inició una persecución del auto desde donde lo lanzaron. La figura viste toda de negro. Es una mujer. Mientras la suben a la camilla, le quitan la máscara de esquiador que trae puesta. Bea y yo damos un respingo. Uno de los médicos nos pregunta si la conocemos.

Noviembre

—Lo conocemos, sí —respondo—. Manuel Brickell, née Manoella.

El brazo derecho está prácticamente deshecho, pero no por heridas. Es como si lo hubieran corroído. Soy el que reconoce lo que sucede.

—Krokodil. Se ha estado inyectando krokodil. O se lo han inyectado.

—Hay mucho daño... dice Bea, adueñándose de la situación como si fuera al jefa de urgencias. La conocen en el hospital, desde su residencia, pero siempre se alejó lo más que pudo de casos como éste. Habla en voz baja con una de las enfermeras. Encontrarle una vena a Manuel es punto menos que imposible. No hay respuesta fisiológica: va a morir. Y es un testigo clave.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Es muy arriesgado.

—Dos cromosomas X. Puede funcionar.

—No hay modo de que Ross prepare las máquinas tan pronto.

—Es la única oportunidad.

—¿Te harán caso?

—Fui la subjefa de psiquiatría más joven. Todavía tengo influencias.

—Háblale a Ross primero. Yo moveré algunas palancas en Vialidad.

—Preparen una ambulancia. Vamos a llevarlo a otro hospital, con carácter de urgente... y espero que funcione.

Ross, una vez más, está preocupado. Ha usado tres veces su máquina con humanos y únicamente dos veces ha funcionado; aunque, a decir verdad, el primer caso dejó un hermoso cadáver. Entramos con el cuerpo de Manuel inerte, lleno de abscesos, corroído. Esto cuenta como asesinato, y Narcóticos tomará cartas en el asunto. Hay pocos lugares relativamente sanos de donde tomar una

muestra. Metemos el cuerpo de Manuel a la cámara, y el líquido hiperoxigenado comienza a enturbiarse con los restos de carne corroída. Un rápido análisis cromosómico revela incongruencias graves.

—Mosaicismo.

—¿Qué?

—Mosaicismo. Mira: células con cromosomas XO, XX, XY, XXY. Las XX son mayoría en algunas zonas, las XY en otras... algunas son XO, y otras XXY. No sé cómo reaccionen los nanobots así... —me mira directo a los ojos.

Ambos sabemos lo que eso significa. No hay tiempo de decidir nada. El pulso cae rápidamente... o al menos, el corazón está dejando de bombear. Tomo la decisión por todos.

—Los nervios. ¿Qué tipo de células hay en los nervios? Usa esas...

Es fácil obtener la muestra: hay uno expuesto ya. No hay tiempo de analizar nada. Ross busca una célula que se vea más o menos sana, toma el código, lo reproduce y se lo da como información a una camada de nanobots. Los suelta en el líquido. Hace lo mismo con la camada de nanobots de primera generación, los prototipos que usó conmigo, repite el procedimiento... y nos sentamos a esperar.

—Espero que el daño no haya llegado al cerebro —dice Ross.

La noticia ha corrido como reguero de pólvora, pero nadie en el hospital soltó la sopa de que nos llevamos a Manuel. Lo único que sale a decir el vocero es que el paciente está demasiado grave y no se espera que sobreviva. Es verdad, después de todo. Las máquinas están trabajando tiempo extra y el líquido hiperoxigenado, aunque sigue hiperoxigenado, es ahora una sopa turbia. La termografía demuestra que el daño no estaba muy extendido y era muy reciente. Las máquinas no se rinden. La primera generación limpia, la segunda reconstruye. Tardarán varios días en terminar. Debemos dejar solo a

Ross; Bea y yo tenemos trabajo por hacer. Y lo primero es investigar quién vendió los precursores del krokodil.

Una rápida leída a mi enciclopedia favorita y me entero que el krokodil se puede preparar con ingredientes que se venden legalmente. Es sólo cuestión de buscar codeína, yodo y fósforo rojo y por reducción catalítica se obtiene α -clorocodida y dihidrodesoxycodéina, los cuales, por desmetilación, terminan en desomorfin, oxiclورو de fósforo y cloruro de tionilo. Son estos últimos los que son tóxicos, corrosivos, y lacrimógenos. Los profesionales los remueven; en cambio, los usuarios caseros ni siquiera saben que existen. Aquí no me cabe la menor duda de que fue un profesional y que inyectaron, a propósito, grandes cantidades de krokodil.

¿Pero quién?

Mientras reviso la enciclopedia me llega un mensaje. Blotta ha despertado. Cito a Akane a mi despacho y le pido los avances en la investigación; me replica diciendo que está trabajando en ello, pero si quiero puedo venir a ver cómo van: hay dos sospechosos que han hablado con Blotta y uno de ellos es, definitivamente, Manuel. Y hay una mujer que no aparece en los registros. Miro la hora: todavía tengo unos minutos. Decido ver los avances.

Sí. No hay modo de no ver que es Manuel. Actúa como todo un hombre. Es evidente que ha estado haciendo negocios como hombre desde hace mucho. Terminan de discutir algo y se estrechan la mano. En el otro video, aparece una mujer no identificada; sé que hay algo raro con esa mujer por su forma de caminar. Akane lo sabe y está trabajando arduamente para encontrar una toma clara de su cara, pero se pierde. Sabe perfectamente dónde están las cámaras y las evita. Los videos tampoco tienen la claridad

suficiente como para observar su cara en el reflejo de los aparadores. Se necesita un golpe de suerte, dice Akane, pero no se va a rendir mientras haya una posibilidad. Me voy al hospital.

Blotta está aún sedado. La enfermera me dice que el disparo afectó un nervio y varios huesos, y es probable que le queden secuelas. Y también me dice que es casi un milagro que ni la bala ni un fragmento de hueso hayan desgarrado la arteria braquial. La bala dejó al descubierto la arteria, pero no la desgarró. Pero duele como el diablo.

—Me quedaré aquí hasta que despierte —dice Río, mientras le enseña la placa. Nadie lee la placa, aunque es legal: nos identifica como investigadores privados con licencia.

—Trate de no incomodarlo, por favor.

—Lo haré —responde Río. En realidad lo vamos a poner muy incómodo.

Tarda media hora en despertar, por el dolor. Tengo suficiente morfina como para matar un caballo a mi alcance, y pienso usarla. En cuanto se queja, un poco de morfina hace que el dolor no le importe.

—Buenas tardes, Cesar —le digo. Cesar abre los ojos y ve directamente a Río.

—Estoy muerto, ¿verdad? ¿Estoy en el Cielo?

Es la educación religiosa que recibió, junto con la morfina, la que habla. Decido tomar ventaja.

—No. Todavía no. Estás en el Purgatorio.

—Parece un hospital.

—Eres tú quien decide cómo debe verse este lugar.

—¿Me van a juzgar por mis pecados?

—Juzgar no. El juicio ya está hecho. Pero tienes la oportunidad de presentarnos circunstancias atenuantes.

—No he hecho nada de lo que me arrepienta. Siempre he estado en paz con Dios y mi conciencia.

Noviembre

—¿Conoces las extensiones de tus actos, verdad? Dos personas murieron por ello. Si quieres piedad, y no ir al infierno, debes decirnos por qué lo hiciste.

—Dios lo sabe.

—Sí, lo sabe. Pero quiere oírlo de tus labios.

—Era necesario. No podía permitir que se cometiera ese crimen.

—Pero fallaste. Te dio miedo.

—¿Qué podía hacer yo? No soy fuerte, no soy grande, no soy rápido, no soy valiente. Soy un cobarde. Soy un cobarde y mandé a Manuel en mi lugar. Le dije que compartiríamos las ganancias... y así podría pagarse su operación. Era sólo un paquete, me dije... un paquete y ya. Pero un paquete se convirtió en otro y otro hasta que un día decidí que no podía hacerlo más y les dije que dejaba el negocio. Y nos secuestraron a Manuel y a mí.

—¿Qué tenían los paquetes que mandabas?

—Bloqueadores de los receptores de placer. Se veían igual a los cristales de synthometh. Ese día, en cambio, les mandé fulminato de mercurio. No debió gustarles.

—¿Por qué ayudaste a Manuel a cambiar de sexo?

—¿Qué otra cosa podía hacer? Es mi hermano.

Y se durmió.

No tengo palabras para describir cómo odio cuando los casos se complican de ésta manera.

Toma un buen rato desenterrar la relación entre Cesar y Manuel. Los padres nunca estuvieron casados: se limitaron a vivir juntos un tiempo, en una relación que culminó con gemelos fraternos. Los cuales, por una casualidad del destino rayana en la imposibilidad, nacieron con un mes de diferencia.

La madre de los chicos quedó embarazada de Cesar, y un mes después, de Manoella. Una de esas veces en que los

ovarios no responden adecuadamente a las hormonas del embarazo. De ahí que hubiera un embarazo doble. Al noveno mes de gestación Cesar nació. El médico que atendió a la madre detuvo las contracciones para evitar que Manoella naciera con un mes de anticipación, sólo porque quería salir en una publicación periódica: esos casos se dan una vez en varios millones de embarazos. Al mes la Naturaleza por fin obró su curso y nació Manoella. Por eso es un caos su cuerpo: hay ADN que debió ser de su hermano, hay células mezcladas, hay células que se rehusaron a morir. Y el choque de testosterona que produjeron sus células masculinas determinó su condición sexual. Por eso es que Manoella nunca se sintió mujer: porque, aunque estaba escrito su destino, algo echó a perder el plan cuidadosamente trazado en sus células.

Ahora tiene todo más sentido. ¿Cómo es que no vi la relación antes? Cuando le cuento a Bea mi hipótesis, me dice que es muy probable que tenga la razón. Pero que no contaría con ello. Es de noche. Decidimos ir a visitar a Ross y ver los avances de Manuel.

El taxi avanza con lentitud por las calles. Lluve. Ni Bea ni yo hablamos sobre los casos, nos perdemos en nuestras ensoñaciones y deducciones. Necesito un trago. El taxi se estaciona y Bea paga cuando suena mi teléfono. Es Ross. Le informo que llegaremos pronto. Entramos y en menos de tres minutos estamos con él; si se sorprendió no lo demuestra. Nos mira en silencio y se limita a apuntar a un monitor. Es el avance de la terapia. 99.98%. Faltan menos de 5 minutos para que terminen los diagnósticos. El líquido hiperoxigenado está limpio. Tanto Manuel como Manoella están ahí: lo señala la máquina:

«Error en diagnóstico: ADN duplicado.»

El mosaicismo sigue presente.

30 CHARLOTTE

—Te advierto que hubo reparación de células cerebrales. No tengo idea de qué tanto se afectó su memoria.

—¿Sabes qué tanto se reparó?

—Los nanobots reportaron un 0.1% de materia gris y un 1.2% de materia blanca. Hay demasiado en juego. Con ustedes dos no hubo modificación cerebral. Bueno, contigo hubo un poco, Bea, pero contuvimos el daño de los nanobots de tu madre.

—¿Qué tanto habrá afectado a mamá el cambio? —pregunta Bea.

—Es una excelente pregunta. Me gustaría tener la respuesta.

—Sólo nos queda esperar, ¿verdad?

—Sólo esperar.

—Ni siquiera sé qué con qué género referirme ahora a Brickell: su cuerpo es andrógino.

—Veremos si despierta.

—Deberíamos llamar al hospital. Declarar que ha muerto en la mesa de operaciones. No sobrevivió a la operación para retirar todo el tejido necrótico... septicemia... sí, septicemia general. Advertir los peligros a los usuarios de droga... Salubridad y Narcóticos ofrecerían una recompensa a quien entregue a los responsables...

—¿Crees que tenga relación con nuestro otro caso?

—No. Lo dudo mucho ya a estas alturas. Esto fue puro ajuste de cuentas entre narcotraficantes. No pudieron contentarse con la legalización de las drogas suaves, no... les gustaba la ilegalidad y se quedaron de ese lado. Y los cabrones son tan estúpidos como para no darse cuenta que matar al cliente es mal negocio.

—No mezcles política en esto.

—No es política. Es una pista. ¿Qué idiota mata a sus clientes por droga mal hecha? Estos son novatos en el negocio. Debe haber reportes en Narcóticos sobre una nueva banda. Si los atrapamos podremos saber si hay relación o no con el otro caso.

—¿Ahora quieres dismantelar bandas de narcotráfico?

—Esto no es una banda. Esto son tres o cuatro niñatos inmaduros que quieren ganar dinero rápido. De aquí se deduce que, si Blotta era el fabricante, y Brickell el intermediario, debe haber por lo menos un vendedor. Es la mujer con la que se citó Blotta. Apuesto a que se citó Brickell con ella también.

Era la conclusión lógica. Había que buscar cuidadosamente en todas las grabaciones.

Akane llamó casi a media noche. Había llegado a la misma conclusión por otros medios: una vez que vio a Brickell y a Blotta en el centro comercial juntos, observó que Brickell se citaba con una mujer, con la que siempre se veía en el mismo lugar y a la misma hora, en los mismos días de cada mes. Fue necesario obtener las grabaciones de un par de años atrás para establecer el patrón... y fue necesario llegar al primer encuentro para ver el rostro de la mujer. No era una mujer.

—Es Oates. La mujer es Oates. Teníamos al enemigo en casa y nunca lo notamos.

No queriendo que Brickell despertara en un lugar desconocido y sin idea de qué estaba haciendo ahí, nos rotamos para permanecer vigilantes. Ross ya me había dado una copia del test de evaluación cognitiva; la mayor parte de las preguntas las hubiera hecho de todos modos como parte de la interrogación normal. No estaban muy lejos, en cualquier caso.

Eran las tres de la mañana cuando Brickell despertó. Envié un mensaje a Ross y a Bea y comencé el examen.

Noviembre

— ¿Puedes oírme?

Le tomaba trabajo enfocar. Pero pudo articular algo que sonaba sospechosamente a «Sí»

— ¿Sabes dónde estás?

— No.

— Estás en un hospital. ¿Sabes qué día es hoy?

— No.

— Es 20. ¿Sabes qué mes es?

— ¿Noviembre?

— Sí. ¿Sabes qué año es?

— 77.

— Sí. ¿Sabes por dónde sale el sol?

— ¿Por el oeste? No, por ahí se mete. Este. Sale por el Este.

— ¿Sabes cómo te llamas?

— Mane Brickell.

— ¿Cuál es tu sexo, Mane?

— No lo sé. A veces creo que soy hombre. Otras veces creo que soy mujer. Creo que soy los dos.

— ¿Qué género quieres que use contigo?

— Hoy me siento como hombre.

— ¿Prefieres que te llamen Mane?

— Mane. Mis amigos me llaman Mane.

— ¿Sabes por qué estás en el hospital?

— No.

— ¿Cómo te sientes?

— Descansado. Muy descansado.

— ¿Qué es lo último que recuerdas?

— A mi hermano. Discutíamos, pero no recuerdo de qué.

— Yo continuaré el examen, si no te molesta — dijo Ross.

— Ya supe lo que necesitaba. Ven conmigo, Bea. Necesito tu ayuda.

La cafetería era un lugar deprimente a esas horas. El café de máquina, atroz. Éramos los únicos ahí. Bea revisaba algunos periódicos médicos.

—Aquí está. Una variación de la disforia de género. Individuo con mosaicismo, apariencia exterior andrógina, genitales femeninos bien formados, existencia de un ovotestis altamente similar a un testículo no descendido y un ovario bien desarrollado. El individuo se comportaba como perteneciente al sexo femenino durante el desarrollo de la ovulación, la cual ocurría cada dos meses; el resto del tiempo actuaba como perteneciente al sexo masculino, con un pico hormonal análogo a la ovulación. El paciente no presentaba problemas físicos ni psicológicos y se declaraba bisexual. No tenía pareja estable por decisión propia y no deseaba tomar terapia de reemplazo hormonal ni completar su transición a ningún sexo. Se revisó cuidadosamente la actividad hormonal y no se encontraron problemas metabólicos graves; los pocos que había se regularizaron cuando el paciente comenzó a tomar anticonceptivos.

—¿Conoces al médico?

—Sí. Trabajé bajo su supervisión cuando hice mi residencia.

—¿Crees que quiera volver a revisar a su paciente? ¿En calidad de asesor?

—Yo lo haría. Pero primero tengo que revisar que todo siga igual. Una reconstrucción completa... todavía no lo creo, y me sometí a una.

—La pregunta es por qué Cesar quería obligar a Mane a convertirse en Manuel. Y quién le inyectó esa enorme cantidad de krokodil.

—Creo que no soportaba la idea de tener un hermano que también fuera su hermana.

Quedamos en silencio. El café se enfriaba y sabía aún más atroz.

—Esto explica muchas cosas —dijo Ross, revisando el caso médico—. También explica por qué los nanobots cometieron lo que yo pensaba que eran errores. Hicieron un muy buen trabajo, viéndolo bien: hay un ovario y un testículo perfectamente formados. El testículo está donde debía estar el ovario derecho. Los nanobots pusieron toda la plomería adecuada en su lugar. Creo que incluso pusieron una próstata en miniatura. Voy a tomar unas biopsias, pero no tengo por qué dudar de su eficacia.

—¿Cómo se siente Mane?

—La única memoria afectada parece ser de sus recuerdos de secundaria. Debió ser difícil. Recuerda, sin embargo, que ha tenido el mismo número de novios que de novias. Incluso, dice, llegó a tener relaciones con su hermano.

—Ah... —dije— Una pieza más del rompecabezas acaba de caer en su lugar.

31 VIKTOR

Belkys programó la redada en casa de Zerga para las cinco de la mañana. Si Zerga había sido lo bastante insensato como para acuartelarse en su casa, esperaban gran resistencia de su parte. Como punto a su favor, Zerga no estaba y había dejado una nota: «No me atraparán vivo.»

En cambio, en casa de Oates no esperábamos resistencia. Después de todo estaba muerto. Cuando Belkys, un patrullero y yo entramos, el departamento estaba en total silencio. Todo era un desorden. Era evidente que alguien había entrado con intención de robar algo. Todos los archivos estaban destruidos; libros rotos por doquier, cosas tiradas... incluso el refrigerador había sido saqueado.

—Si yo fuera Oates —dije en voz baja— ¿dónde escondería mis archivos más valiosos?

—En el baño —dijo el patrullero, que estaba revisando la ducha. Me mostró el cabezal: adentro, una tarjeta de memoria guardada en una cajita impermeable.

Botones estaba fascinado por la encriptación de la tarjeta.

—Sencilla, pero a la vez tan compleja que es imposible de romper. Ocho palabras elegidas al azar forman la frase clave. Luego se usa la encriptación por reemplazo Vigenére. El archivo encriptado así es imposible de descifrar sin la clave, y no se puede romper la clave en un tiempo razonable porque hay demasiadas combinaciones.

—¿Cómo pudiste entonces acceder tan rápido a la tarjeta?

—La parte más débil de todo sistema de seguridad es el usuario. Inserté la tarjeta a la computadora que me

traieron, y el programa administrador de contraseñas insertó automáticamente la clave. La cual estaba demasiado complicada, debo decir: «The descending faucet experiments underneath the unsuitable exponential.»

—¿Y qué has averiguado? —podía ver la cara de exasperación de Río reflejada en el monitor.

—¿Qué quieres saber? Estados de cuenta, movimientos, citas, casos, contabilidad... guardó todo en el mismo archivo. Incluyendo su agenda: la última anotación dice: «Noviembre 20:55. Caso Black.» Y el caso Black tiene un plan cuidadosamente anotado para incendiar una casa y recuperar ciertos documentos. Está tan cuidadosamente trazado que incluso toma en cuenta las posibilidades: «Si el viejo está en casa.» «Si la jefa está en casa.» «Si la casa está vacía.» «Si los dos están en casa.» Hay una anotación: «No darle la espalda a Zerga nunca.»

—¿Hay algo relacionado con drogas?

—Toneladas. Archivos cuidadosos que describen cómo sintetizar cualquier droga de diseñador inventada desde 1932 hasta hoy. Advertencias de por qué algunas son peligrosas para su consumo si no se purifican. Descripción de métodos de purificación rápidos y relativamente confiables, o lentos y muy confiables. Todo cuidadosamente catalogado.

—Diablos... incluso para el crimen era igual de ordenado que en sus investigaciones. ¿Y en cuanto a travestismo?

—Se asesoró perfectamente bien para pasar como una mujer con varios transexuales. Hay una bitácora en la cual detalla el proceso, para «posterior referencia». Decía que era tan bueno en su trabajo que incluso engañó al hermano de su intermediario.

—¿Algo más que creas relevante?

—Sí. Busqué palabras algorítmicamente poco relevantes y aparecieron algunos mensajes que te pueden interesar.

También descripté todo para que puedas leerlo a tu tiempo y con calma.

—Podría besarte, Botones... —dije.

Río lo abrazó por la espalda y le plantó un beso en la mejilla. Estoy seguro que a Botones se le fueron los calzoncillos al piso.

Los apuntes de Oates resultaron extremadamente valiosos. Unas cuantas direcciones aparecieron, y Belkys organizó algunas redadas. Una de ellas resultó ser el premio mayor: encontraron un laboratorio de drogas sintéticas y un sándwich mordisqueado, aún fresco. Batieron la zona —una zona económicamente deprimida— y se encontraron con Zerga, que no iba a dejarse atrapar tan fácilmente. El informe del forense indicó trece disparos antes de que cayera fulminado... incluyendo dos disparos en la cabeza.

También encontró extensivo daño en las venas del brazo izquierdo. Zerga se había hecho adicto al krokodil, rompiendo la primera regla de todo buen narcotraficante: «No consumas tu propia mercancía.»

El caso parecía haber llegado a un callejón sin salida otra vez.

32 MORGAN

Cualquier investigador sabe que si un caso no avanza, es tiempo de cambiar de caso. Soyuz, Inc. había recibido ya varios cientos de cartas detallando métodos para pagar y recuperar a su CEO, pero que no resistían el mínimo escrutinio. Todos fueron revisados por la policía y decenas de arrestos tuvieron lugar. A muchos bromistas se les quitaron las ganas de burlarse cuando un equipo SWAT llegó a visitarlos.

Esa noche, mientras estábamos cenando, nos llegó una llamada de Babs. Una nueva transmisión acababa de iniciar, y los secuestradores estaban muy enojados por la interferencia de los bromistas. También aumentaban su exigencia a 3000 millones y para mostrar que no bromeaban, mostraron al industrial, sin capucha, malnutrido y enfermo, y le hicieron un profundo tajo en un brazo pero sin llegar a hacer un daño real. Dejaron que la sangre corriera antes de que la transmisión fuera cortada.

Tampoco esta vez la transmisión original pudo ser trazada, y peor aún, los orígenes ahora diferían, ninguno de las cuales estaba cerca de Morgan Park. De cualquier modo Morgan Park ya había quedado descartado, al confirmarse la no participación de Blotta. Alguien usaba su software, pero no lo había desarrollado. De nueva cuenta nuestro topo nos parpadeó en morse un mensaje.

«No nos hemos movido de nuestro lugar. No me puedo acercar al servidor. No confían en mí.»

No había modo de avanzar. No sin conocer la identidad de los secuestradores. Había que obligarlos a salir de alguna forma.

Era tarde y Bea se había quedado dormida en el sillón de mi oficina. La desperté para que se fuera a descansar al departamento. Yo seguía necesitando ese trago, y decidí salir. Río me serviría de tapadera.

33 TREINTA Y TRES

Me miré cuidadosamente al espejo antes de entrar. Estaba como para partir plaza: había hecho bien en quedarme con el disfraz de abogada. La minifalda ejecutiva sufrió un dobléz adicional de cinco centímetros, dejando al descubierto una generosa porción de piernas. Mis piernas me llenaban de orgullo en ocasiones como esa. Para que se notara que venía en plan de marcha y no en plan de trabajo, dejé mi cabello cuidadosamente desarreglado. Mi reflejo en el espejo del auto me sirvió para comprobar mi imagen. Cualquiera podría enamorarse de Río Castellanos. Qué demonios: incluso yo podría enamorarme de mí.

Entré en medio del bullicio del pequeño bar, y me dirigí a la barra. Nadie me reconoció, pero todas las cabezas masculinas se giraron a verme: podía sentirlo. Me senté en el taburete frente al cantinero y me quedé en silencio.

Gunther se giró a su debido tiempo, colocó un posavasos frente a mí y me preguntó, por mi nombre, qué quería tomar.

—Un Manhattan —le pedí, con una sonrisa traviesa en los labios. Ese bar jamás tenía licores: sólo cervezas caseras.

—Una chica tan bonita como tú no quiere un Manhattan, Rosario.

—Río. Dime Río, por favor.

—Una chica tan bonita como tú no quiere un Manhattan, Río.

—Bueno, recomiéndame algo. Quiero celebrar.

—Parece como si tu padre se hubiera muerto —dice, lanzando un golpe bajo deliberado.

—Nada de eso. El viejo está sano y salvo. No dudes que incluso te esté mirando en este momento.

—¿Celoso?

—Digamos que me cuida mucho.
—¿Qué celebras?
—Que resolví dos casos importantes y estoy a punto de resolver el tercero.
—¿Ah, sí?
—Sí. Mucho dinero. Podré comprarme una casa nueva.
—¿Qué le pasó a la vieja?
—Oh, casi nada. Un accidente relacionado con unos huevos, un frasco de aceite de oliva y una sartén demasiado caliente.
—¿Quemaste tu casa, Río?
—Mi hermana.
—No te escuchas preocupada.
—Preocupada no, pero sí sedienta.
—Creo que tengo la bebida ideal para ti. Espero te guste la cerveza oscura.

Sirvió un tarro con una bebida negra como el espacio. La espuma cremosa de arriba le daba la impresión de una malteada. El tarro estaba frío. Cuando me pasó el tarro, Gunther tocó mis dedos de manera sutil. Lo noté, y sonreí. Es un viejo rabo verde. Creo que jugare con él.

—Pruébala —me dice. Hay cierto fuego en sus ojos.

Le doy un sorbito a la cerveza con el objetivo de probarla, o eso parece. En realidad trato de encontrar algo que no debería estar ahí. Ah, lo encontré. Sonrío sin malicia —me ha tomado años aprender a fingir honestidad— y paso el trago. La cantidad de rohypnol que puso no me afectará demasiado si juego bien mis cartas.

—¿Qué te pareció?

—Es como una rebanada de pastel de chocolate líquido.

—Lo preparé con chocolate auténtico. Es delicioso, ¿no es verdad?

—Es la primera vez que bebo algo tan delicioso.

—¿Y bien? ¿Por qué no me cuentas cómo fue tu caso?

—¿Cuál de los dos?

—Los dos.

—Debo empezar por alguno. Dime. ¿Sabes que me siento muy bien hablando contigo?

—Debe ser mi magnetismo.

—¿Por dónde empiezo entonces?

—¿Qué te parece por tus avances en el caso Soyuz?

Sonríe de oreja a oreja y lo miro con ojos traviosos.

—Sabía que me pedirías ese.

—Eres buena detective, Río. ¿Qué has averiguado?

Miro a un lado de la barra y al otro. Le hago una seña con el índice y me le acerco. Quedamos cara a cara, a menos de cinco centímetros. Sé que puede oler mi perfume, incluyendo las feromonas que me rocié antes de entrar.

—¿Puedo tener discreción de tu parte?

—Los cantineros y los curas respetamos el secreto de confesión.

—Escucha claramente. Hemos encontrado dónde tienen secuestrado a Soyuz. Mañana a las siete de la mañana vamos a hacer una redada. No hemos avisado a la policía, porque los herederos nos van a pagar quinientos millones por liberar al viejo.

—Eso es mucho dinero.

—Es mucho menos que los tres mil que piden los secuestradores. Para ellos es una ganga.

—¿Y sabes dónde están?

—Hasta el último milímetro. Pero no puedo decirte más: las paredes oyen.

—No en mi bar.

—No me gustaría que mi competencia se enterara.

—¿Por qué los de Squire habrían de enterarse?

—Porque plantamos un topo en su organización. Nos ha dado todos los movimientos y sabemos lo que planean. Si se enteraran de cómo lo hace... no quiero ni imaginármelo. ¡Todos esos millones!

—Anda, cuéntame.

—No. Ya he hablado demasiado. Dios, me siento tan... excitada.

—¿Por qué no me lo cuentas en mi departamento? Es muy cerca de aquí.

—No, travieso, no. Pero mañana puede ser tu día de suerte.

Me levanto y me voy. Esbozo la misma sonrisa del gato que cazó al ratón. Puedo ver que él está deseando hacer algo más conmigo. Su plan hubiera funcionado de haber bebido la cerveza... en cambio, el mío funcionó a la perfección. Acabo de sembrar una trampa y no se dio cuenta.

Salgo de ahí con dos cosas en claro: es preciso que vigilemos de cerca a Gunther, y Gunther sabe más de lo que cree. Nombró el caso más importante de mi oficina y no lo había contado nunca. Akane había estado haciendo horas extra y no había entrado al bar desde que me llevo por primera vez, así que logró plantar un bicho en la oficina... o Akane es el topo en realidad. Pero Akane no está enterada de los últimos acontecimientos, y Gunther sí. También es evidente que el rohypnol en la cerveza estaba pensado para hacer algo más... y si no hubiera empleado feromonas en el perfume seguramente me hubiera terminado atacando. Ni siquiera se dio cuenta de que no me bebí la cerveza, mucho menos que no se la pagué. Es obvio, al menos en mi perspectiva, que Gunther sabe más de lo que parece. Ahora que he sembrado la semilla de la duda, sólo me queda esperar a que germine. Si está coludido con los secuestradores, haré que éstos salgan de su escondite. La red de seguridad que Botones está monitoreando debe ser capaz de detectar a una persona en tan mal estado como Soyuz. No puede salir caminando por su propio pie. Forzosamente lo deben ayudar a caminar, al menos una persona. Si Gunther está coludido, llamará a la brevedad y el movimiento empezará en cualquier momento. Agradezco también que Botones haya tenido la precaución de diseñar una estrategia de comunicación unidireccional que pueda monitorear desde cualquier lugar sin necesidad de revelar lo que queremos saber.

Estoy afuera del bar. Miro a Gunther y le lanzo un beso y guiño el ojo antes de cerrar la puerta. Tecleo algo en mi teléfono y lo guardo. Alcanzo a escuchar el peculiar sonido que hace un teléfono al recibir una actualización de estado. Bingo. Me voy caminando hacia mi auto y lo pongo en marcha. No voy a casa: voy a la estación de policía. Belkys me está esperando en el lobby.

Recibió mi mensaje:

«Conocí al hombre más maravilloso del mundo mundial y creo que me voy a enamorar ^.^ »

Es el smiley lo que marca a Gunther como el tipo a verificar.

Botones tiene rastreado el teléfono de Gunther. Inmediatamente haber salido, envía un par de mensajes a otras personas. Son teléfonos prepagados, así que rastrearlos será punto menos que imposible. Esos teléfonos cambian de mano con frecuencia. Los mensajes son un tanto misteriosos, pero también elocuentes. El primero es «Se me escapó la polla.» El número al que lo envía es al de Zerga. Ahí se demuestra su participación en el ataque a mi oficina. El segundo dice «La pizza va en camino.» Es una frase en clave estúpida, pero no son las velas más brillantes del candelabro los que planearon el secuestro. Tienen entrenamiento de inteligencia militar, eso lo saco en claro, pero siempre fueron segundones incapaces de pensar por su cuenta. A lo sumo mimetizan el actuar de su jefe. Botones y la red de vigilancia ya están preparados para buscar cualquier movimiento sospechoso. Es increíble la cantidad de frikis desocupados de los que dispone en caso de emergencia.

Belkys y yo vamos a ir con el equipo SWAT. Me prestan un uniforme, me asignan una clave temporal y me ayudan a ponerme el uniforme. Es pesado y me sienta como un tiro, pero me protegerá. En cambio Belkys nació para portar el uniforme. Verlo dar la explicación sobre lo que sucede es fascinante, es como si no hubiera nunca dejado las calles. También sabe cuándo retirarse: el capitán del equipo SWAT es el que discute la táctica con todos. Nos hace participar. Le digo lo que vale la pena que sepan y me guardo la información esencial. Sólo le hago hincapié a todos que deben concentrarse en detener a los secuestradores, mas no matarlos, si queremos resolver el caso. Y les hago saber que nuestra víctima seguramente estará vestida de la misma manera que los secuestradores para confundirnos.

La táctica del líder es impecable. Debemos atacar no en el lugar del que van a salir sino el lugar al que van a llegar. Si los encontramos, claro. Son las cuatro de la mañana cuando Botones nos comunica el sitio del que salieron y hacia dónde van. Está completamente seguro de que son ellos. Cuando llegan a la nueva casa de seguridad y se encierran es cuando entramos en acción. Belkys y yo entramos al último, cuando ya no hay tanto riesgo. Encontramos a ocho secuestradores y a un secuestrado. Al remover las capuchas encuentro a Gunther. Lo miro con desprecio. Gunther me sonrío con malicia y aprieta la quijada con fuerza. Cuando reacciono ya es demasiado tarde: ha mordido una cápsula de veneno. Los demás hacen lo mismo, excepto uno. Siete cuerpos caen. El octavo, con lágrimas en los ojos, ruega nuestro perdón y me dice que la cápsula se romperá en cualquier momento. Le abro la boca y trato de sacarla. No puedo: la cápsula está en una posición imposible. Me quito los guantes y trato de poner un pañuelo para contener una eventual explosión del veneno. La cápsula explota justo en ese instante. Aunque la mayor parte ha quedado en el pañuelo, algo ha tocado la

boca del topo. Su boca se paraliza y comienza a tener problemas para respirar casi de inmediato.

La camioneta la manejo yo, en persona, en modo manual, con rumbo al hospital más cercano. Confío en que mi suerte no se nos agote antes de llegar al hospital. El topo echa espuma por la boca. Apenas entrar el topo cae en parálisis cardiorrespiratoria. Se llevan mi pañuelo al laboratorio mientras tratan de revivir al topo. No me dan esperanzas de que sobreviva. Un rato después me informan que el veneno era tetrodoxina prácticamente pura. La neurotoxina más peligrosa de la Tierra. 0.5 miligramos bastan para matar a un humano de manera instantánea. En la cápsula cabía un gramo.

Ross y Bea llegan a recogerme un rato después. La pregunta es sencilla: ¿Qué pasó?

La respuesta, en cambio, no lo es.

34 LEX

Las paredes oyen. Eso le dije a Gunther, y eso sucedió. Si hay un topo en mi oficina, ¿quién será? ¿Akane? ¿O acaso el hacker idiota logró poner un bicho? Los aretes de Río reventaron en el microondas, ¿o no? Si Gunther estaba enterado, pero era prácticamente la primera vez que me veía, ¿cómo es que venía preparado? Akane es mi principal sospechosa. Pero entonces recuerdo que Gunther llamó al teléfono de Zerga. ¿Por qué llamarlo? Estaba muerto, ¿o no? Son demasiadas preguntas sin respuesta y demasiado complejas para hacerlas antes de desayunar.

Ross y Bea me llevan con Miss Margaret. Voy en el asiento trasero. Puedo ver en el espejo retrovisor que Bea y Río van abrazadas. Ross, en cambio, lleva las manos firmemente adheridas al volante, la vista en el camino. Cuando llegamos me siento en mi silla con desgana. Margaret lo nota, y me hace beber una taza de té bien cargado y una rebanada de pan tostado con mantequilla y mermelada de naranja. No se despega de nuestro lado hasta averiguar qué pasó. La miro a los ojos. No nos queda más remedio que contarle la historia. Es Río quien le cuenta todo.

—Dios bendito —dice Margaret—, nunca lo hubiera creído de ese hombre. La última vez que vino, hace un mes, estaba muy contento. Decía que por fin se iba a retirar del negocio. No lo puedo creer.

—¿Vino hace un mes?

—Sí. Trajo a unos muchachos, lo recuerdo bien porque tuve que enseñarles a tomar el té. ¡Tres cucharadas de azúcar! ¡Habrás visto semejante ofensa!

—¿Crees que pudieras identificarlos si los ves, mamá?

—Nunca olvido una cara, querida.

Saco el teléfono de Río y busco los archivos de inmediato. Se los enseño.

—Bondad graciosa, sí. Él y él.

Señaló a Zerga y a Oates.

—No te sientas mal, Río. No tenías forma de saberlo.

—Se supone que no pasa nada en la oficina sin que me entere. ¿Quién logró engañarme de ésta manera? Por más que le doy vueltas al asunto, no hay bichos en la oficina, no hubo fugas de información excepto de Zerga y Oates, e incluso Oates se cuidó mucho de decirle a Zerga todo lo que sabía porque desconfiaba de él. Si Akane no fue la que soltó la sopa —y tienes que admitir que se defendió bastante bien— ¿quién más pudo haber sido? Ninguna otra persona en la oficina tenía acceso a todos los datos al mismo tiempo, y todos los movimientos salieron de mi oficina, la cual está limpia. ¡Nadie más pudo haberse enterado de lo que planeábamos hacer!

—¿Estás completamente segura de eso?

—Sí.

—Escúchame, hermana...

—No me llames hermana, hija.

—No soy tu hija, Río. Respira profundo. Cálmate. Relájate. ¿Me vas a escuchar?

—Lo siento. Son los nervios.

—Río. ¿Estás completamente segura de que nada ni nadie tuvo acceso a nuestros archivos o a nuestra conversación?

—Nadie fue.

—¿No comentaste nada de nada con nada ni nadie?

—Nada. Todo lo que hicimos tenía código de seguridad.

—¿Quién o qué tiene acceso a esos códigos de seguridad?

—Solo los libros. Ni siquiera mi secretaria puede leerlos.

— ¿Tu secretaria tiene acceso a los archivos?

— Carajo...

Lo había pasado por alto.

Las obras de remodelación iban bastante bien, y el pasillo oculto entre mi oficina y la de Río ahora era parte de recepción. No más secretos. Después de esto no me quedaría más remedio que jubilarme... si es que se le puede llamar jubilación a que Río se quede a cargo de toda la operación.

— Simone, te presento a Elliot Cash.

— Mucho gusto, señor Cash.

— El señor Cash será el nuevo encargado de mantenimiento informático de la oficina. ¿Tendrías la amabilidad de mostrarle todos los equipos?

— Con gusto, señorita Río. Tenga la bondad de seguirme, señor Cash.

Botones se puso de pie. Simone se giró para salir, y Botones inmediatamente aprovechó para presionar el botón de apagado, que se encontraba disimulado debajo del cabello recogido en un moño. Simone, mi secretaria, anuncio su inminente apagado y se colocó en el suelo para evitar una caída.

— Es un excelente chasis. Cualquiera diría que Simone es humana. Excepto, bueno, un profesional.

— Solo revísala, ¿quieres? —le dije, sentado en mi sillón de cuero negro, con la luz encendida.

— No te preocupes. Si hay un bicho lo encontraré.

Mientras Botones colocaba a Simone en una silla de ruedas, Akane entró a la oficina.

— La transmisión se cortó hace unos segundos. ¿Qué le pasa a Simone?

Botones y yo nos quedamos viendo unos instantes, y a continuación, miramos a Simone.

Noviembre

Decir que teníamos al enemigo en casa era poco.

35 WILL

Simone yacía en mi escritorio, cada conexión enchufada a cada posible aparato que Botones pudo encontrar, cada panel que podía removerse estaba abierto. La rutina de diagnósticos avanzaba por buen camino. Revisando con ayuda de una lámpara, Botones encontró un receptor de corto alcance que no recibía ninguna señal: supuse que sería el que estaba destinado al arete que le regalaron a Río. En cuanto al software, era evidente que mi paranoia por la seguridad había contribuido a que no obtuvieran información valiosa: mi secretaria archivaba todo, es cierto, pero no tenía acceso a la información. Obtener mi clave de codificación personal era otro asunto y eso era lo que buscaban los atacantes frustrados. Pero lo que no tomé en cuenta fue que, cuando debía hacerle el servicio de actualización a mi secretaria, ella se encontraba vulnerable a un enemigo.

—Aquí está —dijo Botones, señalando en la pantalla una línea.

—No me dice nada.

—Esto es lo que conocemos como un caballo de Troya. Se instaló con una actualización y permite que un tercero tenga el control de tu secretaria. Con esto puedo averiguar desde dónde, aunque no pueda averiguar quién.

—¿Qué tiene ella que ver con la transmisión de los secuestradores?

—Así, a botepronto y a juzgar por lo que parece hacer este bebé, era tu secretaria la que juzgaba qué botnet era la que transmitía en un momento dado. No puedo decir que sea caso cerrado, pero el abanico de posibilidades se cierra.

—Una simple pregunta: ¿Quién pudo instalar esa cosa?

—Alguien en la fábrica es la mejor opción.

Noviembre

—Entonces el abanico de posibilidades se abrió por otro lado.

Si era un complot, había que andarse con cuidado y buscar al eslabón débil. Es lo bueno de los complots: alguien siempre habla.

El topo sobreviviría, nos confirmaron. No sabían si la hipoxia cerebral había causado daños, y eso sólo lo sabríamos si despertaba. Su identidad era un misterio aún. Opté por darle una visitadita al hacker con mala suerte.

Como ya me conocían en el hospital, una ojeada a la placa fue todo lo que necesitaron para dejarme pasar. Decidí que lo mejor que podía hacerse era que Río entrara mientras yo cuidaba la retaguardia. Río entró como una tromba a la habitación del hacker, ante la mirada atónita del policía de guardia, y le dio una bofetada. Asustado, el hacker gritó pidiendo ayuda. Saqué mi arma y la apunté a la entrada, diciéndole al guardia que si llamaba por radio o intentaba sacar su arma sería lo último que haría. Río le dio un cachazo al hacker en el vientre, doblándolo de dolor.

—Qué hiciste con mi secretaria —dijo Río con voz lenta y fría.

—¡Piedad! ¡Mi esposa...! ¡No quiero que muera mi esposa...!

—Qué. Hiciste. Con. Mi. Secretaria —dijo Río una vez más.

—¡Nada, no alcancé a hacerle nada, lo juro!

Un cachazo más. El guardia seguía esperando una oportunidad para actuar. No lo dejé.

—Te lo voy a preguntar una vez más, y si no me gusta la respuesta... —giró el arma, para que ahora el cañón

apuntara al hacker— ...te va a pasar algo muy malo en medio de los huevos. ¿Entiendes? ¿Qué hiciste con mi secretaria?

—¡Nada! ¡Yo no fui! ¡Los de la fábrica...!
Apreté el gatillo.

Una mancha comenzó a formarse en el colchón. Orina. El hacker se había orinado de puro miedo. Definitivamente no había hecho nada con mi secretaria: no hay nada más terrorífico que defender a un inocente.

—¿Los de la fábrica qué?

—¡Los de la fábrica la acababan de actualizar cuando llegamos y se la llevaron a revisión! —estaba sollozando.

—Buen chico. Ahora dime todo lo que sabes sobre el que te contrató.

—Me ofreció un millón. Me dijo que podía aceptarlos o no, pero si no lo hacía, mi esposa moriría. La secuestró. Mi esposa está embarazada y no podía pagar la renta, ¿qué otra cosa podía hacer?

—¿Quién te contrató?

—No lo había visto antes. Era alto. No parecía afeitado, sino lampiño. El traje le quedaba grande. Como si fuera prestado. La voz era muy baja, pero su aliento olía raro. Y tenía un inhalador que usaba con frecuencia.

—¿Te dijo un nombre?

—Señor X. Nada más.

—Ahora te salvaste. La próxima vez no seré una mujer tan indulgente.

La barbilla le comenzó a temblar ante la mirada dura de Río. Ella se alejó. Yo me giré al guardia.

—Ya terminamos aquí. Alegaré circunstancias atenuantes con este muchacho. Ahora, si no te molesta, devuélveme mis cargadores.

No soy idiota. Las armas estaban vacías.

—Llamé a tu ex y a tus hijos —le dije al otro atacante— para decirles que estabas en el hospital. Me hice pasar por un ajustador de la aseguradora.

—¿Por qué tanta bondad conmigo, eh?

—Es lo menos que puedo hacer. No me gustaría que tus hijos tuvieran una mala impresión de su padre. Todo hijo debe tener una figura a la cual aspirar. Algunas son mejores que otras. Te estoy echando una manita.

—Mis hijos no me ven desde que tenían 3 años. Su madre debió llenarles la cabeza de ideas.

—Esas ideas van a desaparecer cuando te vean.

—¿Verme, a mí? Sí, cómo no.

—Saben que vas a morir. Es tu último deseo.

—¿Cómo que voy a morir?

—Tus heridas son graves. Tu accidente lo fue. Tal vez no pases de esta noche. ¿Quieres verlos y seguirme el juego, o no verlos nunca? Después de esta noche no los verás nunca más, pero tendrás una oportunidad en el futuro. Tu nombre quedará limpio cuando salgas. Tal vez incluso conozcas a tus nietos. Tengo contactos. Pero si no me ayudas... bueno, de cualquier modo te vas a pudrir en la cárcel.

Sonreía cínicamente.

—¿De qué fue mi accidente, eh?

—Por lo que veo, se te atravesó un narcotraficante mientras trabajabas como oficial encubierto y te reventó la mitad del cuello.

—¿Así que ahora trabajo para el otro lado?

—Tu decisión. Llegarán aquí en 10 minutos.

—¿Cómo los veré, si se supone que estoy moribundo? Me veo muy sano para estar muriendo.

—Mira.

Río había puesto ya una jeringa en la línea del suero.

—Esto te paralizara. Podrás escuchar todo. Incluso ver si dejas entreabiertos los ojos. No te moverás.

—¿Como lo de la vez pasada, bonita? Todavía me duele al recordarlo.

Río inyectó la sustancia.

—Esta sí que no duele. Y empezará a hacer efecto casi de inmediato.

—¿Qué tengo que hacer esta vez, eh?

—Sólo decirme quién te contrató.

—Hechoooo... —y en ese momento entró en acción el paralizante.

Río lo acomodó lo mejor que pudo, para que se viera como todo un cadáver presentable. Abrimos la puerta justo cuando llegaba la familia.

—Estoy segura de que puede escucharlos —le dijo Río a los chicos—. Le agradecerá saber que vinieron.

—¿Se va a morir mi papá, señorita? —le preguntó la niña más joven.

—No lo sé. Lo único que sé es que tu papá te quería mucho y quería lo mejor para ti. Cometió errores, porque nadie le enseñó cómo hacer las cosas. A él le hubiera gustado verte crecer.

Yo miraba atentamente a la ex. Alguna vez fue guapa. La carga de mantener sola a una familia numerosa había desgastado su belleza. Miraba aún con rencor a su marido. Los niños se reunieron con su padre, llorando en silencio, y hablándole de lo mucho que lo extrañaban.

—Se redimió al final... —le dije a la ex.

—Llegaba drogado a casa y me daba de palizas —dijo ella, la voz amarga.

—Cuando se fue tuvo suerte. Se encontró con mi grupo. Somos de la división de narcóticos. Le ofrecimos ser informante... fue el mejor de todos. Pero, la semana pasada, con lo del secuestro de Soyuz... creo que encontró a los responsables.

—¿Qué le hicieron?

—Krokodil. Le inyectaron una gran cantidad de krokodil en el cuello. No sólo es una droga muy adictiva: también es corrosiva. Hemos tenido varios casos así. La mitad de su cuello desapareció y tiene daño cerebral. No creemos que pase de esta noche.

La ex estaba llorando. Aproveché el momento.

—Quería redimirse. Dejó todo lo que tenía a ustedes. Hay más de 7 millones en sueldos que no podía cobrar, por la naturaleza del trabajo. Irá todo a un fideicomiso para la educación de sus hijos. Y dejó un poco de efectivo. Trescientos mil. Eso irá para usted.

—¿De verdad se va a morir?

—No creo que haya solución.

—Nunca me dijo que trabajaba de encubierto.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con él?

—Hace dos semanas. Me volvió a pedir perdón. Decía que sólo tenía que hacer un último trabajo y volvería conmigo y con los niños, que me demostraría lo diferente que era todo. No le creí.

—Ahora sabe que hablaba en serio.

Ella sollozaba. Los niños también. A mí me había llegado una pieza más en el rompecabezas.

36 GEORGE

Si Lubich había confesado, no veía motivos para que Jones no lo hiciera también. Esperé a que saliera del sopor de la droga y volvimos a interrogarlo, Río y yo.

—Estás lleno de sorpresas, chico. ¿Por qué no empiezas contándome toda la verdad? No eres un profesional, simplemente te gusta hacerte el duro.

—Soy un patán, nena, y nada me hará cambiar.

—Tengo un par de terapias que lo harán, chico —Río comenzó con el dedo meñique, colocándolo en un ángulo poco apropiado y bastante doloroso.

—Un par de milímetros más y eso será una fractura —expliqué—. No quiero que vuelvas a tratar así a una dama.

—Esto no lo hace una dama...

Snap. Ahogué el grito poniéndole la mano en la boca.

—El siguiente dedo es el anular. Duele más. ¿Prefieres retrasar la historia?

—Está bien. Me contrató un tipo alto, delgado, de traje grande, que olía a colonia de naranja. Lentes oscuros, facciones angulares, maquillaje para que no lo pudiera identificar. Usaba un nebulizador. Estoy seguro de que lo usaba para alterarse la voz. Creo que era una mujer. O por lo menos se parecía, si sabes a lo que me refiero.

—¿Qué te ofreció?

—Cinco millones. Lo único que tenía que hacer era entrar a una oficina. El tipo me presentó a alguien que decía que haría el trabajo duro, yo sólo tenía que encontrar a un par de imbéciles que me ayudara a entrar mientras el otro hacía el trabajo. Sólo tenía que encontrar a dos idiotas que me ayudaran, dos —repitió.

—¿Dónde los encontraste?

—¿Dónde va a ser? En Slumdog Road. Toda la escoria de la sociedad vivimos ahí. Llamé a los primeros dos que vi

que no se estaban drogando y les ofrecí medio millón a cada uno. Aceptaron.

—¿Te dijeron a dónde tenías que entrar?

—Sí. A las oficinas de una abogada. Me hizo aprenderme la dirección de memoria y me dio todas las señas de la oficina.

—¿Volviste a ver a quien te contrató?

—Cuando me entregó el dinero.

—¿Efectivo?

—Tarjetas de prepago.

—¿Cuándo?

—El mismo día del trabajo. Llegué una hora tarde porque le hizo memorizar a mis dos estorbantes lo que tenían que hacer. Quería que fuera todo exacto. Y cuando llegamos, otro par de idiotas nos hizo perder el tiempo, dándonos instrucciones de cómo entrar. Como si no pudiera abrir yo cualquier cerradura. Esa pinche hora perdida fue lo que evitó que el trabajo se hiciera bien.

—No supiste a dónde te metiste, ¿verdad?

—Ni idea.

—El despacho no es de abogados. Es de investigadores privados. No tenías oportunidad y el que te contrató lo sabía.

—Ya no puedo caer más bajo, ¿verdad? He tocado fondo —una lágrima se le saltó—. No estudié, no quise trabajar, no amé a mi esposa ni a mis hijos, no pude ser un matón, y me vieron la cara en mi último trabajo. Decir que estoy jodido es poco. Debí haberle hecho caso a mi padre y estudiar para mecánico. Tendría menos problemas ahora.

—A pesar de todo eres un buen hombre. Dime cómo te llamas.

—John Jones.

—Tu verdadero nombre.

Titubeó. Miró a Río a los ojos. Miró su dedo hinchado, sintió el vendaje en el cuello, cerró los ojos. Sé que recordaba a su familia. Lanzó un suspiro desgarrador.

—Sullivan. Gilbert Sullivan.

Le puse una mano en el hombro. Estaba hablando con el hijo perdido del propietario de Sullivan Motors. Tomé su mano lastimada y tomé una vez más el meñique. Con un sonoro «Pop» reacomodé la articulación. Aun así le dolería un rato. Salí de la habitación, dejé al guardia resolviendo su crucigrama, y fui a buscar al médico para explicarle lo sucedido. Después habría que llamar a Belkys y al juez Casas para que autorizaran la búsqueda en casa de Sullivan y Lubich.

Las tarjetas prepagadas que encontramos estaban vacías. A Sullivan le habían visto la cara. El que lo contrató —y tenía ya una idea de quién era responsable— confiaba precisamente que toda la cadena de errores que desencadenó terminaría por hacerle perder la pista a cualquiera. Pero las conspiraciones rara vez son exitosas. Esta vez no sería la excepción. En casa de Lubich la historia era la misma. Pero al menos encontramos una fotografía de la esposa. Tenía seis meses de embarazo y una semana desaparecida. Y según su ginecólogo, esperaba gemelos.

Ahora tenía varios cabos sueltos más. ¿Dónde estaba la esposa de Lubich? ¿Dónde estaba escondido Soyuz? ¿Estaban relacionados los casos Soyuz, Lubich, y Brickell?

Esto se estaba complicando más que de costumbre.

Entonces, por casualidad, revisé el correo de Lubich. Un mensaje destacó: era del cabaret donde trabajaba Ash. Si Lubich no se presentaba esa noche a trabajar, estaría despedido y demandado por incumplimiento de contrato. Valía la pena seguir la pista. Al menos, valía la pena que Río siguiera la pista.

37 JUAN

Saqué mis trapos más inocuos y me vestí para la ocasión. No debía verme como abogada, sino como simple estudiante. El peinado de otra forma, un par de anteojos de diseñador piratas, la ropa sencilla, un cambio de postura... me veía como una mujer diferente. Sólo debía cuidar mi paso. Me presenté al cabaret una hora antes de que abriera. Me entrevisté con el dueño y le expliqué el caso de Lubich... desde otra perspectiva.

—Supongo que no conoces a otro comediante que pueda abrir mi espectáculo, ¿verdad? Ese idiota con mala suerte de Iván era mi esperanza. Si mis clientes se quedan media hora esperando sin hacer nada, platicando nada más, no consumen. Si se distraen, beben. Mis ganancias estaban ahí. Ahora tendré suerte si salgo a mano.

—¿Qué hacía Lubich? ¿Stand-up, slapstick, improv, sketch?

—¿Por qué? Te interesa el puesto, es tuyo. Media hora nada más, con eso me basta. ¿Qué sabes hacer?

—Improv.

—Cúbreme media hora y te pagaré bien.

—No vas a querer que me vaya, nene —dije, mirándolo por sobre los anteojos. Sonreímos y nos estrechamos la mano para cerrar el trato.

—No me falles, nena —dijo, señalándome con el índice.

El camerino era un cuarto de limpieza, pero había un traje. Era de la talla de Lubich, pero me quedaría. Me cambié rápidamente y traté de acomodármelo: a pesar de todo, se me veía favorecedor, aunque las piernas del pantalón quedaban un poco largas. Me miré en el espejo y me vi, disfrazada de vendedora de bienes raíces. No tendría problemas.

Salí en cuanto golpearon la puerta. ¿Necesitaba algo? Pedí que pusieran en el escenario un banco alto, una mesa, una botella de agua y un vaso con ginger ale. Era tiempo de hacer mi mejor actuación.

Entro por un lado del escenario, cargando mi banco, y mi mesa. La cortina sigue cerrada. Me siento frente al público y le doy la espalda. Un minuto así y llamo a un mesero que, muy solícito, me toma la orden. Casi de inmediato llega con un vasito, una botella de agua, y un ginger ale en lata. Le agradezco y permanezco sentada frente al público, aun dándole la espalda.

—¡Voltea, bonita! —grita alguien.

Me giro, y me hago sorprendida ante tanta gente que hay atrás.

—Perdón... ¿Le estoy tapando?

Risas. Me pongo de pié y me dirijo al público.

—Me dijeron que me iban a dar el mejor asiento mejor colocado pero creo que lo tomaron de manera muy literal.

Más risas y aplausos.

—Chico, cuánta gente tan elegante. De saber que estaría aquí me hubiera puesto algo más formal.

—¡Te ves bien, nena!

—Yo lo sé. ¿Por qué crees que me tocó asiento hasta adelante? —El acto empieza a tomar forma—. Vaya, tenemos aquí de todo, ¿no es cierto? En tiempos de nervios cualquiera busca distracciones. ¿Cuántos de aquí están casados?

Algunas manos se levantan.

—¿Y cuántos de ustedes trajeron a sus esposos?

Aplausos y risas. Son míos.

38 JULY

Río se ha ganado todos y cada uno de los aplausos, y sale del escenario treinta minutos después de haber entrado. Tras bambalinas soy yo quien me topo con Ash, ya caracterizada como Víctor Victoria. No hay tiempo de decir nada: le digo que el escenario es todo suyo y que la veré al terminar la obra. Me dirijo rápidamente con el dueño; no quiero que se me escape en el estado de ánimo que se encuentra: sé que está contento: hubo mucho consumo. También noté un vacío entre la concurrencia que me llamó la atención. Es un cliente habitual, me dice, que todavía no ha llegado. Nunca se ocupa su lugar, venga o no venga. Casi siempre viene. No indago más porque no me conviene alertarlo de lo que pretendo hacer.

Hablo con muchos de los actores de la obra. La mayoría son gays o lesbianas, unos pocos transexuales. Todos están contentos con la actuación de Río y se sienten decepcionados porque Lubich no pudo venir. Hablo con el «gánster» antes de que entre a escena.

—Es un buen muchacho. Un poco torpe, pero siempre tenía la sonrisa y un chiste en los labios. Y su esposa, ay, también es una ternura. Le estoy tejiendo unas chambritas —me enseñaron a tejer— para cuando nazcan los gemelos. La pobre, cuántas noches no se quedó sola en casa mientras Iván Ivanovich abría el acto. ¿Una caída por las escaleras, dices? Sí, eso es lo que supusimos que pasaría un día con Iván... con esos pies tan torpes... Una vez traté de enseñarle a bailar pero no pude. No se sentía incómodo bailando conmigo, pero no le gustaba, y tampoco pudo bailar con Renée ni con Sandrita ni con nadie. En realidad no se sentía cómodo más que con su esposa. Yo los presenté, ¿sabes? Hace mucho, antes de darme cuenta de

que a mí me gustaban más los rifles que las trincheras. Y pensar que estuve a punto de meterme al ejército... pero ya tengo que entrar. Me dio gusto hablar contigo. Te veo después, ven a tomar una copa con nosotros, es una tradición...

Pensé que nunca se callaría. Pero me ha dado mucha información y ni siquiera tuve que interrogarlo. Repito la misma historia con todos los miembros de la tropa que conocen a Iván y la noticia se corre como reguero de pólvora. No encuentro ninguna pista sólida, pero ya tengo una historia de fondo completa para Lubich. Solo es cuestión de encajar las piezas del rompecabezas.

Nadie conocía a Zerga ni a Sullivan, aunque Oates se encontró con uno de los travestis para mejorar su técnica. Según Luly, su «nombre artístico», Oates podía pasar por mujer sin mucho problema, pero su voz era patéticamente masculina, incluso en falsete, y nunca pudo entrenar la voz. La única manera de que su voz fuera aguda era aspirar helio, y eso no era precisamente lo más fácil de hacer sin que se dieran cuenta. Otra cosa era la manzana de Adán, que ocultaba poniéndose una mascada o cuello alto y cerrado, y aun así agachaba la cabeza. La última vez que lo vio dijo que tenía una cita y tenía que verse despampanante. Lo ayudó a vendarse el pecho para que pudiera usar un vestido con escote, y maquilló el cuello para que la manzana de Adán no fuera tan evidente, pero la voz no podía ser ocultada. Eso explicaba, para mí, el uso del nebulizador. Estaba representando el papel de una mujer que imitaba a un hombre imitando a una mujer. Había tomado la idea de la obra. Por eso tanto Sullivan como Lubich pensaban que se habían topado con una mujer disfrazada de hombre: fue la mejor representación de su vida.

Al finalizar la representación la tropa en pleno celebró la mejor representación de la historia. Hacían lo mismo noche tras noche, me dijo Luly. Ash se me acercó y comenzamos a platicar. Mientras le contaba cómo fue la actuación de Río le pregunté, como anécdota, que había notado un espacio vacío.

—¿Lo notaste? Es el del doctor Villaraigosa. Casi nunca falta. Con ésta son tres funciones al hilo y ya me preocupó.

—¿Por qué?

—Digamos que tiene sus queveres con algunos de mis coprotagonistas. No debiera decirte nada, en realidad.

—Los investigadores privados también tenemos principio de confidencialidad. Déjame adivinar: ¿No ha salido del closet?

—No es eso. Bueno, sí hay algo de eso. En realidad no sé cómo explicarlo. Creo que se enamoró de los personajes de la obra y no de los actores.

—Ah...

—Y bueno, cuando está de buenas...

—¿Follan?

—...sí...

—Ah... ¿Y tú...?

—No, ¡yuck! Primero que nada no es mi tipo, y segundo, no se enamoró de mi personaje.

—Curioso, tomando en cuenta que Victor Grazinski y Victoria Grant son el protagonista principal. ¿Los gánsters...?

—Pues... sí.

—Ah... ¿juego de rol?

—No les he preguntado. No es que me importe, ¿sabes?

—La curiosidad mató al gato y es el pan de cada día del investigador.

—¿Y bien? ¿Te vas a quedar con el trabajo?

—Yo creo que no. Al menos no de manera permanente, sólo hasta que encuentren a otro reemplazo. Y tengo mucho trabajo por hacer.

— ¿De verdad?

— Mi agencia es una de las mejores, si no la mejor. Tengo que mantener el estándar.

Sonreímos. Prometo regresar y le digo que le debo una cena.

Al salir, me encuentro con el dueño. Está encantado y quiere que me quede. Le digo que tengo qué pensarlo. Mi otro trabajo no tiene precisamente el horario ideal. Está dispuesto a pagarme el doble. Le digo que no puedo hacerle eso a mi jefe, pero que no se preocupe: en mi otro trabajo no soy precisamente su competencia. Solo le prometo que si tengo tiempo libre, o vacaciones, le llamaré.

— Conozco a algunas personas que podrían mejorar las condiciones de tu contrato, si sabes a lo que me refiero. ¿Para quién trabajas?

— ¿Conoce al propietario de la Bodega?

— No, ni siquiera me suena el bar. ¿Es con él con el que tienes problemas?

— Sí. No. Es sólo que...

— No me digas más. Llama a este número. Él se encargará de todo.

Leo el número. Es el de Oates.

39 SOFÍA

De regreso en el departamento. Estoy cenando algo mientras Bea trabaja en sus perfiles psiquiátricos. Haciendo una pausa, Bea me dice que logró convencer a los de la aseguradora de que no queremos el dinero sino que se repare la casa, y además los bomberos aseguraron que la casa en sí tiene menos daños de lo que pensábamos y es segura. Le cuento lo que averigüé en el cabaret y, al terminar, agrega algunos datos a su investigación.

—Bingo—dice señalando algo—. Ahora todo encaja mejor.

—¿Qué? —digo.

—Mira, aquí tengo los perfiles psicológicos de todos los que estamos enredados en la investigación...

—¿«Estamos»?

—Sí, estamos. Incluyéndome, lo que no ha sido fácil. Soy un manojo de nervios en ocasiones y en otra muy valiente. Mis hormonas todavía no están bien equilibradas...

—Sin detalles técnicos.

—Bueno, pues aquí lo tienes. Cada línea representa una persona. Estamos todos. Aquí está Soyuz, que está muy incompleto; éste es Zerga, aquí está la nueva línea modificada de Oates... Las líneas cortadas son de los que se murieron, las punteadas de los que no estamos seguros, las enteras de los que siguen vivos.

—¿Cómo funciona esto?

—Tocas la línea y aparecen los datos. Arrastras las líneas y haces relaciones por tiempo y espacio... Mira, Río, ésta eres tú.

—¿Qué dice?

—Está organizado todo por edad, sexo, género, personalidad, salud, gustos, etcétera. Por ejemplo, aquí

tengo que eres una mujer sana, atractiva, inteligente, con personalidad predominantemente tomboy...

— ¡Hey!

— Ríe, van a ser dos semanas desde que te conozco y ya sé que en tu boda el traje lo vas a llevar tú.

Comencé a reír. El análisis, a pesar de todo, era acertado.

Volví a soñar. Esta vez seguí a las líneas en la niebla, caracoleando, entrelazándose, avanzando como pequeñas serpientes, hasta caer en un vacío inmenso. Me lancé, siguiendo las líneas. La niebla clareaba. Estaba a punto de llegar al suelo cuando éste se convirtió en una pared. La misma pared que había aparecido en los videos. No podía girar la cabeza: era una sensación hipnótica. Pero podía girar los ojos: había otras dos paredes. Podía verlas con total claridad: todos los detalles estaban ahí. Pero la puerta estaba atrás. Quise girar la cabeza. No podía. Sabía que debía ver la puerta, pero no podía.

Y desperté.

Pero ya había visto esa pared antes. ¿Dónde?

40 ANDREW

Es de mañana. Voy con Ross a ver a Brickell. Sigue siendo él. Según Ross el hecho de ser hermafrodita no le ocasionará ningún problema; lo que si puede suceder es que haya un embarazo no deseado; así que le ha recetado anticonceptivos. Con los anticonceptivos, dice Ross, el balance hormonal quedará exactamente igual que antes de la reconstrucción. Vivirá una vida larga y sana si se cuida y recibe atención médica. Brickell está conforme. Aun no recuerda lo sucedido en los últimos días y tal vez nunca lo recuerde, pero lo que tiene perfectamente en claro es que no piensa seguir con la terapia de reemplazo hormonal y volverse hombre. Es una persona única como está y así quiere quedarse.

Brickell será dado de alta en dos días. Una llamada rápida al hospital donde está internado Blotta confirma que saldrá también en dos días. Es el momento ideal para un reencuentro familiar. No será un reencuentro tranquilo. Me muero de ganas por presenciarlo.

Botones terminó el análisis forense de mi secretaria. Lo que encontró facilitó mucho las cosas: había unas pocas redes que se encargaban de recibir la señal principal y a partir de ahí distribuirla: todas pasaban por mi secretaria, que la recibía de una red ofuscada pero única. También transmitía de regreso todos los datos nuevos. En esencia, era un topo dentro de mi oficina. Un topo que nunca se cansaba y nunca daría señales de ser un topo.

Faltaba sólo identificar la dirección ofuscada pero sería cosa de niños: sólo había que encontrar la clave de encriptación, la cual estaba almacenada en memoria y se

enviaba de manera remota desde un puerto local. Seguramente la había introducido el mismo que actualizó el software de mi secretaria.

Una rápida investigación con el distribuidor nos llevó a la conclusión de que el tipo que había sido el encargado de actualizar a mi secretaria estaba en el hospital: nuestro topo. Y aún no sabíamos si iba a sobrevivir. Decidí ir allá, de cualquier manera.

Entré a su habitación. En su calidad de testigo protegido y posible participación, un policía estaba afuera; el médico acababa de entrar. Una rápida charla con él y entramos. El paciente estaba dormido, profundamente dormido, pero sin sedantes. El médico temía que hubiera daño cerebral, tomé asiento y me quedé esperando a que el médico terminara su diagnóstico. Salió, y decidí quedarme un rato más. Estaba tan cansado que me dormí.

Lo primero que Kurt MacNamara vio al despertar fue el techo. Lo segundo fue, a su derecha, la bolsa del suero. Río estaba a su izquierda.

— ¿Te conozco? — fue lo primero que dijo.

— No que yo sepa.

— ¿Dónde estoy?

— En el hospital. Te vas a poner bien.

— ¿Eres la enfermera?

— No. Estoy investigando un secuestro y estás entre los implicados.

— No fue una pesadilla, entonces.

— No.

— ¿Dónde están los otros?

— Muertos.

— ¿Todos?

— ¿Cuántos eran?

— Ocho.

Noviembre

— ¿Incluyéndote?

— No. Supongo que eso me haría el nueve.

— ¿Sabes dónde estaban?

— No. Me pusieron una golpiza y cuando desperté a estábamos en la casa de seguridad. Luego me obligaron a ponerme una capucha y fue cuando... cuando...

— Cuando llegó el SWAT.

— Sí.

— Muy bien. Descansa. Voy a hablarle al médico.

— ¿Qué va a pasar conmigo?

— Por ahora, eres testigo protegido. Si no me has mentido.

— ¿Eres de la policía?

— Peor: soy investigadora privada.

Cuando nos marchamos el médico llegó. Le platiqué lo sucedido. La sonrisa de alivio del médico me dijo todo lo que necesitaba saber.

Me faltaba entonces una persona. De una banda de nueve, siete estaban muertos por iniciativa propia, y una se había salvado por casualidad. La novena persona no debía tener el implante venenoso, porque de otra manera ya estaría muerta. Supuse que sería el líder de la banda. Belkys y un par de patrulleros me acompañaron a revisar las dos casas de seguridad. En ninguna había nada que pudiera recordar, bajo ningún encuadre posible, el fondo que veíamos en la transmisión. Ese fondo seguía figurándoseme conocido. Las biografías de seis de los otros miembros de la banda, con excepción de Gunther, no eran relevantes para nada. La participación de Gunther por sí misma era un misterio. No me había perdonado nunca que me casara con Abril cuando regresamos de la guerra; tampoco me había perdonado que Rosario hubiera preferido mi compañía a la de él, aunque nunca hubo una

relación que pudiéramos llamar romántica. Simplemente los dos estábamos solos y queríamos acompañarnos en nuestras soledades.

Me quedé meditando un rato en la sala de espera con un vaso de agua en la mano. Podía ver claramente a Río reflejada en la puerta de la entrada de urgencias. La enfermera de admisiones despachaba su trabajo. No era un día de mucha actividad. De pronto noté que una niña se sentaba a la derecha de Río. Miré hacia abajo. Era una niña de cabellos rizados y muy negros, ojos azules, y un vestido rosa que la hacía verse más como una muñequita de porcelana que como una niña. La conocía. Le jaló la manga y se puso a conversar.

— ¿Me puedo sentar contigo?

— Sí. ¿Dónde está tu mamá?

— Mi mami vino porque voy a tener una hermanita.

— ¿Y tu papá?

— No sé. Mi mami dice que no tuve uno.

— ¿Por qué?

— Dice que los hombres no son buenos.

— Eso no es cierto.

— A mí me gustan los hombres. Juegan conmigo en el parque. Luego vienen sus papás y se los llevan a comprar comida y yo no tengo papá y mi mami no me compra nada.

— Esos no son hombres. Son niños. ¿Cuántos años tienes?

— Cuatro.

— Ya vas a la escuela, entonces.

— Mi mami dice que no porque ahí hay hombres y los hombres son malos y me van a querer hacer cosas malas. Pero ningún hombre que conozco es malo. Bueno, unos me quieren jalar el pelo y cosas así pero nada más. Cuando salgo al parque mi mami se enoja y me grita porque no quiere que juegue con ellos pero yo quiero jugar con ellos. No me gusta jugar con niñas, son muy aburridas.

Noviembre

—Bueno, Úrsula, creo que voy a hablar con tu mamá a ver si puedo convencerla de que te deje jugar con otros niños, ¿está bien?

—Sí.

—¿Por qué viniste a hablar conmigo?

—Mi mami no quiere que hable con hombres, y no me gusta hablar con las señoras, pero tú eres una señora que se sienta como se sientan los hombres.

No pude evitar reír cuando escuché a la niña. Le acaricié la cabeza y le dije que iríamos con la enfermera para saber noticias de su madre.

Me acerqué con la enfermera y le pregunté el nombre de la madre de Úrsula. La respuesta, Charlotte Gilman, me sorprendió: era mi vecina. Al preguntarle por su estado, en cambio, la enfermera me dijo que la información estaba reservada a sus familiares. Argüí que la hija estaba aquí, y era demasiado pequeña como para alcanzar el mostrador; además me di el lujo de mostrar la placa. La enfermera, reaccionando, me dijo que sería mejor que hablara con un médico.

Eso anticipaba problemas.

41 ÚRSULA

La madre, una loca que desconfiaba de los hombres, se las arregló para clonarse. Tenía acceso a todo el instrumental necesario para tomar uno de sus óvulos y fecundarlo con el núcleo de una de sus células madre, y realizar el injerto. El resultado: Úrsula. Animada por su éxito, y compelida por el instinto maternal, lo intentó una segunda vez. En esta ocasión no fue tan bueno el resultado. Un pequeño fallo en sus cálculos.

Un ginecólogo hubiera podido ayudarla; pero no quería que la tocara un hombre. Hubiera podido pedir una reasignación a una ginecóloga; pero quien se encargaba de las autorizaciones en la seguridad social era un hombre. No tenía dinero para asistir a una consulta privada; se dedicó a estudiar por su cuenta en incontables horas de biblioteca y descuidó su empleo en el laboratorio. Fue despedida y no podría obtener empleo sino hasta recuperarse del embarazo. Soportaba todos los malestares y molestias con tal de no darle a ningún hombre la satisfacción de ayudarla.

Los dolores del parto eran insoportables. Dos días habían pasado cuando por fin salió de su casa para ir al hospital. No había dilatación, no había roto aguas, no había nada. Se desmayó del dolor. Dos hombres intentaron ayudarla a levantarse: los atacó con las uñas. Uno de ellos la sometió mientras el otro fue por el auto. Estaba enfurecida. Llegaron al hospital y atacó a los médicos. Sólo se tranquilizó cuando llegaron varias ginecoobstetras a atenderla. Un ecosonograma rápido mostró lo que pasaba en su vientre. Era demasiado tarde para salvarla.

Porque Charlotte había realizado todo el procedimiento de manera correcta, pero el óvulo fertilizado siguió de largo. Dejó atrás el útero, avanzando por las trompas de Falopio, y saliendo dejó atrás el único lugar preparado para criarlo. Pero un golpe de suerte hizo que el óvulo fecundado encontrara la cara externa del útero. Tan rica en vasos sanguíneos como el interior, el ovulo se implantó ahí. Y creció, en un embarazo ectópico, del cual el producto no podría salir jamás por sí mismo. Aun con la operación cesárea, la madre ya no tenía oportunidad de sobrevivir. No cuando los movimientos de la bebé habían causado tanto daño en la cavidad abdominal.

—Si hubiera venido antes... —me dijo la jefa de ginecología— ...si hubiera venido un mes antes hubiera tenido un 50% de vivir. Dos antes y hubiera sido el 100%. Hoy sólo puedo rogar porque la bebé sobreviva.

¿Cómo le explicas a una niña de cuatro años que su madre estaba muriendo? Yo no podía. No sabía cómo. Fue Bea la que encontró las palabras exactas para decirle lo que pasaba sin que se enterara de lo doloroso que iba a ser. Úrsula iba a ser la niña grande ahora y debía cuidar a su hermanita.

Era una niña preciosa. Úrsula la cargó unos instantes antes de regresarla a la incubadora. Bea y yo nos quedamos junto a la cama de Charlotte. Su respiración era pesada y lenta. No sobreviviría mucho más: la septicemia estaba demasiado avanzada. La fiebre estaba demasiado elevada. Ni siquiera alcanzaría a llegar al hospital con Ross, para iniciar el tratamiento experimental. No quedaba mucho tiempo.

Entonces despertó. Miró a Bea primero, a mí después, a la ginecóloga al final.

—¿Ellador? ¿Cómo está Ellador?

—Bien, Charlotte —respondí—. Diez dedos en las manos y diez en los pies.

Me señaló.

—Black. Qué bueno que viniste.

—Charlotte...

—Déjame hablar. Quiero pedirte un favor. Sé que voy a morir y no tiene remedio.

—Charlotte...

—¡Que me dejes hablar! ¡Escúchame! Es mi última voluntad. Quiero que críes a Úrsula y a Ellador como si fueran tus hijas. Haz el trabajo que yo no pude hacer. Críalas y quiérelas como si tú las hubieras parido.

—Charlotte...

—Júralo. ¡Júralo! ¡JÚRALO!

—Te lo juro, Charlotte.

Con una última lágrima, cerró los ojos. Su respiración se hizo lenta y superficial. Su corazón palpitó con menos frecuencia. Cuatro últimos y cortos suspiros, y Charlotte dejó de ser.

Nadie pudo evitar llorar esa noche.

42 ELLADOR

Ellador debería quedarse en observación. Los médicos confiaban en que si lograba pasar la noche, viviría hasta la vejez.

—Un bebé es la máquina perfecta de la supervivencia — me comentó la jefa de neonatología.

Quedaba el asunto de la custodia de Úrsula y Ellador. Según el juez Casas tengo buenas posibilidades de obtener la custodia, si quiero. Me resigno a que tras 10 años de no ver a mi hija, ahora de pronto tengo tres. Le echo una última mirada a Ellador, frágil como un cristal, en su incubadora, y salgo para encontrarme con Bea y Úrsula. Ross pasará por nosotros en instantes.

Subimos al auto. Úrsula se queda maravillada: nunca había visto uno por dentro. Su madre no podía costearse uno y siempre viajaban en autobús a todos lados. Me pregunto cómo podía costearse la casa en la que vivía. Ross detiene el auto en la entrada de mi casa. Por el frente apenas puede adivinarse el daño que hay en el interior. Caminamos desde ahí a la casa de Charlotte. Hay que recoger las cosas de Úrsula y averiguar lo que podamos de la madre. Es una casa de una sola planta, un tanto oculta por los árboles. Es totalmente femenina y edulcorada; no hay un rincón que no esté decorado con motivos femeninos. Hay un álbum de fotos: sólo está ella y Úrsula, nadie más. Reviso el archivo de la casa: está a nombre de Charlotte; hay copias de los certificados de defunción de sus padres; hay un árbol genealógico cuidadosamente delimitado: todos hijos únicos hasta la quinta generación. En el certificado de nacimiento de Úrsula aparece «madre soltera, sin padre» y como medio «fecundación in vitro».

Están anotados cuidadosamente todos los pasos que tuvo que realizar para clonar a Úrsula; su nombre es en honor a Úrsula K. Le Guin, una autora de ciencia ficción feminista. Charlotte comparte nombre con una autora de inicios del siglo XX que describió una sociedad en la cual las mujeres se reproducían por partenogénesis: de ahí sacó la idea. Ellador, me entero después, es la protagonista de dos de sus novelas.

Mientras guardamos su ropa en dos maletas noto que Úrsula ha desaparecido. Dudo que esté lejos. Debió ir al parque; después de todo está justo frente a su casa. Voy a buscarla. La encuentro muy pronto: está jugando con un niño. El niño le ha puesto su gorra azul, que contrasta con el vestido rosa, y le dice que le regala la gorra para que tenga algo de otro color. Me acerco, para decirle a Úrsula que ya nos vamos, y me encuentro con alguien inesperado. Es Ash. Viene corriendo, trae ropa deportiva de color verde y blanco, y se ve como un millón de dólares. Me reconoce y se acerca, sonriendo, a saludarme. Le presento a Úrsula, quien, sucia de tierra, se le queda viendo. Entonces sonrío.

—¿Tú vas a ser mi nueva mami?

Ash me mira sorprendida; yo me encojo en hombros.

—Es una larga historia.

Úrsula y su amiguito Bob están jugando en la caja de arena, cuando se acercan Ross y Bea a saludar. Bea se inclina para saber qué están haciendo los niños. Yo me quedo en shock. Reconozco la escena. La he visto antes, en mis sueños. Ash lo notó: me pregunta si estoy bien. Las piezas del rompecabezas están uniéndose poco a poco.

—Una bodega... —murmuro.

—¿Qué?

—He visto antes una bodega por aquí. O un cobertizo.

Las líneas...

Noviembre

—¿De qué hablas? Me estás asustando — dice Ash.

Entonces las miro. Hay líneas en el piso, delimitando ciertas zonas, sirviendo de camino para no perderse en la inmensidad del parque, cortándose, entrelazándose, dirigiéndose al fondo, sin un claro principio, sin un obvio final.

Saco mi teléfono del bolsillo y hago una llamada.

—Belkys: Si quieres volverte comisario mueve tu gordo trasero y trae un equipo SWAT. Sé dónde están.

Les digo a todos que vayan a casa y se encierren. Incluyendo a Ash, por su seguridad. Antes de poder explicar nada, le robo un beso a Ash.

—Para la buena suerte —le digo.

Desenfundo mi arma y sigo la línea verde, azul y blanca del suelo, dirigiéndome al centro del parque: la zona deportiva, la playa del río, la alberca natural después de la cascada. Arriba, varias líneas negras se unen, dirigiéndose al cobertizo central donde se encuentran los talleres de la planta de energía hidroeléctrica que alimenta a toda la zona.

El equipo SWAT llegó y no los escuche llegar: no me di cuenta hasta que Belkys me tocó el hombro y me llamó por mi nombre. Había elegido la misma posición que ellos para vigilar el cobertizo, lo cual fue un golpe de suerte. Me entregó mi uniforme y mientras me vestía los puse al tanto de lo que pasaba. Ese día nadie estaba trabajando, pero había notado cierto movimiento en el cobertizo. Había dos entradas: una pequeña, al norte, que daba al puente de la hidroeléctrica; otra más grande, al oeste, que era la principal. Según recordaba de mis tiempos en que, como estudiante, se me ocurrió venir a explorar la central, el cobertizo tiene dos pisos: todo lo importante está en la parte de abajo: un taller y un almacén. Una pequeña escalera desemboca en un departamento con una única

ventana donde el vigilante podía establecer su casa cuando la central estaba alejada de la ciudad, no como ahora que es parte de ella.

El capitán del equipo SWAT delineó la estrategia. Belkys y yo entraríamos hasta el final, cuando la zona estuviera limpia.

El capitán contó.

Tres.

Dos.

Uno.

43 CINTHIA

Entraron como una tromba por todas las posiciones posibles y establecieron un perímetro de seguridad. Entraron por las dos puertas al mismo tiempo. Nadie parecía oponer resistencia. Declararon la zona segura y nos llamaron: habían encontrado a los rehenes. Belkys y yo entramos entonces. En el segundo piso estaba justo la pared que aparecía en los videos del rescate. Estaba también una cámara, una computadora conectada a la red y un charco de sangre seca. Encontramos a Soyuz, a Cinthia Lubich y a un desconocido, malnutridos, deshidratados y asustados. Tienen algo en el cuello. Una bomba de tubo.

—¡Todo mundo fuera! —grité.

Examiné rápidamente el detonador. Estaba conectado a una caja y no tenía ni idea de cómo funcionaría el mecanismo, pero los varios kilos de explosivo plástico serían suficientes para matarnos varias veces. Los tuve que dejar, prometiéndoles que regresaría con el equipo antibombas. Descendí por la escalera y sentí un fuerte golpe en la cabeza, luego una caída, luego el suelo, luego nada.

Cuando despierto, estoy atado junto a Cinthia. Me duele la cabeza y la boca me sabe a hierro. Trato de no moverme mientras identifico si tengo algo roto. Un ojo me arde: creo que me está escurriendo sangre de la frente. Los oídos me silban. Tengo las manos atadas a la espalda. Por un momento estoy seguro de que fue Soyuz quien me tendió la trampa, hasta que lo veo a mi derecha, con la boca reventada a golpes. Busco mentalmente en mi lista de sospechosos quién puede haber planeado esto. No encuentro a nadie. El desconocido. ¿Dónde está el

desconocido? Está junto a la ventana, amenazando con hacer estallar el cobertizo si un mosquito se atreve a entrar. Sucio y malnutrido, pero no está asustado. Lo que menos está es asustado.

Habla a gritos. Intento mover un brazo. Sigo con el uniforme SWAT puesto y me pregunto si podré quitarme mis ataduras. Mi mano se desliza por la manga, milímetro a milímetro. Silencio. El desconocido me mira. Sabe que desperté y se acerca con intenciones de darme una patada, la cual recibo con la agilidad necesaria para que sienta el golpe sin que me lastime de verdad. Duele todo el cuerpo, pero yo tengo libre una mano. Finjo que me desmayé.

Cinthia contiene un gemido. Espero que no haya comenzado el trabajo de parto. Por más que lo intento, no puedo desatarme. Puedo ver que el desconocido está ocupado llenando con plástico un tubo de PVC y colocando algo, un detonador, supongo. Hago como que no he recuperado el conocimiento cuando me coloca el tubo. Me levanta de un brazo y me arrastra a la ventana: no hago nada por ayudarle. Está gritando.

—¿Ven a la niña? ¡¿La ven?! ¡Me pasa algo y explota!
¡Me pasa algo y explotamos todos!

No hay batería. No pude ver ninguna forma de generar una chispa. No hay olor a explosivo. Está alardeando. Tomo mi decisión en un milisegundo: salto hacia atrás, sorprendiéndolo: en la mano se queda el tubo que me acaba de poner en el cuello. Puedo ver la rabia formándose en su cara. Me abalanzo contra él y lo empujo. Un placaje perfecto. Una tacleada sin igual. Ambos caemos sin control. Él lo hace primero, de cabeza. Yo caigo sobre él. Escucho una explosión.

Todo se pone negro.

44 CUARENTA Y CUATRO

Puedo sentir el sol en mi cara. No me duele nada. Siento que estoy flotando. Que vuelo. Hay una mano acariciando mi cara. Se siente tan bien. No quiero abrir los ojos. Sé que no tengo opción. Los abro. Abril me está mirando. Sonríe y tiene lágrimas en los ojos. Has hecho bien, me dice. Vuelvo a cerrar los ojos. Cuando vuelvo a abrirlos, es Ash quien está conmigo. También está Bea. Y Ross.

—¿Cómo están...? —mi voz es un graznido.

—Bien. Descansa. Te vamos a llevar al hospital —dice Ross. Puedo ver que está llamando a alguien.

—¿Quién...?

—No lo sabemos aún. Sólo que su bomba no explotó como creía. Se rompió el cuello. Está vivo... si es que a eso se le puede llamar vida.

—Duele...

—Te rompiste un tobillo y un brazo. Tal vez incluso el cuello. Claro que duele. Y ahora ninguna palabra más. Te voy a sedar.

Puedo sentir que está inyectando algo en mi brazo. Alcanzo a ver a Ash y a murmurar antes de dormir.

—Ven...

Después todo se vuelve negro.

Despierto. Ross sigue examinándome, delante mío, y no parece darse por enterado de que desperté. Miro a mi derecha y puedo ver a Ash dormida en una silla. A mi izquierda alcanzo a ver a Río: cuello ortopédico, brazo enyesado, pierna en alto. La cara hinchada. ¿Así me veo o es peor? Miro al techo. Hay una lámpara encendida. ¿Qué hora será?

—Buen día, Ric—me dice Ash, que se ha dado cuenta de que estoy despierto.

—¿Eh?

—Puede haber unos problemitas de memoria, Ash —dice Ross, sonriendo.

—¿Cuánto tiempo me dormí?

—Dos días. Tu novia aquí presente te ha cuidado constantemente.

—¿Novia? ¿Quién es mi novia? ¿Ash o Renée?

Ash sonrío. La hice sonreír. A mí me duele sonreír, pero lo intento.

—Ya le conté lo necesario, Ric.

—¿Y tu padre?

—Todavía no sabe que soy yo.

—Se lo diremos cuando le mandemos la invitación a la boda.

—Vino a verte tu hija.

—¿Quién...?

Puedo ver a Bea en la puerta. Empuja una mata de cabello negro. Es Úrsula.

—Hola, pequeña.

—Hola.

—¿Sabes quién soy?

—Eres mi nuevo papá. Y ella es mi nueva mamá —está tomando a Ash de la mano.

—Esa es mi niña —digo, alborotando la melena y tratando de sonreír.

—Quiero que te pongas bien.

—Te lo prometo. ¿Dónde está tu cachucha?

—Se la devolví a mi amigo.

—Ve con tu tía Bea y compra una gorra para ti, otra para mí y otra para tu mamá, ¿está bien?

—Y una para Ellador —dice Bea.

—Es muy pequeña para usar gorras. ¿Por qué no un toque?

—Está bien. Vamos, Úrsula.

Apenas se van, miro a los ojos profundamente negros de Ash y le hago una pregunta.

—¿Y bien? ¿Crees en el amor a primera vista o tengo que volver a pasar frente a ti?

Se ríe y me besa suavemente en los labios. Ross me pregunta si quiero el tratamiento.

—Comparado con la vez pasada, esto son simples rasguños. Creo que me quedaré así.

—Excelente. De cualquier manera voy a sedarte. Necesitas todo el descanso que puedas tener, porque mañana es un día ocupado.

—¿Qué hay?

—Brickell contra Blotta. La fiscalía te llamó. Tu traje estará listo en un par de horas, mejor que nunca.

Puedo sentir la inyección. Antes de dormirme alcanzo a preguntar:

—¿Quién era el de la bomba?

—Es cierto, no te informamos. Un psicólogo al que se le botó la canica. La defensa no pudo llamarlo. Cinthia Lubich tuvo gemelos; prematuros pero sanos. Y el sr. Soyuz se recupera favorablemente.

Cierro los ojos y sonrío. Todo se vuelve negro otra vez.

45 LILITH

Un rato después, cuando despierto, Ross está conmigo. Sentado junto a él estoy yo. O por lo menos está mi traje, que se parece mucho.

—¿Qué demonios...?

—Es tu traje nuevo. Como recién salido de la sastrería, si sabes a lo que me refiero. Éste tiene ciertas ventajas que el otro no y nos va a permitir dar un espectáculo fantástico en el tribunal.

—¿Como qué?

—Lo sabrás mañana. Ahora ponte de pie, que necesito que te lo midas.

Me ayuda a ponérmelo. El dolor de quitarme las escayolas es un precio pequeño por pagar. Me sienta como un guante. Me veo al espejo. Soy yo de nuevo. Me muevo. Es un tanto lento. No importa. Bien visto no soy yo debajo de todas las cicatrices, pero no importa. Es cómodo, se siente bien, se siente vivo. Yo me siento vivo. Me calo mi fedora negra —moverme me duele, pero es lo que se espera de un hombre que ha sufrido lo que yo he sufrido— y me pongo los lentes oscuros. Sólo me hace falta un Montecristo en la boca. Busco en el bolsillo del traje. Ahí está. Lo huelo. El aroma es celestial para mi nariz. Pero debo guardarlo. Lo necesitaré para mañana. La tela del traje cae adecuadamente, un precioso traje azul a rayas de lana virgen.

—¿Crees que pueda dar una vuelta por la calle?

—No queremos arruinar tan bonito traje.

—Sí, tienes razón.

Me miro en el espejo.

Debajo de todas esas cicatrices está Richard Black.

Noviembre

Ric Black.

Ric.

Estoy de vuelta para un último trabajo.

Es de mañana. Tras desayunar nos dirigimos al juicio. Voy en silla de ruedas: es necesario dar la apariencia de fragilidad. Bea me ayuda a ajustarme la corbata, la fedora y los anteojos. Los guantes de cuero negro han sido reemplazados por guantes de cabritilla blancos.

—Te ves muy elegante, papá. No parece que estuvieras acechando por las sombras hace unas horas.

—Lo sé —practico con mi voz cavernosa y ahogada. Soy un hombre viejo y debo parecerlo.

Subimos a la ambulancia de Ross. El viaje al Tribunal es rápido y sin incidentes. Tras identificarnos entramos a la corte correspondiente; el juicio está a punto de comenzar.

El alegato del fiscal es impresionante. El caso está sólidamente plantado y no hay fugas, por lo que parece. El alegato del defensor es aún más impresionante. Tal vez el mejor que el del fiscal. Casi me hace creer que Blotta es inocente y Brickell es culpable incluso del pecado original. Los alegatos se suceden, los testigos avanzan; yo espero con paciencia.

Es mi turno.

Tras los rituales de rigor Ross, en calidad de mi médico de cabecera, certifica que mi estado general es malo y ruega que los procedimientos no duren mucho. Hago un gesto con la mano para callarlo. Me siento como Don Corleone.

Saco, con mano lenta y temblorosa, mi puro. Me lo pongo entre los labios, pero no hago gesto de encenderlo. Aspiro una bocanada de aire con olor a tabaco. ¡Cómo desearía poder encenderlo! Pero es parte del espectáculo.

—No puede fumar aquí, señor Black.

—Su vista es perfecta, señor juez, pero podrá darse cuenta de que no estoy fumando.

—Tiene usted un puro entre los dientes.

—También tengo zapatos, señor juez, y no estoy caminando.

Toda la sala queda callada. Tengo su atención.

—Su testigo, abogado.

—Gracias, señor juez. Mencione, por favor, su profesión.

—Antiguo atleta de pentatlón, profesor universitario retirado, teniente primero de la Naval retirado con honores tras la guerra, miembro emérito del Servicio Secreto, y actual director general de Black Investigadores Privados, sociedad limitada.

—¿Aceptó usted los casos Blotta y Brickell como parte de su trabajo?

—Es correcto. Los derivé a mi asistente personal y socia, la señorita Rosario Castellanos, para su atención personal.

—¿Por qué aceptó usted casos que implicaban un conflicto de intereses?

—En su momento no había indicaciones de un potencial conflicto de intereses. Ni el señor Brickell ni la señora Blotta, mis clientes, conocían que el otro había decidido contratar los servicios de mi agencia, ni nosotros teníamos indicación alguna de relación entre ambos que pudiera ser obtenida de manera inmediata.

—Sin embargo, al enterarse del probable conflicto...

—Asumimos que los casos serían tratados como uno solo, dado que no había motivo para prever antagonismo entre las partes.

—¿Mezcló usted el caso con otros de su agencia?

—Una idea peculiar y sin embargo común en las historias de detectives, abogado, es que el investigador privado de alguna manera termina atrayendo casos que se interrelacionan entre sí de manera directa. Rara vez sucede esto en la práctica. Mi agencia trabaja con varios casos a la vez, pero ésta es la primera vez que cuatro casos pueden pasar como interrelacionados, y sin embargo, no lo estaban.

—¿Puede explicarme esto, detective?

—Permítame puntualizarle algo, abogado. Primero, el secreto profesional de mis casos me permite un margen limitado de acción en estos casos. Sólo puedo referirme a los asuntos en juicio y a ningún otro, para no comprometer la investigación o la confianza que en mí ha depositado mi cliente. Segundo, si me vuelve a llamar detective los dos jóvenes que están cuidando el buen orden y vigilancia de este juicio, el detective Morris y el detective Cabral, tendrán el agrado de demostrarle cuál es la diferencia entre un detective y un investigador policiales y un investigador privado.

—Replantaré mi pregunta. ¿Puede explicarme, sin comprometer la investigación de sus otros casos, la manera en la cual pareciera que los casos estaban relacionados?

—El señor Blotta, su cliente, escribió un programa que fue utilizado en otro de mis casos en curso. La pista no era sólida y hubiera dado lo mismo acusar a un fabricante de herramientas por allanamiento de morada al encontrar un martillo y un cincel en el lugar de los hechos.

—Comprendo. En este caso usted sospechó que los casos Blotta y Brickell pudieran estar relacionados.

—Sí. Se trataba de lo que aparentemente eran dos secuestros independientes. Al encontrarse una relación familiar, de la cual mis clientes no me habían comentado nada y hube que averiguar por mi cuenta, instruí a mi asistente a que siguiera una línea de investigación conjunta. Mi razonamiento iba inclinado a un asunto de drogas, y aunque había cierta relación ahí, el caso no dependía de

ello para su resolución. Era una pista falsa y hubiéramos terminado por cometer una injusticia, como se verá después.

—Entiendo que usted estuvo personalmente investigando.

—No. Estuve analizando, en mi carácter del investigador de más edad. Lo hubiera hecho de no ser por un desafortunado incidente en mi casa, que conllevó a la apertura de un nuevo caso y a mi separación de la empresa.

—¿Dónde estuvo todo este tiempo, señor Black?

—¿Acaso no es obvio? En el hospital. En el ala de quemaduras del Hospital Industrial Rosseau —me quité los guantes con cuidado: el brazo roto aún me dolía— Lo que tengo debajo de la ropa no es precisamente una quemadura solar.

Las manos rojas, surcadas de marcas, hicieron voltear a varios de los presentes. Incluso el juez Figueroa se incomodó.

—A pesar de todo, las quemaduras no fueron lo bastante graves como para impedirme hacer alguna investigación paralela. Hay barrios en esta ciudad en los cuales no enviaría a mis investigadoras, y probablemente a varios de mis investigadores tampoco, por más confianza que tenga en mis habilidades. Por ejemplo, ahora carezco de la capacidad de sentir dolor y mis movimientos son lentos: lo cual me vuelve muy resistente a golpes que incapacitarían a otra persona.

—¿Cómo descubrió el paradero del... señor o señora... Brickell?

—Según me enteré, Mane Brickell prefiere el artículo masculino en estos días, así que le rogaré respete su decisión. No estamos ya en el siglo XX, abogado.

—Perdone, señor Black. ¿Cómo descubrió...?

—Lo escuché la primera vez, abogado. Mane Brickell fue tirado desde un vehículo en movimiento frente a un hospital, moribundo y prácticamente desahuciado. Le

habían quemado grandes porciones de su cuerpo con fósforo rojo, al que prendieron fuego, y krokodil, una droga sintética de fácil manufactura y difícil purificación, que la banda de distribución de drogas estaba experimentando.

—Sin embargo el... señor Brickell se ve muy bien ahora.

—Mi médico puede hacer maravillas con el tiempo adecuado y un poco de suerte. Incluso logró mantenerme vivo tras un incidente del cual se decía que no podría salir yo con vida, así que no hay motivo para dudar de lo sucedido. No puedo mencionar más detalles del tratamiento porque no lo conozco y porque el doctor está esperando únicamente que me muera para publicar sus resultados, para ver si fue exitoso o no el primer tratamiento —hubo algunas risitas.

—Sin embargo, ese tratamiento no le fue ofrecido al señor Blotta.

—El tratamiento en cuestión, que es irrelevante para propósitos de este juicio, si mal no recuerdo ha mencionado el señor juez, es tan experimental que sólo tres personas han sido sometidas a él, con diversos grados de éxito. El pionero fui yo, el segundo me lo reservo por confidencialidad, y el tercero es el señor Brickell. No hablare más de ese asunto.

—Dice usted en sus notas, señor Black, que el señor Blotta presentaba un cuadro psicológico desequilibrado. ¿Es usted psicólogo o psiquiatra, señor Black, para hacer ese diagnóstico?

—No se necesita ser ninguna de las dos cosas para ver que su cliente, abogado, no está actuando dentro de los márgenes que una sociedad como la nuestra considera normal, moral y éticamente hablando. Mas ese diagnóstico que cita usted no lo elaboré yo, sino mi hija Beatrix Black, quien es médico con especialidad en psiquiatría y fue subjefa del departamento correspondiente en el Hospital General de Zona.

—Mas dice usted en los comentarios que encuentra, y cito, «curioso» fin de cita, que la combinación de educación, crianza, gestación y medio ambiente haya dado cambios tan drásticos en un par de hermanos genéticamente tan similares.

—Es correcto.

—¿Puede abundar en el tema?

—Deberán perdonar, señor juez, abogado, que me dirija en términos tan poco amables acerca de mis clientes. Mi clienta, la señora Blotta, moldeó desde su infancia a su hijo para ver el mundo en blanco y negro. En cambio, mi cliente, el señor Brickell, moldeó a su hijo como una persona tolerante y justa, y a su hija, que es la misma persona, como una persona cariñosa y amable. Estamos hablando de hermanos gemelos fraternos que se criaron juntos durante los primeros diez años de vida y cuyos padres se separaron en malos términos: la madre llevándose con ella al hijo que consideró normal. La madre terminó moldeando a un monstruo y lo hizo durante tanto tiempo que no habrá forma de revertir esa educación para reintegrar a su cliente a la sociedad productiva, y esto lo verá usted en el careo que se llevará a cabo en unas horas.

—No está usted aquí para juzgar, señor Black...

—No estoy juzgando a nadie, abogado. Eso sólo lo puede hacer el señor juez aquí presente tras agotar todos los recursos, trámites e instancias correspondientes. Estoy señalando los hechos. Lo que le estoy diciendo es que, tras el reencuentro de los dos hermanos, la debilitada estabilidad mental de Blotta terminó por romperse. El psicólogo que Blotta visitó tampoco ayudó mucho: al contrario, lo perjudicó. Blotta se convirtió en un miembro de lo que llaman la ultraderecha, tan a la derecha que cualquier cosa que disintiera de su visión personal era considerada como izquierda y tratada como tal. Y con su visión particular del mundo a blanco y negro, intolerante con homosexuales, lesbianas, bisexuales y transexuales, el hecho de tener un hermano intersexual le provocó una

crisis que desembocó en los acontecimientos que se encuentran en juicio hoy.

El abogado se quedó callado durante unos segundos. Cada vez que trataba de abrir la boca para continuar podía ver que tenía ya una respuesta preparada. Cada pregunta que me hiciera a partir de este momento terminaría por hundir su caso más.

—No más preguntas por parte de la defensa.

—Su testigo, abogada.

—Una pregunta solamente, señor Black. A lo largo de sus investigaciones, ¿Encontró alguna prueba de que mi cliente, el señor Brickell, consumiera sustancias químicas, tóxicos o alguna otra sustancia?

—Sí. A instancias del señor Blotta el señor Brickell consumió testosterona y nandrolona en dosis suficientes como para provocarle desequilibrios hormonales, de forma tal que efectivamente comenzó un proceso de cambio de sexo no controlado por un médico. Según mis conocimientos actuales, y mis dos médicos, que están realizando un control del estado de salud del señor Brickell, sus hormonas han regresado a los niveles naturales y no pretende someterse a ninguna operación para reasignar su género, o falta de él, a ninguno de los géneros habituales.

—No más preguntas, señor juez.

—¿Desea volver a preguntar, abogado?

—No, su señoría.

—Puede ir a su lugar, señor Black.

Fui a mi lugar, empujado por Ross. El juez decretó un descanso antes de continuar. Ross me sacó del tribunal a tomar el aire, según dijo a los guardias. Preferiría que estuvieran cerca, por si había algún problema —mi salud era delicada— pero no lo bastante cerca como para incomodarme. Una hora solamente, y podrían traerme de

regreso. Sólo quería fumar antes de regresar. Con amabilidad me ayudaron a subir al asiento de la patrulla, me llevaron, junto con Ross, al Parque del Refugio, el parque más cercano, y se quedaron en la patrulla a esperar.

46 JOYCE

Con yeso y vendas en brazo, pierna y cuello, al entrar al tribunal noto que me he ganado el respeto y la admiración de algunos de los habituales a los que antes no les importaba mi presencia. Ya no soy ese fantasma que recorría los tribunales, ya no soy el rumor del que todos han oído hablar, ya no soy una abogada misteriosa: soy Río Black, la hija de Richard Black, investigadora privada. La gente me abre camino, queda en silencio ante mí, me saluda con una inclinación de la cabeza. Saben quién soy y por qué estoy aquí.

Los guardias me reconocen y me abren la puerta. Entro con paso calmado, apoyándome en mi bastón. Entro al área de testigos, donde ya me esperan Bea, Ross y mi «padre», en su silla de ruedas, la imagen de la fragilidad. Me acerco a Ross: compartimos un secreto. Bea se acerca.

—¿Cómo está Ric? —le pregunto en voz baja a Ross.

—No quiero mentirte, Río. A ti tampoco, Bea. Está muy mal. Esta nueva quemadura... me temo que su corazón vaya a fallar en cualquier momento. Este viejo terco no quiso someterse a una segunda reconstrucción: dijo que con una era suficiente.

Tomo asiento junto a «papá». Hablo con él. Puedo sentir su calor, su respiración lenta y acompasada. Está muy quieto. Anormalmente quieto. Tomo la mano de mi «padre» y la aprieto entre las mías. Bea hace lo mismo.

—Te pondrás bien, papá —dice Bea.

—No te mueras antes de ver la función —le digo.

El juez no ha llegado. Esperamos unos instantes. Brickell entra, con paso ágil, vistiendo un traje de cuello Mao que le

sienta muy bien. Su figura, delgada y atlética, destila seguridad. Es un enorme contraste con su hermano. Blotta entra con pasos cortos e inseguros, un traje que le sienta como un tiro, y un aire arrogante, pero también temeroso. Los dos hermanos se miran.

— Te ves bien — dice Brickell.

Blotta parece que quiere escupirle la cara.

— Perra maldita — masculla por lo bajo. No pude escucharle, pero el movimiento de los labios fue inconfundible.

— Soy tu hermano — se defiende Brickell.

— Hermano. Mi hermano. ¡No eres nada mío! ¡Eres un ser despreciable! ¡Ni hombre, ni mujer, ni nada!

— Cálmate, Cesar.

— ¿Tú? ¿Tú me pides que me calme? ¡Calmarme no me sirvió de mucho en la escuela! ¿Crees que fue fácil estar contigo ahí, eh!?

— ¿Qué era yo para ti en la escuela?

— Eras el fenómeno, y yo era el hermano del fenómeno. Era yo el bicho raro que te tenía por hermana. Una hermana que no se comportaba como las niñas de su edad porque no era niña, y no se comportaba como los niños de su edad porque no era niño. ¿Cómo carajo no iba a sufrir por eso!?

— ¿Tú eras el que sufría? Era yo a quien golpeaban y quien aprendió a defenderse; era yo a quien insultaban, era yo a quien acudías cuando te ofendían, era yo a quien no soportaban, incluso tenía que soportar tus caprichos de niña consentida, porque el señorito estaba muy ocupado viendo mariposas y aves y escribiendo poesía, mientras yo era despreciado por mi propia madre por ser diferente. ¿Y tú eras el que sufría?

Brickell se giró y se dirigió a su lugar.

— ¡No me dejes hablando solo, perra!

Brickell se giró.

— Esto es de mi parte femenina.

Le lanzó un bofetón. El grito de admiración de todos los presentes fue tanto para el bofetón como por la marca de la mano en la cara de Blotta, que trastabilla y está a punto de caer, la mirada sorprendida. Pero Brickell no se retira.

—Esto es de mi parte masculina.

El puño se estampó justo en la quijada de Blotta. El sonido seco indica que se le ha roto la quijada. Cae, como fardo, al suelo, entre las sillas. El juez lo ha visto todo.

—Dos cosas —dice—. Primero, el caso presente queda anulado. Segundo: Brickell, deberá pagar usted los gastos de esta nueva hospitalización.

El juez está a punto de irse, cuando se lo piensa mejor y pone una mano sobre el hombro de Brickell.

—Buen golpe —dice en voz baja—. La próxima vez no lo haga en mi tribunal.

Los paramédicos llegan a ayudar a Blotta, que continúa noqueado. El juez me ve y viene a saludarme.

—Señorita Castellanos.

—Llámeme Río, señor juez. Río Black. Ya iniciamos el trámite de corrección de acta.

—Perfecto. Ya era justo que tu padre se decidiera.

—Era yo quien no quería hacerlo, señor juez.

—No me cabe la menor duda. Eres igual de testaruda que tu padre. Lamento y también me congratulo de que su participación no haya sido necesaria para resolver este caso. Me enteré de que usted fue quien encontró a los dos.

—En realidad fue Ric quien los encontró.

—Tenía mucho sin ver a Ric, desde que estuvimos en el ejército. Fue muy bueno verlo hoy. Creo que lo saludaré antes de irme.

—Adelante.

Los paramédicos ya se habían retirado. El juez llegó junto a Ross, Bea y mi «padre». Saludó a Ross, a Bea... pero Ric no devolvió el saludo.

Bea palideció. Ross buscó el pulso, y trató de aplicar resucitación cardiopulmonar. Intentó veinte minutos, hasta que llegó una segunda ambulancia y se llevó a Ross y a Ric al hospital. Veinte minutos después se certificaba la hora de la muerte. Bea lloraba a mares. Después de todo, no hacía un mes que había recuperado a su padre, y ahora lo perdía. Yo lloré con ella. No por la muerte de Ric, que no me dolía (¿cómo iba a dolerme?) sino porque era necesario para redondear la actuación más importante de mi vida —en la vida de Richard Black.

47 ROSARIO

Poco a poco se desenmaraña la gruesa madeja de los tres casos. Cuando se rompió la encriptación en mi secretaria, Botones confirmó lo que ya sabíamos: que Zerga y Oates intentaban espíarme para provecho suyo y para desviar cualquier mirada de sus negocios extracurriculares.

El error de Zerga, el primero de muchos, fue querer controlar toda la operación. Andreas Gunther guardaba un rencor contra mí que sólo puede calificarse de patológico. En su casa encontramos un altar dedicado a mí: a mi destrucción, de hecho. Planes cuidadosamente trazados, pero irrealizables, en los cuales sufría yo mil muertes. Comenzó a secuestrar personas para financiar su operación y estableció la Bodega como fachada de gente honorable. Cuando se enteró de que una de sus clientes, Akane, trabajaba en mi agencia, Gunther manipuló sutilmente a la chica para que lo conociera. No sabía que ya lo conocía. Pronto sus planes se aceleraron cuando Villaraigosa lo contrató para secuestrar a Soyuz: Villaraigosa quería el dinero para comprar el Teatro Cabaret Boom Boom y poder casarse con la obra de Víctor Victoria. Oates conocería a Villaraigosa y éste lo presentó ante la Luly y sus amigas travestis, que le enseñaron a suplantar a una mujer con gran éxito, sin conocer realmente qué pretendía hacer con sus nuevas habilidades.

Villaraigosa había perdido el juicio de manera tanto literal como metafórica. El hecho de que una de sus víctimas colaterales hubiera muerto inmediatamente después de rendir su testimonio en contra de uno de sus pacientes, y que su paciente hubiera sido declarado incompetente psicológicamente para enfrentar un juicio, no

ayudaba para nada a su causa. Que hubiera convencido al hijo de mi cliente para que secuestrara a una persona hablaba de su carisma y poder de convencimiento. Y que hubiera convencido a la hija de su víctima para que secuestrara a su padre era como para ahorcarlo. El juez no había tenido piedad: lo juzgó como mentalmente apto y lo condenó a cadena perpetua, con la salvedad de que lo hubiera mandado ejecutar si aún se siguiera usando la silla eléctrica. Por su propia seguridad lo internaron en confinamiento solitario.

Lubich y Sullivan recibieron condenas breves. Tres meses en el caso de Lubich mas cinco años de libertad condicional; diez años en el caso de Sullivan, que se verían reducidos a cuatro por buen comportamiento si estudiaba una carrera universitaria en la cárcel y se mantenía alejado de problemas el resto de su condena en libertad condicional. Blotta fue condenado a tres meses de cárcel y un año de libertad condicional, siempre y cuando aprobara un curso de control de la ira para salir. Nunca nadie se las arregló para provocar tantas peleas en tan poco tiempo: a lo largo de su encierro se las había arreglado para perder la libertad condicional y aumentarle 5 años a su condena. Sin contar las golpizas que le ponían.

No estaba mal para un mes de trabajo, en el cual gané tres hijas y una novia, aunque perdí una amiga y una identidad. Era raro poder verme, por fin, en el ataúd. Bea me lloraba, Río me lloraba, Ross me lloraba, Ash me lloraba... por lo menos Bea lo hacía de verdad y sin limitaciones. Mi cuerpo bajó, me di el singular lujo de arrojar una flor a mi propio ataúd, y lancé el primer puñado de tierra. Ric Black estaba, de manera oficial, muerto y enterrado. Tomé de la mano a Bea y a Ash, y nos alejamos bajo la leve lluvia de finales de noviembre. Si no supiera la verdad, hubiera dicho que el mismo cielo lloraba mi muerte.

La casa había sido renovada en su totalidad y, con mi muerte, la aseguradora dejó de poner peros para pagar la póliza. Ahora las habitaciones habían variado un poco. Bea y Ross, cuando vienen, ocupan la que había sido la habitación rosa; Ash y Río, la habitación azul. La habitación principal era ahora el cuarto de las niñas, dividida en habitación y juegos, pero mi oficina seguía siendo mi oficina. Entre todos habíamos reemplazado casi todo, excepto los libros; aunque poco a poco nuevos libros tomarían su lugar y los recuerdos de diferentes casos irían llenando la estantería. El primero, un par de aretes, uno blanco y uno ennegrecido, con el cual habían pretendido espíarme. El segundo, una fotografía mía, vieja, con un cuchillo clavado en la frente. El tercero, un trozo de tubo de PVC, relleno de masilla. Y el cuarto, un frasco que alguna vez contuvo fósforo rojo. Tres casos independientes cuyo único denominador común era yo.

Ha dejado de llover. Por la ventana un arcoíris me da la esperanza de un mundo mejor. Úrsula llega, con su gorra azul y su overol rosa. Me dice que ya está lista la comida. Le quito la gorra y le alboroto la pelambre rebelde. Su madre fue una muy buena amiga mía que tuvo un mal día y, según el forense, un tumor cerebral no diagnosticado. Le cambió la personalidad un día y no nos dimos cuenta. Úrsula se niega a irse. Ash le dijo que tenía que llevarme a comer.

—Vamos, papi —me dice, tomándome de la mano y jalándome hasta llegar al comedor.

Es un día especial. Han confirmado la adopción de las niñas y han certificado mi nuevo nombre. Bea están en la cocina, Ash está cuidando a Ellador, Ross ha terminado de poner la mesa y se prepara para destapar un vino. Aún

traigo puesta la escayola. Ross se acerca, me examina, y decide que es tiempo de quitarme el yeso. Le pide a Úrsula que vaya por algo a mi despacho, y cuando la niña sube, saca un maletín del chinero del comedor. Corta todo cuidadosamente excepto un trozo de mi mano. Mi pie está rígido, pero ya no me duele: los ejercicios isométricos dejaron flexibles los músculos. Ross guarda todo a tiempo: Úrsula trae el martillito que le pidió. Le indica dónde debe golpear y la escayola se rompe limpiamente. Le doy un beso y un abrazo a la enana en agradecimiento y ella corre con la escayola a enseñársela a su madre. Ash sonrío y le pide que la lleve al despacho, y la guarde en el librero, se lave las manos y venga a comer. Confío en que Úrsula recuerde una de las tres cosas, la que sea. Ross ayuda a Bea en la cocina; Ash y yo nos sentamos en la mesa, Ellador está dormida. Úrsula baja y Ross la ayuda a sentarse en su silla alta. Bea sirve todo.

Comemos, charlamos, nos divertimos. Los malos tiempos quedaron atrás. Ross propone un brindis. Ha pasado apenas una semana desde que me enterraron. Ross levanta su copa y brinda:

—Por Richard Black, dondequiera que esté.

—Larga vida a Richard Black —respondo.

Nos miramos, y sonreímos. A continuación, Ross besa a Bea y Ash me besa a mí. Úrsula se tapa los ojos. Ellador ha despertado y exige comida. Ash y yo reímos: pronto me tocará a mí darle de comer y ya no tendré excusa para no hacerlo.

Me miro en el espejo. Puedo vernos a todos: Ash, Bea, Ellador, Río, Ross, Úrsula.

Quienquiera que nos viera diría que somos una familia perfecta.

Noviembre

Y nos quedan muchos años para tratar de volvernos una.

48 ROBERT

Han pasado seis meses desde que resolvimos los tres casos. Es un motivo excelente para celebrarlo, así que en lugar de hacer dos bodas hacemos una sola a lo grande. Ningún invitado sabe qué lado es el de la novia ni cuál el del novio. Tampoco nos importa: hemos mezclado a todos. Ross se ve elegante con su traje negro cortado a la medida; yo elegí un traje blanco. En eso mi hija tenía la razón. Estamos los dos nerviosos. Es mi segunda boda y me siento igual de nervioso que la primera. Ross lo sabe, aunque era muy joven para haberme conocido en ese tiempo, le conté varias veces esa primera noche, pero sin que Bea lo sepa.

La marcha nupcial suena. Ross y yo nos giramos. Úrsula viene avanzando por el pasillo, con un vestido gris y una cachucha a juego, tirando pétalos de rosa. Babs, Akane, Tina y Joyce son damas de honor, Juan, George, Mane y Elliot son ujieres; cada uno ha tomado ya la posición que le corresponde.

—Hey, Botones —dice uno de los compañeros de Elliot cuando ve a Simone—, check that hot milf..

Elliot se gira, mira a Simone, que viene cuidando a Ellador.

—He salido antes con ella. La conozco a profundidad, si sabes a lo que me refiero —dice Elliot, guiñando un ojo.

Elliot hace un saludo con la mano, y Simone le sonrío seductora y lo saluda. Elliot pasó toda una tarde programando esa respuesta facial para jugarles una broma a sus compañeros. Todos sus compañeros lo miran como si fuera el rey de los frikis, excepto una joven interna, que pone cara de celos. Elliot le dice en voz baja que es mi secretaria, y la interna mira alternativamente a Elliot y a

Simone con los ojos abiertos como platos. Él la abraza y le dice que le contará la historia en otra ocasión.

Junto a Elliot está Mane Brickell. Trae el mismo traje que el resto de mis ujieres, pero su porte —esta semana usa el género femenino— atrae muchas miradas de ambos sexos, unos con envidia, otros con deseo. Sigue sin tener pareja estable, y no le importa. No es que le falten pretendientes: ella misma se ha definido como pansexual independientemente de qué género prefiera usar. Entró a trabajar para mí hace dos semanas, cuando decidí abrir una vacante para reemplazar a Oates y Zerga.

Ellador está en brazos de Simone. Tiene una curiosidad insaciable por conocer el mundo que la rodea, el cual mira con atención, con sus bonitos ojos grises, observando todo lo que está pasando y sin perder detalle. Es la misma imagen de su madre y de su hermana.

Se acerca la hora. Le estrecho la mano a Ross: está helado y temblando de nervios.

—Stephen Andrew Rosseau, deja de preocuparte. Estarás a la altura de las circunstancias, créeme—le susurro.

Suena la Marcha Nupcial. Vienen las novias. Nos giramos. Al fondo puedo ver a mi hija. Beatrix May Black viene en un vaporoso vestido blanco, acompañada por miss Margaret Elizabeth Churchill, quien la va a entregar en mi lugar. A un lado suyo viene Ashley Renée Belkys, vestida en un bello vestido de satén negro, y será entregada por el flamante y orgulloso inspector general Jonathan Alberto Belkys. Esta vez es Ross quien estrecha mi mano y me susurra:

—Sofía Rosario Black, deja de preocuparte. Estarás a la altura de las circunstancias, créeme.

Ambos soltamos una risita nerviosa.

Llegan al frente y ocupamos nuestros lugares. Ash está preciosa. Bea es una belleza. Ash toma mi mano y me dedica una sonrisa. El juez Casas y el juez Figueroa nos miran.

—Estimados amigos —comienza Casas— Estamos aquí para unir a éstas dos parejas en matrimonio...

Ha terminado la ceremonia. Ash ya ha subido a la limusina y estoy a punto de cerrar la puerta cuando Mane se acerca, me entrega un papel y me dedica una sonrisa de complicidad. Leo el mensaje.

—No hubiera podido hacerlo mejor —le digo, al devolverle la sonrisa y el papel.

«Para ser un hombre que tiene seis meses muerto, Richard Black, gozas de cabal salud. Que tu matrimonio sea feliz.»

49 SOPHIE

Estoy detrás de mi escritorio, en mi sillón de cuero rojo. La Black Investigadores Privados ahora es la más importante agencia de la ciudad y recibe trabajos incluso de la policía ministerial, cuando la investigación no debe realizarse por los medios habituales, si saben a lo que me refiero. A pesar de todo, no me duermo en mis laureles. Cuando se está en la cima sólo queda descender, y no pienso permitir que eso suceda mientras esté con vida. Estoy revisando algunos datos cuando mi ayudante toca a la puerta.

—Pasa.

—Jefa, ya está listo todo para irnos a la nueva oficina. Solo falta usted.

—Gracias, Stu. Enseguida salgo.

Guardo todo en una caja, reviso por última vez el escritorio y las paredes, y me preparo para abandonar lo que fue, en la práctica, mi hogar durante 10 años.

Abro todas las puertas y levanto todas las persianas. Cuando me convengo de que no hay nada más que dejar, ni siquiera basura, salgo por la puerta principal. Stu se acerca, solícito, y toma la caja que cargo para ponerla en el coche.

Estoy a punto de subirme cuando noto que se acerca una pareja a ver la oficina.

—¿Puedo ayudarles en algo? —les pregunto.

—Buenas tardes. Estamos buscando una oficina en renta.

—Pues, casualmente, encontraron una. Río Black, a sus órdenes.

—Yo soy Robert Sade, y ella es Sophie Irene. ¿Usted renta esta oficina?

—Sí. La compré hace años y ahora mi negocio se ha expandido, así que la desocupé. ¿A que se dedican?

—Somos abogados.

—¿Cuál es su especialidad?

—Derecho penal.

—En ese caso sólo tengo un consejo para ustedes: nunca hay un cliente tan terrorífico como el cliente inocente.

La mirada de los muchachos lo dijo todo.

—Hagamos una cosa. ¿Por qué no le echan un vistazo a la oficina? Si les gusta, llámenme y discutiremos el precio.

—Así lo haremos, señora Black.

Les deseé buena suerte y me marché.

Iba a extrañar esa oficina.

50 EPÍLOGO

Cuando se fue, Sophie y yo nos quedamos ahí, solos, en una oficina vacía. Entramos a ver cada cuarto. Estaba vacío, pero podíamos sentir que estaba lleno de vida. Hacía frío, pero notábamos cierta calidez. No puedo definir lo que sentíamos en esa oficina, pero sabíamos que teníamos que quedarnos con ella. Entramos a los dos privados principales. Uno tenía un gran escritorio de madera negra y un sillón de cuero a juego. No tenía ventanas, pero no se veía oscuro. Me gustó desde un principio. El otro privado principal tenía otro enorme escritorio de madera clara, y un sillón de cuero rojo. No parecían gastados y se veían muy caros. El privado tenía ventanas con vista a la calle, lo que compensaba el que fuera ligeramente menor. Había otras tres divisiones, cada una con varios escritorios, sillones y sillas de visita. Una cocineta completaba el cuadro.

—¿Qué opinas? —le pregunte a Sophie, cuando nos reunimos en la recepción.

—Me encanta. ¿Cuánto crees que quiera la señora Black por la oficina?

—Será mucho más cara de lo que podamos pagar. Además hay que amueblarla.

—De cualquier manera vale la pena llamar. Me gustó. Sería una oficina genial.

Me tomó diez minutos juntar valor suficiente como para marcar el número. Era el número directo de la señora Black. Me identifiqué, y sin mayor trámite, le pregunte cuánto quería por la oficina.

—Puedo ver que, efectivamente, eres nuevo en el negocio. Me recuerdas mis inicios. Voy a hacerte una oferta

que no podrás rehusar, abogado. ¿Por qué no te quedas seis meses ahí, sin pagarme? Seis meses después, si tu clientela es buena, podremos discutir la renta.

— ¿Por qué tanta generosidad, señora Black?

— Digamos que a mi padre le hubiera gustado.

— Debe haber un truco.

— Sin trucos. De verdad. Me sentiría muy mal si esa oficina, que me ha dado tantas satisfacciones y donde dejé los mejores años de mi vida, no fuera ocupado por alguien que la apreciara de verdad. Te diré algo. Piénsalo por una semana. Si te interesa, es tuya. Buenas noches.

— Buenas noches.

— Sería una pena no aceptarla — me dijo Sophie cuando le comenté lo sucedido.

— No me gusta la idea. Hay algo encerrado aquí.

— Si tanto dudas que sea una trampa, ¿por qué no investigas a la señora Black? No creo que nos falte información.

Decidí hacerle caso. Pronto ya tenía ensamblado un archivo completo y me vi obligado a expandirlo a su familia. La cantidad de datos que recopilé fue impresionante, y me vi obligado a buscar la manera de separar la paja del grano. Incluso Sophie se había quedado impresionada por la calidad de mis archivos. Había ciertos problemas, sin embargo. Sus datos personales tenían un antes y un después: un accidente del que no había gran información. Tuve que recurrir a hemerotecas para poder descubrir lo que había pasado. Los datos eran contradictorios. Unos decían que ella había muerto, mientras que quien resultó ser su padre había sobrevivido. Otros, en cambio, decían que su padre había muerto, pero ella había sobrevivido. Unos más decían que ambos murieron, y unos pocos que ambos estaban vivos. Únicamente se conservaba un fotograma de una cámara de

seguridad, que mostraba lo que parecía un cadáver enteramente carbonizado, mientras que junto había un cuerpo en tan mal estado que no parecía capaz de sobrevivir, junto a un crisol que había vertido su contenido en el suelo de la fábrica. Ninguna nota más hasta la aparición oficial de Black Investigadores Privados, que comenzó en esta misma oficina con dos personas: Richard Black y Rosario Castellanos. Richard Black resultó ser un recluso por iniciativa propia: la historia decía que suyo era el cadáver. Río, que tenía un gran parecido con él, se encargaba de todas las investigaciones. Era sumamente raro, tomando en cuenta su pasado: aunque trabajaba en el servicio secreto, lo hacía como asistente y no como protección, como era el caso de Richard.

Decidí buscar a quien había filtrado la imagen de la cámara de seguridad. No pude encontrarlo. El hombre había muerto un tiempo atrás, en el caso del secuestro Soyuz que causó tanto revuelo. Se llamaba Andreas Gunther. Aun así decidí visitar a su familia. No encuentro a nadie. Gunther murió solo, y sus cosas fueron donadas a la beneficencia o incineradas un año después de su muerte. No guardaba nada en su casa, exceptuando fotografías de Black, a quien, dicen los documentos de la corte, había jurado matar. Se suponía que la madre de Rosario Black era esa mujer; pero el acta de nacimiento original contaba otra historia. Se conservaban en la corte algunas fotografías de lo que habían dado en llamar el Santuario, y en una de ellas aparecía el mismo fotograma filtrado años atrás, pero sólo eso.

Podía armar una historia relativamente completa sobre Río Black, pero no sobre sus motivaciones. Sólo podía acceder a algunos casos en los que su nombre apareció en los documentos de la corte, y pude ensamblar un perfil psicológico que parecía acertado. Pero mi investigación

había llegado a un callejón sin salida. A cuatro, dependiendo de cuál de las versiones del accidente fuera correcta.

Me senté en el sillón de cuero negro y subí los pies al escritorio. Necesitaba pensar. Había algo raro en Río Black. Estaba casada, tenía dos hijas adoptivas, su esposa era un intersexual; vivía con su hermana y su marido, que estaban esperando su primer hijo. Las dos hermanas se habían conocido tres semanas antes de que muriera el padre. El padre murió producto de las heridas sufridas en el incendio de la casa actual de las hermanas Black. Las fotografías de su última aparición en público eran impactantes: un hombre cubierto por vendas que había mostrado por última vez sus manos para dar a entender que no se iba a dejar amedrentar por nadie y que sólo la muerte podría detenerlo. Y lo hizo, ¿o quizá no? La mayoría de los involucrados en los casos paralelos al caso Soyuz fueron contratados a instancias de Black, clientes y enemigos por igual, con la excepción de un condenado a cinco años de prisión que aún purgaba su condena pero permanecía en contacto. Todo eso hablaba bien de Black, pero le otorgaba unos motivos que se me antojaban más bien siniestros.

También estaba el caso del tratamiento experimental que Stephen Rosseau había desarrollado, el cual, se decía, estaba basado en un tratamiento previo desarrollado por Abril O'Malley, esposa de Richard Black y madre de Beatrix, quien se había casado con Rosseau. El tratamiento se había utilizado en tres ocasiones, según el testimonio de Richard Black en el caso Blotta vs Brickell. Uno fue con él mismo, un segundo caso, y otro con Brickell. Sospecho que el segundo caso fue la hija de Black, Beatrix, y no Rosario: hay claras señales de que el reencuentro se realizó motivado por la inminente muerte de Beatrix, la cual fue iniciada por el tratamiento de O'Malley y evitada por el

tratamiento experimental de Rosseau. Pero si tanto Richard como Rosario cayeron en el crisol, y Richard recibió el tratamiento, Rosario también debió haberlo recibido. Suponiendo que fuera un tratamiento experimental, la primera versión pudo haber tenido un error grave. Asumimos que el error es, simplemente, que no pudo restaurar al 100% el cuerpo de Richard Black, pero eso asume otro tratamiento para restaurar el cuerpo de Rosario Castellanos. Dado que no existe otro tratamiento similar, a pesar de las numerosas investigaciones presentadas por Rosseau, sólo me queda asumir que Rosario fue quien se sometió al tratamiento, y no Richard.

La única posibilidad que queda, aunque improbable, debe ser verdadera: todas las demás opciones son imposibles. Esto asume que Richard dijera la verdad en la corte sobre el tratamiento experimental. Rosario Castellanos murió en realidad, mientras que Richard Black fue sometido al tratamiento. De alguna manera el tratamiento falló en un punto importante y el cuerpo fue reconstruido de la mejor manera posible: un cuerpo femenino, porque es la plantilla normal del ser humano. Esto explica, entonces, el cambio en la cara de Castellanos: en realidad era la cara femenina de Black. Para ocultar el cambio Rosseau y Black se aseguraron de que ambas personas permanecieran vivas: un Black en las sombras, una Castellanos activa, llamando la atención hacia ella y desviándola de una persona que ya no existía, aunque permaneciera viva.

Después, aprovechando la coyuntura del caso Soyuz, se había logrado fingir la muerte de uno de ellos, y el mejor era Richard Black. Río Black, entonces, asumiría el manto que en realidad ya ostentaba. Era el crimen perfecto. Pero no había un móvil. Simplemente era tiempo de enterrar una personalidad que ya había cumplido su propósito y

que era imposible seguir manteniendo; y la causa de ello fue, sin duda, Ashley Belkys, nacida como Ashton Belkys y que, de acuerdo a las notas médicas disponibles, era intersexual pseudomascuino; a diferencia de Manoella o Manuel Brickell, quien era intersexual pseudofemenina. Black encontró a su otra mitad: una persona que no era ni hombre ni mujer pero era también ambas cosas.

No había otra solución. Por más complicada que fuese, era la única solución posible. Continué meditando en ella, tratando de encontrar fallos en mi razonamiento. Debía haber alguno, estaba seguro. La Navaja de Occam se aplicaba aquí: una solución sencilla era mucho más obvia que una complicada, y mi solución era jodidamente complicada. Las otras, por imposibles, no podían ser soluciones.

Miraba el techo, el sillón inclinado, las piernas sobre el escritorio, libros, terminales y papeles por todos lados. Tomé una decisión. Llamé al teléfono de Black. Me contesto al primer timbrado.

—Señor Black. He decidido aceptar su oferta y quedarme con la oficina.

—Excelente. Eres la segunda persona que lo deduce. La otra trabaja para mí. Vas a ser un excelente abogado, Sade. ¿Cómo lo supiste?

—No fue sencillo. Me remonté hasta su pasado...

Me detuve. Había alguien en la puerta. Le hice una seña para que entrara a mi oficina.

—¿Buscas a alguien?

—A un abogado.

—Debo irme, Black. Le contaré después. Acaba de llegar un cliente.

—¿Tu primer cliente de a pie? Te veré entonces dentro de seis meses, para la negociación del contrato. Hasta entonces, Sade.

—Hasta entonces, Black.

Era como una niña frágil y delicada, pero tenía un fuego interior en su mirada que te decía que lo que no le habían dado en físico lo habían compensado con inteligencia y tozudez. No podía tener más de 12 años.

—¿Para quién necesitas al abogado?

—Para mi padre.

—¿Qué hizo?

—Dicen que mató a una mujer en su oficina.

—¿Y lo hizo?

—No.

Nada más terrorífico que un cliente inocente. Si en verdad lo era sería una variación excitante.

—¿Cuánto cobras? —preguntó ella, mirándome a los ojos.

—No sé si puedas pagar mis tarifas. ¿Cuánto tienes?

Miró su bolso.

—Mil.

Meh, ganaba menos como defensor de oficio. Y por algún lado tenía que empezar.

—Tomaré el caso.

(CC) 2011 GUILLERMO RUIZ BUENOSTRO.

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 México
(CC BY-NC-ND 2.5)

Usted es libre de compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra bajo las condiciones siguientes:

Atribución — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).

No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin Obras Derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.